

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA

ETNOGRAFÍA DEL OLVIDO: LA MASACRE DEL NEME – TOLIMA
Y LAS POLÍTICAS DE LA MEMORIA EN COLOMBIA.

Trabajo de Grado presentado para optar al título de Magíster en Antropología

Por: Adela Katherine Higuera Girón

201011042

Director del Trabajo de Grado:

Maria Claudia Steiner Sampedro

Bogotá, octubre de 2013

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO 1. LA LLEGADA AL VALLE DE SAN JUAN	
El valle de San Juan: un pueblo más del Tolima.	9
La aproximación al campo “familiar”. Dilemas éticos y familiares sobre la aproximación al pasado.	12
Re-presentar la violencia en el Neme: etnografía, parentesco y narración.	16
CAPÍTULO 2. EJERCICIOS DE MEMORIA: “Y ENTONCES LLEGARON LOS PARAMILITARES...”	
Mineros y Paracos. Institucionalización de las estructuras económicas de la violencia en el Valle de San Juan.	21
<i>Operación Neme</i> . La economía del terror I: listas, vecinos y asesinatos selectivos.	29
<i>Operación Neme</i> . La economía del terror II: Silencio, desplazamiento y la toma de la Escuela.	46
La instauración del poder paramilitar en el Valle de San Juan. Cotidianidad, terror y olvido.	53
Entre la memoria y el olvido: memoria silente y olvidos que curan.	62
CAPÍTULO 3. ACTUALIDAD DE LA MEMORIA. DIEZ AÑOS DESPUÉS: “VENIMOS A REPARAR A LAS VÍCTIMAS”.	
¿Quiénes son las víctimas? Tensiones sociales de la reparación en el Valle de San Juan.	69
La judicialización de los hechos cometidos en 2001: de repente Justicia y Paz y Acción Social...	73

“Ahora dicen que aquí se cometió una masacre”. El problema de la enunciación y la ruptura de los lazos sociales. 80

CAPÍTULO 4. PROBLEMATIZANDO EL PASADO: EL ROBO DE GANADO Y LA PERPETUACIÓN DE LA VIOLENCIA.

Los “Pájaros” y la “chusma” Liberal: los años cincuenta. 85

“Dicen que las FARC no se han tomado el Valle porque es un pueblo muy chismoso”: el establecimiento de la guerrilla en los Noventa. 88

La masacre del Neme y hechos más recientes: cooptación armada de conflictos rurales. 91

REFLEXIONES FINALES 97

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Esta tesis es el resultado de una investigación y trabajo de campo realizados durante el año 2012 en el municipio de Valle de San Juan ubicado en el centro del Tolima. Se trata de una etnografía que se pregunta por la producción de la memoria y el olvido en torno a una masacre paramilitar ocurrida en la vereda del Neme ubicada en el sur del municipio el 24 de abril de 2001. A partir del año 2000 el Bloque Tolima de la Autodefensas Unidas de Colombia empezó a establecerse en el Valle de San Juan y en otros municipios aledaños. Uno de los hechos más relevantes durante su presencia fue la *masacre del Neme* ocurrida en abril de ese año, en la cual se cometieron varios homicidios en la plaza pública frente a los campesinos allí reunidos. Durante un tiempo considerable los paramilitares incomunicaron la vereda, asesinaron a cuatro personas y permitieron que los cerdos comieran sus cadáveres ante los ojos de los demás campesinos. Sin embargo, tras la salida de los paramilitares del municipio y con el transcurso del tiempo, pareciera que estos hechos fueron olvidados una vez que las personas continuaron con sus actividades y recuperaron su cotidianidad. Actualmente, no se realizan conmemoraciones ni actos públicos o privados que rememoren los hechos, y al dialogar con la gente, su expresión es la de acudir a viejos y olvidados recuerdos, apoyándose entre sí para poder elaborar un relato. No obstante, en años recientes la Fiscalía ha abierto la investigación para tratar de esclarecer los hechos ocurridos, movilizandolos recuerdos y olvidos, y generando un discurso que reivindica la reparación de las víctimas y la elaboración de la memoria.

Las preguntas que orientaron el presente trabajo fueron entonces: ¿Cuáles fueron las dinámicas del conflicto en esta zona y cómo transformaron las prácticas de los habitantes del municipio?, ¿Cómo ocurrieron los hechos y qué impacto tuvieron sobre la vida de los pobladores en el campo?, y finalmente, ¿Por qué la gente parece estar cómoda con el olvido de los hechos violentos y no reclama “políticas de memoria”? ¿Es posible suponer que recordar no es tan importante para la continuidad social como se proclama actualmente en varios escenarios? Esta investigación surgió por varias razones: en primer lugar, por un interés personal en este municipio del Tolima, puesto

que existen vínculos de parentesco y lazos de amistad entre algunos miembros de la comunidad del Valle de San Juan y la etnógrafa; relaciones que a su vez, funcionaron como conectores, divisores y catalizadores a lo largo del trabajo etnográfico. En segundo lugar, esta investigación está precedida por un interés ético en contribuir desde la Antropología Social de la Universidad de los Andes al esclarecimiento de los acontecimientos que produjeron la Masacre del Neme (2001), toda vez que actualmente las autoridades judiciales se encuentran recabando información para realizar la reconstrucción histórica de los hechos ocurridos, y de esta forma, poder llevar a cabo la judicialización de los responsables y perpetradores, y garantizar los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación.

Si bien esta preocupación por reconstruir los hechos relacionados con la masacre tiene un fundamento ético que se arraiga en el *deber de memoria*, y por tanto, en el compromiso moral con las víctimas¹; ello no implica que los silencios y olvidos de los miembros de la comunidad no hayan sido tenidos en cuenta a lo largo de esta investigación, y que se hayan privilegiado los recuerdos y los discursos dominantes sobre los hechos ocurridos. Por el contrario, esta investigación se aparta de los ejercicios tradicionales de reconstrucción de memoria² toda vez que más que propiciar el recuerdo con la finalidad directa de reconstruir los lazos sociales en la comunidad del Valle de San Juan; ésta ha procurado evaluar críticamente los factores que median en la producción de los olvidos y los recuerdos sociales e individuales al interior de la comunidad, a través de un ejercicio etnográfico. Por esta razón, adicionalmente esta

¹ Varios autores han planteado que tras la experiencia del Holocausto se ha creado en Occidente una nueva comprensión de la memoria como *deber* (Sánchez, 2010; Levi, 2006; Mate, 2003; Mate & Mardones, 2003; Margalit, 2002; Adorno, 1967). En esta comprensión, la memoria es vista como posibilidad de iluminar el pasado desde el presente y transformar a este último (Benjamin, 2010; Mate, 2006). En este orden de ideas, la memoria es un mecanismo social para el reconocimiento de la singularidad de las violencias, y en consecuencia, de la superación de la barbarie y de la “no repetición”. Por otra parte, en esta perspectiva la memoria implica la fundación y difusión de la comprensión del sufrimiento de las víctimas de dichas violencias, así como su dignificación, lo cual permite hablar en más de un sentido de la “ética de la memoria”: una interpretación ética del pasado y un compromiso moral con las víctimas. Para ello, varios autores de los llamados *Estudios de la Memoria* han retomado las ideas de Horkheimer, Adorno y Benjamin (Entre otros, ver: Sucasas & Zamora, 2010; Pollak, 2006; Mate, 2003; Agamben, 2000; Ricoeur, 2000; Jelin, 2000; Todorov, 1995).

² Existen numerosas metodologías e iniciativas –gubernamentales y no gubernamentales, diseñadas para realizar “reconstrucción de memoria” en casos de violencia política y vulneración de derechos humanos. Entre estas, en Colombia es particularmente relevante la metodología diseñada e implementada por el Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, titulada *Recordar y Narrar el Conflicto* (2009), la cual plantea un itinerario para la reconstrucción de la memoria colectiva aplicable a casi cualquier escenario del conflicto armado, retomando los propios aprendizajes en la elaboración de los Informes de Casos Emblemáticos.

tesis recae sobre un interés académico acerca de las manifestaciones del olvido, del recuerdo y de su injerencia en la producción de los lazos y circunstancias sociales tras hechos de violencia colectiva.

Así pues, el objetivo general que orientó la investigación fue comprender las estrategias de memoria y olvido de la población sobreviviente de la Masacre del Neme ocurrida en el municipio de Valle de San Juan – Tolima en abril del 2001, a partir de su reconstrucción etnográfica. Los objetivos específicos fueron los siguientes: en primer lugar, identificar a partir de narrativas cómo ocurrieron los hechos violentos y qué impacto tuvieron sobre la vida cotidiana de la población del municipio. En segundo lugar, analizar los mecanismos de recuerdo y de olvido elaborados por las víctimas directas, testigos y otras personas de la comunidad y problematizarlos con relación a las condiciones de visibilidad/invisibilidad de la masacre. En tercer lugar, realizar un análisis antropológico de lo que significa la masacre para una comunidad rural apartada en Colombia, y por último, problematizar la naturaleza de la violencia en el municipio.

En cuanto a la metodología utilizada para llevar a cabo estos objetivos, esta tesis es una etnografía, producto de la investigación y del trabajo de campo realizado a lo largo de un año, entre febrero de 2012 y febrero de 2013, tiempo durante el cual se llevaron a cabo entrevistas no estructuradas y semiestructuradas entre los habitantes del Valle de San Juan que sobrevivieron a los hechos de la Masacre de 2001, y aquellos que actuaron como testigos de los mismos hechos. Asimismo, el trabajo de campo incluyó estancias intermitentes en el municipio (De dos semanas a tres meses), que permitieron aplicar la observación participante y que nutrieron los diarios de campo que aquí se citan. En este orden de ideas, la investigación realizada es de tipo cualitativo, lo cual implica intentar conocer la manera a través de la cual los actores sociales le conceden sentido a sus prácticas y comportamientos y, cómo éstos interactúan socialmente en el marco de un contexto histórico específico. A su vez, se privilegió la *etnografía* como enfoque, método y texto³, así como la *descripción densa*⁴ en detrimento de otras metodologías, porque

³ Se ha utilizado aquí la comprensión de etnografía planteada por Rosana Guber, para quién el ejercicio etnográfico debe ser entendido en una triple acepción: como *enfoque*, como *método* y como *texto*. Como enfoque la etnografía es una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros (entendidos como “actores”, “agentes” o “sujetos sociales”). Ello implica la realización de una descripción/interpretación que busca elaborar una representación coherente de lo que piensan y dicen los nativos. Como método, la etnografía es un conjunto de actividades denominado “trabajo

era necesario aprehender el marco de sentido e interpretación que los habitantes del Valle de San Juan otorgaban a sus propios recuerdos y olvidos con relación a los hechos violentos de la Masacre del Neme, lo cual implicaba, a su vez, realizar investigación en terreno y cuestionar el contexto en el cual emergen dichas memorias en su singularidad, sin dar prioridad a una sola voz. Así pues, los instrumentos de investigación utilizados fueron la etnografía, la descripción densa, las entrevistas no estructuradas y entrevistas semi-estructuradas que se llevaron a cabo durante el trabajo de campo. También se realizó una revisión de prensa y de expedientes judiciales. Aunque algunos nombres fueron cambiados por petición de las personas entrevistadas, la mayoría de los nombres propios fueron conservados en la tesis. Es importante mencionar que la manera como está escrito el texto etnográfico obedece a la estrategia narrativa que utilizaron las personas que vivieron la masacre, de modo que se plantea una contextualización inicial para transitar por los recuerdos explícitos acerca de los hechos violentos, posteriormente se trabajan las estrategias de memoria y olvido, y finalmente, se indaga acerca de las razones de la masacre y de la violencia en el municipio.

Con base en los hallazgos empíricos, esta tesis argumenta que si bien las prácticas mnémicas transitan por distintos niveles, los habitantes del Valle de San Juan elaboraron una estrategia basada en el olvido que les permitió recuperar la cotidianidad previa a la incursión paramilitar y a la masacre producida en abril de 2001. Bajo dicha estrategia no solo se oculta un auto-silenciamiento producido por el terror paramilitar y, más específicamente, por la alianza de los perpetradores con las autoridades municipales, sino que también aparece una voluntad de no recordar que se evidencia en la mayoría de los testimonios de los sobrevivientes y de los testigos de la toma del

de campo” que implica investigación en terreno y donde caben encuestas, la observación participante, entrevistas no dirigidas y la residencia prolongada con los sujetos de estudio. Por último, la etnografía como texto es la descripción textual del comportamiento en una cultura en particular, resultante del trabajo de campo. Esta se encuentra mediada por el ejercicio de traducción que realiza el antropólogo con sus correspondientes atributos socioculturales y por la relación que haya establecido con el campo. Ver: Guber, 2001.

⁴ Según Clifford Geertz (1992), la etnografía es descripción densa. Mientras que la descripción presenta los comportamientos como acciones físicas sin un sentido, la “descripción densa” reconoce los marcos de interpretación dentro de los cuales los actores clasifican el comportamiento y le atribuyen sentido. En este orden, la descripción densa implica que lo descrito también es interpretado y mediado por el entramado mental y social del investigador, por lo cual no se separan los hechos de las significaciones sociales. Según Geertz, la etnografía debe ser capaz de dar cuenta de los entramados culturales que entran los hechos sociales a través de una descripción inteligible de los fenómenos, es decir, densa.

Neme. Sin embargo, tal voluntad de olvido no responde exclusivamente al deseo colectivo de seguir adelante y dejar el pasado atrás, sino que también es una forma consciente de encubrir prácticas locales de robo de ganado de las cuales pocos quieren hablar. Una vez que dichas prácticas dejaron de estar cooptadas por los paramilitares, éstas volvieron a manos de algunos habitantes y familias de la zona a quienes nadie quiere acusar. Esta situación, producto de las prácticas locales y elaboraciones de la comunidad para lidiar con un pasado violento, se cruza con la intención de las políticas de memoria que han llegado al municipio recientemente a través de instituciones como la Fiscalía y la Unidad de Víctimas; las cuales pretenden realizar “reconstrucciones de memoria” con la finalidad de reparar a las víctimas y judicializar a los perpetradores. Esto último, ha generado nuevos conflictos al interior de la comunidad y frente a la institucionalidad, pues en general los habitantes del Valle de San Juan perciben negativamente la ausencia (o complicidad) del Estado durante la presencia paramilitar y la Masacre, así como su “repentina aparición” once años después con la exigencia de que recuerden.

En este orden de ideas, esta etnografía arroja al menos dos aspectos importantes para el análisis del conflicto armado en el país: primero, la forma como los grupos armados utilizan los conflictos locales para establecer sus regímenes de control y dominación en zonas rurales, y segundo, la forma en que las comunidades adaptan sus prácticas sociales a la presencia de éstos. En el mismo sentido, esta tesis sustenta que las investigaciones de la Fiscalía que se adelantan desde 2011 constituyen un nuevo escenario para el *recuerdo* dado que allí aparecen políticas de memoria y reparación que en ocasiones desconocen o tienen poca relación con las historias y las culturas locales. Se plantea además que la memoria, como requisito para la reparación ofrecida por el Estado, ha llevado al surgimiento de nuevos conflictos sociales en el Valle de San Juan en un momento en el cual se ha renovado la incursión de bandas criminales de índole paramilitar.

Por último, el texto se divide en cuatro capítulos. El primero, *la llegada al Valle de San Juan*, ofrece una contextualización sobre el municipio, así como sobre los dilemas éticos de aproximarse a un campo “familiar” y sobre un acercamiento al pasado en un contexto donde muchos han decidido olvidar. En este capítulo se argumenta que existe una

relación entre el parentesco y el acceso a los testimonios sobre los hechos ocurridos. El segundo capítulo titulado “Ejercicios de memoria: *Y entonces llegaron los paramilitares*” presenta la parte más extensa de la etnografía. En este se reelabora el ingreso de los paramilitares al municipio, así como los hechos violentos que precedieron y sucedieron a la masacre del Neme. Se describe además la forma como se instauró el poder paramilitar en la vida cotidiana del pueblo y la relación establecida con las autoridades estatales del municipio. A partir de lo anterior se plantea una hipótesis sobre las formas en que operan la memoria y el olvido.

El tercer capítulo “Actualidad de la memoria. Diez años después: *venimos a reparar a las víctimas*”, explora críticamente la forma en que se han aproximado las autoridades judiciales a hechos pasados de violencia sociopolítica que pretenden reconstruir la memoria y reparar a las víctimas del Neme, y como estos nuevos eventos han generado otro tipo de conflictos entre la población. A su vez, se argumenta que la irrupción del lenguaje jurídico y la enunciación de los hechos de 2001 como “masacre”, entran en contradicción con la representación que tienen los habitantes acerca de los mismos hechos. Finalmente, en el cuarto capítulo se intenta problematizar el pasado analizando hechos de violencia precedentes que se remiten al período conocido como La Violencia en los años cincuenta y a la presencia de la guerrilla de las FARC en los años noventa. De esta forma, a través de una mirada histórica se reitera uno de los argumentos centrales de esta tesis que consiste en el modo en que los grupos armados han hecho uso de los conflictos locales para establecer su control en la zona, particularmente de aquellos ligados al robo de ganado. Este punto es relevante toda vez que la mayoría de los campesinos del Valle de San Juan no son propietarios de las tierras, de manera que la propiedad más relevante es el ganado. Así, dominar un circuito de robo de ganado que usualmente ha sido una actividad ejercida por miembros de la población, favorece el control de los grupos armados e incide sobre la representación que se tiene en el municipio acerca de los hechos violentos. Esta representación, de hecho, no es homogénea. Es una comprensión donde abundan las ambigüedades y los intereses de los distintos grupos de pobladores, los cuales se ven enfrentados al momento de recordar los eventos violentos y la historia del conflicto armado en el municipio.

CAPÍTULO 1. LA LLEGADA AL VALLE DE SAN JUAN

Resumen. Llegar al Valle de San Juan con la finalidad de dialogar con la gente acerca de sus recuerdos y olvidos sobre la masacre ocurrida el 24 de Abril de 2001 en la vereda El Neme, así como sobre su experiencia con la violencia paramilitar que azotó al municipio desde entonces, implicó para mí como etnógrafa un encuentro con memorias personales y familiares que redefinieron la naturaleza del campo antropológico desde el principio y me permitieron trazarle nuevos límites. A su vez, esto significó enfrentar dilemas éticos y familiares sobre la aproximación al pasado relacionados con la presencia de la violencia y de actores armados; con el reciente interés de las autoridades judiciales por la reconstrucción de la memoria histórica; y, fundamentalmente, con problemas que emergieron de verbalizar aquello que se había elegido olvidar. Por último, esto implicó construir lazos de confianza para realizar una aproximación al pasado y en estos, las relaciones familiares y los vínculos de parentesco resultaron claves para la producción de los testimonios y la elaboración de los ejercicios de memoria que sustentan esta etnografía.

El Valle de San Juan: un pueblo más del Tolima

Para llegar al Valle de San Juan desde Bogotá es necesario tomar un vuelo de media hora, conducir por cuatro horas o tomar un autobús desde la terminal de Transportes hasta la ciudad de Ibagué, capital del Tolima. Una vez allí, es necesario tomar otro autobús con destino al sur. “Rovira, San Luis, Valle de San Juan y Ortega”, gritan los vendedores de la única empresa legal de transportes que ofrece solo dos recorridos al día al Valle de San Juan de lunes a viernes, y cuatro durante el fin de semana. Así, como en muchas zonas rurales de Colombia, quedarse del viaje o perder el tiquete no es una opción si se quiere llegar a cierta hora del día. Sin embargo, es posible llegar a través de distintos trayectos y conexiones en motocicletas de desconocidos.

En el área rural del departamento del Tolima, exactamente en el antiguo “Valle de las Lanzas” se ubica el municipio del Valle de San Juan, a 45 kilómetros desde Ibagué, entre la cuenca baja del río Luisa y del río Cucuana. Limitando al norte con el corregimiento de Payandé, el Valle de San Juan es el pueblo cálido y húmedo que queda en “el paso” entre los municipios tolimenses de San Luis (al oriente) y Rovira (al occidente). Llegar allí implica atravesar varias zonas de San Luis, como la carretera montañosa de Caracolí desde donde se observan las extensas

instalaciones de la cementera multinacional Cemex. Esto es quizás lo que más impresiona a lo largo del caluroso recorrido desde Ibagué a Payandé: la gigantesca banda transportadora que une las zonas de extracción con la planta de producción, elevándose sobre un abismo que lleva al río Coello entre dos montañas aparentemente deshabitadas. Una vez se empieza a descender el Caracolí y se atraviesa el río, se llega a Payandé, el corregimiento que recibe la mayor parte de los beneficios económicos de la cementera, por lo cual es común que allí, casi a cualquier hora, haya un ambiente festivo, panaderías y tiendas abiertas, gente transitando y, con frecuencia, bebiendo. Sin embargo, mientras que en Payandé siempre hay movimiento en el Valle de San Juan no ocurre lo mismo, excepto los fines de semana o días festivos cuando se llena "Puente Alegre", un balneario ubicado en el puente que pasa sobre el Río Luisa junto a una vieja y descolorida valla que reza: "Bienvenidos al Valle de San Juan". Al cruzar este puente y al empezar a ver extensos cultivos de maíz mientras el viento trae el olor a tierra de campo, uno sabe que ha llegado al pueblo.

En una vieja valla ubicada en la entrada del municipio se establece que el número de habitantes no supera los 1.500. Un dato bastante desactualizado con respecto al de los 6.178 vallunos que actualmente reporta el gobierno municipal y que, no obstante, da cuenta de la noción de "pueblo pequeño" que parecen tener sus habitantes sobre ellos mismos en su territorio. Expresiones como: "estos son dos o tres pedazos de tierra", "el Valle siempre está muerto, aquí no se mueve es nada, mejor toca ir a Payandé", o "pueblo chiquito, infierno grande... es que aquí todo se escucha", son respuestas frecuentes al llegar a la cabecera municipal y preguntar: "¡uy!, ¿por qué esto está tan solo?", o, como me ocurrió especialmente a lo largo de este trabajo de campo, al preguntar: "disculpe, ¿Por qué me habla tan bajito?". La impresión de "pueblo pequeño" y apartado inducida por algunos vallunos de la cabecera municipal, parece hacerse más evidente cuando uno abandona esta última y se adentra en las veredas. Se puede ir en cinco minutos desde la Iglesia hasta el Cementerio, siendo que cada uno de estos puntos se ubica en un extremo.

Una vez se observan los postes de la luz pintados de líneas negras y naranjas, así como el fin de una calzada pavimentada, comienza el Valle de San Juan en toda su extensión: se sabe que han empezado las veredas porque cada casa, rodeada de suficiente sorgo o maíz a lo largo de varias hectáreas a la redonda, queda a una distancia considerable de la otra. Incluso, es posible escuchar el ruido de los carros o las motos si uno está parado en la mitad de un maizal durante el día, o la música de la orquesta en el pueblo si hay alguna festividad; esto, a por lo menos 5 kilómetros de distancia de la cabecera municipal. De hecho, según las cifras oficiales, más del 60% de los habitantes del pueblo viven en el espacio rural; pues aunque todo el municipio está conformado por unos 198 kilómetros cuadrados, sólo el 0,51% pertenece al área urbana y el 99,5% restante pertenece al sector rural⁵. Por ello, al salir del espacio urbano del municipio y recorrer la única carretera que tiene el Valle de San Juan se tiene la sensación de estar en un lugar deshabitado, con extensas llanuras y pastos para el ganado que se alternan con cultivos de maíz, según la época del año.

Seis horas después, si el tráfico por tierra ha ido bien, uno se encuentra en *el Hijo del Valle* o *Michú*. Esta es la primera de las 18 veredas y una de las más pobladas, con 420 habitantes, junto a dos veredas más: *la Manga*, en el norte del Valle con 306 habitantes, y *el Neme*, ubicada en la frontera sur del municipio, y conformada por 392 personas registradas por el último censo nacional⁶. En el recorrido que va desde el pueblo hasta el Neme, de unos 13 kilómetros, solo es posible encontrar dos tiendas que hacen las veces de abastecimientos de bienes básicos, pero especialmente de bebidas, y que sirven de lugar de reunión de la gente que baja de las veredas los fines de semana a jugar un partido de microfútbol, a beber, a conversar y a jugar tejo. En la primera de estas tiendas, ubicada en el primer cruce estratégico que va del Michú al Neme y a otras veredas del noroccidente, atiende su propietaria: doña Orfilia Girón. Ahí me tomo la primera bebida fría en la sombra

⁵ "Información general", *Sitio oficial Valle de San Juan Tolima*: disponible en <http://www.valledesanjuan-tolima.gov.co/nuestromunicipio.shtml?apc=mtxx--1537062&m=f>

⁶ DANE, *Censo general 2005. Perfil Valle de San Juan Tolima*: disponible en http://valledesanjuan-tolima.gov.co/apc-aa-files/65333764356231376263366133353531/DANE_INFORMACION_MUNCIPIO.pdf

mientras veo a los estudiantes jugar en la cancha que antecede la escuelita de la vereda, siento el polvo que acaba de dejar el bus de medio día de Velotax con destino a Ortega y que me ha traído hasta ahí, y le pregunto finalmente a ella: “¿qué más tía, cómo van las cosas?” a lo que ella responde con normalidad, “bien hija, igual que siempre... ¿y su mamá cómo está?”.

La aproximación al campo “familiar”. Dilemas éticos y familiares sobre la aproximación al pasado.

Con todo lo anterior, para mí llegar al Valle de San Juan no es tan solo un viaje de seis horas desde Bogotá. Llegar allí significa algo más que el encuentro de un etnógrafo con un campo desconocido. Este viaje me representa el encuentro con la familia materna: con mi abuela Adela, con mis tías y mis tíos, con mis primos, con los recuerdos de mi abuelo Alfonso y con los caminos que desde la infancia he recorrido. Incluso, se trata de un reencuentro con memorias de viejas violencias políticas que aun en su lecho de muerte, en 2006, mi abuelo todavía recordaba y que todavía mi abuela conserva. Por ello, estar en el Valle de San Juan evoca mis memorias familiares y mis memorias personales; independientemente de que me encuentre de vacaciones en la finca de mi abuela o haciendo trabajo de campo acerca de una masacre cometida por los paramilitares en el Neme durante el 2001.

De hecho, durante el año de trabajo de campo fue difícil establecer la línea que separa el campo antropológico de la relación profundamente personal que tengo con este territorio, con cada práctica y con la mayoría de las personas que dialogaron conmigo. James Clifford plantea que el trabajo de campo está ligado a la tierra, íntimamente comprometido con el paisaje natural y social, y sin embargo, sigue siendo un rasgo central de la autodefinición disciplinaria (Clifford, 1999). En esta medida, aunque en el caso de esta investigación la producción del campo antropológico estuvo marcada por vínculos personales y familiares que

eventualmente me hicieron pensar en una antropología nativa⁷, el condicionamiento disciplinar de la práctica antropológica, con sus propias geopolíticas del conocimiento⁸, apuntó hacia un tipo particular de experiencia de campo. Dicha experiencia estuvo dada por tensiones: ¿cómo abordar antropológicamente un campo que en principio está tan arraigado en lazos familiares?, ¿cómo evitar que la distancia antropológica implícita en la construcción tradicional del campo condicionara completamente mi mirada durante esta investigación? Aunque en el fondo estas tensiones siempre estuvieron ahí, las experiencias de los viajes, de ir y venir, de cambiar los itinerarios de la investigación; así como de *ampliar* el campo antropológico a testimonios ubicuos, a escenarios judiciales y a otros artefactos temporales como la prensa de la época, de alguna manera fueron factores que me permitieron mediar dichas tensiones.

Por otra parte, esta investigación también se vio atravesada por dilemas éticos y familiares que recaen sobre la aproximación al pasado. Como se mencionó arriba, durante ninguna de mis estadías en el Valle de San Juan fue posible establecer una línea clara de distinción entre el espacio familiar y el tiempo-espacio del trabajo de campo. Y sin embargo, en uno de los principales círculos familiares que originó esta investigación se fue creando una especie de ritual en el cual podía haber un diálogo entre mi abuela y mis tías, en tanto *testigos* de hechos violentos ocurridos hace más de diez años, y yo, no sólo como nieta y sobrina, sino como *etnógrafa*. Normalmente, nos sentábamos en el espacio interior de la casa de mi abuela Adela en una sala al aire libre y mientras tomábamos café conversábamos frente a la

⁷ La antropología nativa se presenta cuando un antropólogo estudia la comunidad en la cual nació, lo cual puede implicar que al compartir intereses resulte difícil mantener una distancia objetiva respecto de dicha comunidad. Sin embargo, varios antropólogos plantean que no existe una auténtica antropología nativa y que no hay una diferenciación clara o esencialista entre el antropólogo "nativo" y el "no nativo", aunque de hecho exista una conexión con los lugares en los cuales trabajan los investigadores y estos se posicionen en aquellos a través de identidades cambiantes (Kuwayama, 2004; Narayan, 1997). En este sentido, el conocimiento antropológico es un conocimiento posicionado y el antropólogo "nativo" está sujeto a localizaciones múltiples, ya sean coyunturales o históricas (Gupta y Ferguson, 1997).

⁸ Aquí las geopolíticas del conocimiento se refieren a las condiciones de producción, legitimación y circulación del conocimiento antropológico, las cuales favorecen un tipo particular de experiencia de campo, de trabajador de campo y de trabajo de campo, relacionados con el *campo* como viaje y como un conjunto de arquetipos y el trabajador de campo como productor solitario, masculino y blanco que regresa de su viaje para *escribir* un producto que entra a hacer parte de los circuitos académicos (Clifford, 1999; Gupta y Ferguson, 1997; Unnithan-Kumar y De Neve, 2006).

grabadora. A pesar del aire solemne, la informalidad terminaba dominando el panorama y mi identidad indefinida resultaba en la misma frontera: estudiante e investigadora, nieta y sobrina. Entonces pasábamos de las preguntas serias a las risas, a los silencios, a la preocupación, a las cuestiones familiares y de nuevo a las preguntas. Muchas de las preocupaciones obedecían a que la aproximación al pasado podría tener consecuencias sobre el presente, y así me fue manifestado en varias ocasiones, toda vez que desde el 2011 se ha renovado el interés por parte de las autoridades departamentales en los hechos violentos ocurridos hace más de diez años en el Neme, mientras que, al tiempo, supuestos miembros de grupos paramilitares denominados *Águilas Negras* han estado distribuyendo nuevos panfletos con amenazas y listas de personas que deben “evacuar” el municipio. En este contexto, para muchas personas en el pueblo, incluyendo a mis familiares, aproximarse al pasado, verbalizarlo y ponerlo en cuestión resultaba algo delicado. Parecía que no estaba dado *decir* cualquier cosa, que la masacre del Neme ya no era un capítulo cerrado para varios de los habitantes del Valle de San Juan, aunque en repetidas ocasiones escuché decir que así querían que fuera.

Por otra parte, los problemas de aproximación al pasado no sólo tuvieron que ver con la presencia de la violencia o de las autoridades departamentales que investigan los hechos ocurridos en 2001, sino con problemas éticos y familiares que emergieron de hacer *palabra* aquello que se había escogido olvidar. En primer lugar, aproximarme a un pasado aparentemente ya olvidado en el Valle de San Juan, o del cual no se habla a menos que sea interpelado, implicó que se desataran pequeñas tensiones entre aquellos que eligieron hablar conmigo acerca de la violencia reciente y aquellos que prefirieron callar. Por lo menos en una ocasión tales tensiones fueron evidentes: cuando algunos de mis familiares que escuchaban nuestra conversación acerca de los hechos de 2001 le advirtieron a mi tía Orfilia que quizás la sobrina (yo) la podía meter en problemas y que mejor "callara la boca", ella, visiblemente interpelada, me preguntaba que si eso era cierto y me repetía la frase: "tenga cuidado con esto que le digo". Inmediatamente doña Orfilia discutía con ellos diciendo: "acaso qué, nada va a pasar, estas cosas ya pasaron, y al fin y al

cabo yo no estoy diciendo nada que no sea verdad"⁹. Así, aunque el conflicto fuera breve, quedó claro que para muchos dentro de mi familia, e incluso por fuera de ésta, no estaba del todo bien visto que ella hablara conmigo sobre hechos violentos pasados y que, eventualmente, *difamara* a los vecinos o a ciertas instituciones¹⁰. Esta situación ocurrió en repetidas ocasiones en otros escenarios de diálogo colectivo¹¹.

Por otra parte, sin duda alguna la indagación por un pasado que se ha elegido olvidar toca límites éticos que trascienden incluso las particularidades de este campo, y que se ubican en el escenario más amplio y globalizado de las políticas de memoria orientadas por el imperativo de recordar (Jelin, 2001; Margalit, 2002; Teitel, 2003). Alberto Madrigal, uno de los testigos directos y único sobreviviente de la masacre ocurrida el 24 de abril de 2001 en la vereda del Neme, me dijo lo siguiente cuando conversamos sobre sus recuerdos:

A: ¿Y cuando usted habla de estas cosas, que siente, le queda después ahí en la cabeza?

A.M.: Claro, le queda a uno funcionando en la cabeza. Hay cosas que uno no dice a veces, porque uno no sabe, quien es usted, investigándolo a uno, póngale cuidado como es: que sea una de ellos, que la hayan mandado, que se vaya a ver uno enredado. [...] es solo porque somos familia. Si no yo no hablaría.

⁹ Notas de Diario de Campo. 4 de Marzo de 2012.

¹⁰ "Mientras mi tía contaba que había muchas personas que en el pueblo sabían que se iba a cometer una masacre y que los paramilitares se dirigirían hacia el Neme, aun días antes, mi abuela y mi tía Diva interfirieron diciendo: "enredos, puros enredos, nadie sabía lo que iba a pasar" y se produjo una discusión sobre la verdad de los hechos ocurridos. Lo mismo ocurrió cuando mi tía se refirió al asunto de la llegada anticipada de una camioneta de la Cruz Roja al lugar donde horas después se cometería la masacre. El señor Omar, su esposo, quien ha permanecido en silencio durante toda la conversación, la interpela para decir que eso no fue así. Llegan a la conclusión, recordando los hechos acontecidos el 24 de abril de 2001 y todo lo que cada uno hacía ese día, que en efecto, la camioneta de la Cruz Roja si pasó *antes* de la hora de la masacre por la tienda de mi tía en el Michú, y que dos personas se bajaron del automóvil a preguntarle a ella en qué dirección se encontraba la vereda del Neme". Notas de Diario de campo. 4 de Marzo de 2012.

¹¹ Por ejemplo, en entrevista del 7 de Abril de 2012 con varios habitantes de la vereda del Neme que presenciaron la incursión paramilitar del 24 de abril de 2001, se revelaron varias tensiones en la construcción colectiva del recuerdo. Hubo distintas contradicciones y silenciamientos, especialmente entre los miembros de una misma familia cuando se referían a que había personas conocidas dentro de los llamados paramilitares. La señora de la casa llamó a su comadre, la persona que me había acompañado al lugar y quién les había *garantizado* que mi interés era puramente académico, para decirle en secreto que ella y su familia tenían miedo de hablar y que sentía desconfianza. Aunque nuevamente mi acompañante – esposa de mi primo y comadre de la señora, le aseguró que no había nada que temer, ella mantuvo cierta distancia hacia mí y empezó a llamar a los miembros de su familia nuclear hacia la cocina, quienes conversaron conmigo en el patio hasta ese momento.

A: Claro, esta información es confidencial, pero me causa curiosidad eso, como el recuerdo no solamente viene en el momento en que estamos aquí hablando sino después que a usted le queda ahí sonando, ¿incluso cuando yo me vaya?

A.M.: Sí claro, a uno le queda sonando y queda uno pensando en ese tema, por ejemplo, yo ahorita hablando con usted me parece que los estoy viendo en el momento como nos llevaron ese día, como nos trataron, lo que nos decían. Cuando hablo con usted como que enciendo la imaginación y los puedo ver, los veo pasar, me acuerdo de todo, de toda la humillación y del miedo. Porque es un recuerdo. Y son cosas que uno no debe recordarlas porque pues de pronto le molesta a uno, cierto? Entonces a uno le queda funcionando, así usted se vaya yo me quedo acordándome de eso un rato, un tiempo. Uno se acuerda como eran esos berracos, como lo trataban a uno, la forma de ser tan humillativos, la ropa...¹²

Esta actualización del recuerdo en una persona que ha decidido olvidar tiene varias implicaciones éticas que tuvimos que asumir a lo largo de esta investigación. Tanto don Alberto, como mi tía Orfilia y las otras personas que accedieron a hacer palabra sus propios recuerdos y compartirlos conmigo, tuvieron que atravesar la compleja vía de las memorias personales sobre hechos violentos, la cual transita -en diferentes órdenes y en este caso- por la actualización del pasado, la reconstrucción del recuerdo y el deseo del olvido. A su vez, durante la marcha, juntos tuvimos que desarrollar algunas estrategias para intentar cerrar las heridas que invocaba el recuerdo y elaborarlo imponiéndole un límite, tales como hablar de los proyectos de cada uno y acudir a las prospecciones inmediatas o de mediano alcance. Ello implica que atravesar los límites éticos supuso para mí como etnógrafa asumir la responsabilidad frente a la apertura de recuerdos que no querían ser invocados emprendiendo un trabajo colaborativo que involucró una elaboración de las memorias con las personas testimoniantes. De modo que, investigar sobre las memorias de hechos violentos implicó para mí, sin duda, participar en la construcción de dichas memorias y contribuir en la elaboración colectiva de las mismas.

Re-presentar la violencia en el Neme: testimonio, parentesco y narración.

Durante el mes de abril de 2001 ocurrió un asesinato colectivo en la vereda del Neme, al sur del municipio del Valle de San Juan. El Bloque Tolima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) incursionó en la madrugada del 24 de abril

¹² Entrevista a Alberto Madrigal. 27 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

y asesinó a cuatro personas, todos familiares y amigos de Antonio José Bernate, alias 'el Tuco' y jefe de finanzas del frente 21 de las Farc. Éste, a su vez, había sido torturado y asesinado nueve días antes y su cuerpo fue abandonado en la única carretera que tiene el Valle de San Juan. A excepción de esto último, esa fue la información que reportó el periódico El Tiempo en su edición del 17 de diciembre de 2009 –ocho años después de que se cometieran los hechos violentos en el Neme y en pleno estallido del escándalo de la Parapolítica¹³. En esta columna del diario, se indicaba que el entonces congresista Gonzalo García no sólo debía responder por sus vínculos con las AUC sino por la masacre, dado que él había sido el alcalde en el periodo en el que se cometieron los asesinatos (*El Tiempo*, 17 de diciembre de 2009). A pesar de aquella crónica periodística, supe de la masacre del Neme por otros medios y en otras condiciones. En abril del 2001, escuché decir a mi mamá, angustiada que no íbamos a poder viajar al Tolima porque la situación estaba peligrosa y que había que rezar mucho porque varias de mis tías y sus familias tendrían que dormir esa noche dentro del maizal. Según ellas, 'había ruidos' de que los iban a matar a todos. Efectivamente, unos días después a mi madre le confirmaron que los paramilitares "habían hecho una matazón muy berraca por los lados del Neme" y que la familia estaba bien. Entonces nosotros, que vivíamos en Bogotá, no volvimos durante varios meses al Tolima. Fuera de aquella noticia extemporánea del diario El Tiempo, no hay más registros en la prensa nacional sobre los hechos ocurridos en el mes de abril del 2001 en la vereda El Neme. Si me enteré por aquella época, fue porque la violencia había tocado directamente a los miembros de mi familia y porque el poder paramilitar se estableció en el Valle de San Juan como en tantos otros municipios del país impidiendo, a través del miedo, nuestros viajes al pueblo. Once años después, en circunstancias diferentes, me

¹³ *Parapolítica* es el nombre con el que se conoce a un escándalo desatado en Colombia tras la desmovilización del grupo paramilitar AUC en 2006 en el cual se evidenció la relación entre políticos de varios niveles del país y los paramilitares. Según las investigaciones y condenas judiciales varios dirigentes políticos y algunos funcionarios del Estado se beneficiaron de estas alianzas por medio de la intimidación y la acción armada de los grupos paramilitares contra la población civil. Algunos alcanzaron cargos en alcaldías, concejos, asambleas municipales y gobernaciones así como en el Congreso de la República y otros órganos estatales. A su vez algunos de los políticos desde sus cargos desviaron dineros para la financiación y conformación de grupos armados ilegales y filtraron información para facilitar y beneficiar las acciones de estos grupos dentro de las que se incluyen masacres, asesinatos selectivos, desplazamiento forzado entre otras acciones criminales con el objetivo de extender su poder en el territorio nacional. Al respecto ver: Corporación Nuevo Arcoiris, 2007; López, 2010; Romero, 2011.

encontré viajando por primera vez al Neme para preguntar por la masacre que nadie más me había vuelto a mencionar. No fue nada fácil.

Las primeras personas que compartieron conmigo sus recuerdos sobre la incursión y la instauración de los paramilitares en el pueblo fueron, de hecho, mis familiares. Mi abuela, mis tías y sus esposos, así como mis primos accedieron a construir y compartir sus memorias desde la vereda Michú, donde siempre han vivido. Aunque esta narración no estuvo exenta de conflictos, como se explicó en la sección anterior, ni implicó un consenso acerca del contenido de aquello que se me estaba contando, me fue permitida por los vínculos familiares. De hecho, también el diálogo con los testigos directos de los hechos violentos del 24 de abril de 2001 y la aproximación a sus testimonios estuvieron mediados por tales relaciones familiares. Don Alberto Madrigal me dijo varias veces durante nuestra entrevista que él sólo me contaba su historia porque yo era la nieta de su difunto primo Alfonso. La comadre de mi primo Adálver también insistió en que ella y sus familiares, quienes estuvieron encerrados en la Escuela del Neme la noche de la incursión, sólo hablarían conmigo porque yo era familiar de su compadre. Incluso las otras personas que se mostraron más abiertas, y que no tuvieron un vínculo tan directo con los hechos violentos, me recalcaron que *hablarían* porque yo era la sobrina, la prima o la nieta de alguien que ellos conocían.

Esto resulta crucial en la medida que hubo una relación transaccional entre los testigos de la masacre y yo como etnógrafa para poder producir los testimonios de un pasado violento que socialmente se eligió olvidar, cuyo valor estuvo dado, en principio, por el vínculo generacional y los lazos familiares. El testimonio, en tanto forma particular de hacer inteligible la *experiencia* personal, no está exento de valor según los escenarios en los cuáles se produce. Según Alejandro Castillejo (2009: 52), los testimonios hacen parte del desarrollo de una *industria de la extracción* asociada a grupos de intermediarios, generalmente conformados por expertos de los estudios de la violencia que pretenden construir conocimiento o agentes diseminadores de las experiencias traumáticas interesados en dejar un registro

público, cuya labor primordial es la recolección de experiencias colectivas e individuales. En esta economía de la extracción del valor de la experiencia, el testimonio es tratado como un *producto* y por lo tanto, adquiere un valor tanto para sus recolectores como para los testimoniados. A su vez, es en la transacción orientada por dichos valores y frente a una audiencia específica que se produce el testimonio y no antes, esto es, en un interregno de negociación donde la empatía y el altruismo están secundados por los complejos intereses individuales y colectivos que median la necesidad de verbalizar una experiencia traumática del pasado.

Normalmente en escenarios judiciales el testimonio de las víctimas es tronzado por exigibilidad de justicia y reparación simbólica y/o económica, incluso aunque se genere en el marco de una disputa social y política que produce la verdad judicial en relación desigual con los testimonios de los perpetradores, para el caso colombiano (Aranguren, 2002). Adicionalmente, estos pueden tronzarse por la validación de la experiencia pasada de quien testimonia así como por un momento de reconocimiento personal e histórico de que los hechos violentos efectivamente sucedieron. No obstante, en otros escenarios como el que tuvo lugar durante las entrevistas que sustentan esta investigación, la narración de la experiencia de un pasado violento en disputa, como lo es la masacre del Neme, estuvo mediada por la existencia de vínculos de parentesco y lazos familiares que se convirtieron en el principal valor de cambio y en el marco de producción del testimonio. De modo que la gente me recalcó, una y otra vez, que a menos que fuera la conocida o familiar de alguien con quien sostenían una relación de parentesco, no me contarían nada sobre su propia experiencia con la violencia paramilitar de los años recientes en el Valle de San Juan.

Por otra parte, esta relación entre el testimonio y el parentesco también da cuenta de la necesidad de establecer y sostener lazos de confianza como un punto clave en la re-presentación de la violencia. Si las personas sólo hablan voluntariamente acerca de su experiencia personal o colectiva en hechos de violencia social y política, y en el caso de los testigos de la masacre del Neme, reclaman una relación de cercanía o

parentesco como condición para la elaboración del testimonio, ello implica que no se trata de sujetos pasivos. Tratan de evitar la ausencia de un compromiso de largo plazo y la revictimización de parte de aquellos que, sin ninguna autoridad –ni judicial, ni gubernamental, ni de la experticia en tratamientos del trauma, vamos a espiar su vida cotidiana, a cuestionar sus memorias y olvidos y a indagar por sus experiencias del pasado. La confianza entonces, se vuelve la medida de la representación de la violencia y por tanto, de poder presentarla nuevamente, de actualizarla y de construirle un sentido a través de los ejercicios de memoria colectiva. Así pues, representar la violencia paramilitar en el Valle de San Juan, y específicamente en la vereda del Neme, implicó de manera fundamental comprender que había ciertos códigos para el acceso a las memorias de las personas, y que estos debían ser respetados aun cuando se configuraran desde el momento en que mi presencia ambigua como etnógrafa irrumpía en escenarios familiares o privados de otrora. Estas pautas, como la cercanía y el condicionamiento de lazos de parentesco como clave de acceso para la producción del testimonio, y las prácticas colaborativas para la elaboración del recuerdo y el olvido que se fueron gestando en cada conversación con los habitantes del Valle de San Juan que compartieron sus experiencias y construyeron sus narraciones junto a mí, son el sustento de esta etnografía.

CAPÍTULO 2. EJERCICIOS DE MEMORIA: “Y ENTONCES LLEGARON LOS PARAMILITARES”.

Resumen. La memoria emerge en el lugar y en el momento mismo de la narración. Se produce en ese espacio de la pregunta por el recuerdo, no antes, por eso es un ámbito movedizo y sujeto a los contextos en los cuales se evoca. En este capítulo se enseñan los resultados de los ejercicios de memoria elaborados junto a los habitantes del Valle de San Juan sobre los hechos violentos ocurridos en la vereda del Neme en 2001. A su vez, se da cuenta de la institucionalización de las estructuras políticas y económicas de la violencia paramilitar en el Valle de San Juan y la manera como trascendió los límites municipales; de la reconstrucción de los hechos cometidos durante la masacre; de la instauración del dominio paramilitar tras los hitos de violencia y de la alianza entre políticos locales y paramilitares que lo sustentó. Por último, se plantea una reflexión sobre los ejercicios de reconstrucción de memoria y el desplazamiento de los recuerdos y los olvidos en su elaboración.

Mineros y Paracos. Institucionalización de las estructuras económicas de la violencia en el Valle de San Juan.

A: bueno tía yo quiero que me cuente. ¿Qué se acuerda usted de cuando vinieron los paramilitares en el 2001?

O.G: Pues al principio empezaban a decir, que o sea vimos, porque nosotros abrimos la ventanita para ver porqué sonaban unos carros raros de noche ¿sí? Entonces esto...una noche ellos llegaron y los vimos por la ventana de la alcoba, de la pieza que da a la calle. Entonces paró un carro ahí y yo le dije a Omar: ahí va un carro cabinado. Un carro como raro y se bajaron unos señores. Entonces pararon ahí y uno imaginaba que iban a golpear, pues ya se escuchaba el runrún de disque unos paramilitares.

A: ¿Eso en que época fue?

O.G: Eso fue en el 2001, pero antes de matar en el Neme ya se escuchaban. Eso fue como en el 2000 cuando llegaron, un año antes. Era que uno escuchaba que por ahí andaban y uno veía pasar esos carros finos y unos carros cabinados. Unas camionetas. Entonces empezó a llegar gente rara.¹⁴

No sólo doña Orfilia Girón habló de la llegada de “gente rara” al Valle de San Juan en el año 2000. También algunas de las personas que estuvieron encerradas en la Escuela del Neme durante la noche de la toma me refirieron que “de pronto” no era

¹⁴ Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

la primera vez que los veían aunque nunca los habían visto *así*, armados hasta los dientes¹⁵. El recuerdo colectivo sobre la llegada de los paramilitares, aunque difuso y en disputa, pone como puntos de partida dos hechos: la toma del Neme del 24 de abril de 2001, momento en el cual dicha llegada se asocia con el paso constante de camionetas cabinadas y con el hecho de que *ellos* estaban armados y tenían insignias de las AUC; y la llegada de gente extraña al municipio, y específicamente al Neme, un año antes de la toma. En un diálogo con algunos habitantes de la vereda que estuvieron presentes durante la incursión, se evidencian estos dos momentos así como la contradicción de la cual es objeto el recuerdo:

A: ¿Y cómo llegaron? ¿Llegaron donde ustedes?, ¿Les pedían cosas o algo así?

X: Pues donde primero llegaron fue aquí a la escuela, ¿no? Porque ellos llegaron fue ahí derecho a reunir la gente.

Sra: Llegaron qué, a las 2 de la madrugada.

A: ¿sí?, ¿Y ya habían venido antes?

Sra: No.

X: Pues de pronto no habían llegado así. Habían venido por ahí pero de pronto a saber seguramente cómo andaba el panorama...

Señor Mayor: Esos llegaron disfrazados de mineros.

A: ¿Y cuándo los vieron así disfrazados?

Sra: Mentiras, esos eran otros.

X: como un año antes llegaron esos negros con retroexcavadoras.

A: ¿y eran los mismos que después llegaron armados?

X: pues no todos, uno no va a decir...¹⁶

La forma cómo se elaboran dichos recuerdos y la construcción narrativa acerca de cómo llegaron los paramilitares son procesos que recaen sobre la evocación de imágenes y sonidos, los cuales sirven como punto de apoyo para la reconstrucción

¹⁵ Durante las entrevistas, cuando las personas se referían a los paramilitares como hombres “armados hasta los dientes” también acompañaban esta expresión con gestos que representaban cómo estaban armados. Por ejemplo, varias veces las personas entrevistadas en el Neme se tocaban el cuerpo indicando que todos los paramilitares durante la noche del asalto tenían correas de munición atravesadas en el pecho. También reproducían el gesto de estar cargando un “pesado fusil” entre las manos y fruncían el ceño demostrando la arrogancia o el carácter violento de los paramilitares, tal como ellos, los habitantes del Neme, lo interpretaron.

¹⁶ Entrevista colectiva a habitantes de la vereda Neme. 7 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima. [Los nombres propios se mantienen en el anonimato por petición de los entrevistados].

de una historia que no se recuerda habitualmente. Esto implica que la memoria se construye sobre acontecimientos que evocan al recuerdo; sobre gestos, sonidos y sensaciones que son en sí mismos detonantes que operan no solo en el plano mental del recuerdo sino en el nivel corporal. Así, el recuerdo del ruido de las camionetas cabinadas llegando a la tienda de doña Orfilia Girón en la madrugada, la sensación de que “algo extraño iba a ocurrir” y el recuerdo puntual de las personas entrevistadas de haber visto paramilitares “armados hasta los dientes” que llegaron “derechito a la Escuela a reunir la gente” les permite elaborar un recuerdo anterior: *ellos*, los paramilitares, no habían aparecido el día que precedió a la masacre del Neme sino mucho antes. Así, los eventos tienen unos antecedentes y la violencia implica un proceso, a pesar de que con frecuencia se plantee como un acontecimiento que irrumpe en el espacio y que se sale del tiempo. A su vez, esto evidencia un punto central de la narración. Implica que solamente al elaborar el primer recuerdo sobre la llegada de ellos como “paracos”, es decir, con una vestimenta militar, armados con fusiles y en camionetas *cabinadas*, los habitantes del Valle de San Juan establecieron colectivamente una relación con la “gente rara” que habían notado el año anterior, y cuya presencia en aquel momento no pasó de ser extraña. Tan solo tras la ocurrencia de los hechos violentos, y, en este caso, al ser interpelados más de diez años después, los habitantes del Valle de San Juan notaron que efectivamente, la “gente rara” que habían visto en el año 2000 y aquellos hombres “disfrazados de mineros” eran los mismos paramilitares que en 2001 los atacarían.

Sin embargo, hay otros registros que deben ser analizados. En 2004 Franceney Guzmán, oriundo del Neme y habitante del Valle de San Juan, escribió una corta novela titulada *Error Humano*. Este texto literario, escrito en forma de relato ficticio, con nombres cambiados, y elaborado con base en testimonios de amigos y vecinos, constituye el único relato escrito y difundido acerca de la incursión paramilitar en el Neme durante el 2001. Aunque posteriormente se analizará la relevancia de este documento en la configuración de la memoria histórica de la violencia en el Valle de

San Juan, aquí resulta pertinente en la medida que la novela de Guzmán recupera ese fragmento mnémico acerca de la llegada de los paramilitares como mineros:

Todo apunta a que los supuestos mineros eran paramilitares. En el año 2000 aparecieron por la vereda un poco de hombres negros haciéndose pasar como mineros. Traían maquinaria pesada, se instalaron en la parte de abajo del río Kalima y se marcharon a los pocos meses de haber llegado. Se hicieron amigos de los campesinos y de esta manera fueron conociendo el proceder de los cañaverlunos. Sacaban disimuladamente información a la gente del caserío. Cuando se marcharon nos preguntábamos por qué esos tipos habían venido por acá, si por estos lados no hay oro para sacar. Hoy en día se piensa que aquellos trabajadores eran hombres de las A.U.C. Evidentemente, cuando llegaron aquel mes de abril de 2001, ya tenían en la lista a los torcidos de la comunidad. (Guzmán, 2005: 74-75)

En la novela, la lectura de Guzmán sobre la llegada de los paramilitares parece contundente: ellos llegaron como supuestos mineros para *sacar* información a los cañaverlunos (habitantes del Neme) un año antes de la incursión paramilitar en la vereda, a partir de la cual empezarían a *limpiar* al pueblo de la delincuencia y la insurgencia. Sin embargo, estas personas extrañas sabían de antemano lo que iban a hacer, puesto que “ya tenían en la lista a los torcidos de la comunidad”. Esta interpretación, que no parece aislada, da cuenta de dos aspectos. En primer lugar, que desde el punto de vista de la comunidad la llegada de los paramilitares en 2001 tenía un fin restaurador del orden y de la moral de la sociedad, y en segundo lugar, que aquellos negros que habían llegado al pueblo en el año 2000 estaban *disfrazados* de mineros. Aunque en una entrevista en septiembre de 2012 Franceney se mostró dubitativo acerca del origen del paramilitarismo en el municipio así como sobre la veracidad de sus fuentes¹⁷, el autor del texto sostuvo la hipótesis de que aquellos falsos mineros eran en realidad paramilitares. Dicha interpretación, sostenida también por otros miembros de la comunidad, tiene varias implicaciones sobre la narrativa colectiva de la llegada de la violencia paramilitar y sobre la transformación de la cotidianidad.

¹⁷ “Durante la entrevista Franceney repitió en varias ocasiones que no podría asegurar la veracidad de sus fuentes ni sostener que los hechos que narra en su novela realmente ocurrieron, aunque manifestó confiar plenamente en los testimonios que cariñosamente le brindaron los sobrevivientes de la masacre y a partir de los cuales elaboró su relato. Esta negación a sostener la veracidad del relato y a no *involucrarse* parece estar vinculada a la mala recepción que según Franceney tuvo la novela en el municipio, ya que ha percibido que mucha gente ha dejado de hablarle y se ha molestado con él desde la difusión del texto, cosa que él mismo atribuye a la necesidad de silencio y olvido sobre la violencia paramilitar reciente por un lado, y por otra parte, al miedo por su propia seguridad en la medida que este texto, publicado en 2005, ha sido utilizado en las audiencias judiciales que determinaron la condena del exalcalde del municipio Gonzalo García por sus vínculos con paramilitares, y es actualmente una de las referencias dentro de las investigaciones que adelanta la Fiscalía de Justicia y Paz por la masacre del Neme de Abril de 2001 en el marco de la desmovilización del Bloque Tolima de las AUC”. Notas de diario de campo. 25 de Septiembre de 2012.

En primer lugar, cuando dialogamos acerca de este punto, las personas hicieron comentarios paralelos referentes al hecho de que *ellos hubiesen llegado disfrazados de mineros*, tales como: “es que uno es bien bruto, si hubiéramos sabido”; “¿puede creer que incluso uno les ofrecía comida?”¹⁸. Justo cuando hacían estos comentarios, el temor sobre el recuerdo de estos hechos pasados empezaba a operar como marco interpretativo acerca de la ambigüedad de mi presencia y las personas me sugerían a modo de chiste que ojalá no fuera yo a ser una investigadora de quien sabe cuál bando¹⁹. Por esta razón, mi presencia resultaba peligrosa y debían asegurarse que yo era alguien de confianza, porque justo así, “disfrazados” de algo, era como habían llegado los paramilitares a comienzos de la década: engañándolos como mineros y sacándoles información para asaltar la vereda y asesinar a sus vecinos un año después. Así pues, independientemente de lo veraz que sea, este recuerdo y el miedo que genera siguen operando como una estrategia de autoprotección frente a la llegada en el presente de “gente rara” a la vereda, así como sobre el propio sentimiento de culpa y vergüenza por permitir que los hechos ocurrieran.

En segundo lugar, la experiencia de sentirse *engañados* por gente ajena a la comunidad, parece incidir sobre la autodefinición que tienen los habitantes del Neme acerca de sí mismos. En uno de los diálogos con algunas personas que no se desplazaron tras la incursión paramilitar de 2001, les pregunté cómo creían que eran ellos mismos. Ante la sorpresa de sentirse cuestionados al respecto y entre risas, se definieron como gente “hospitalaria y amable” y una de estas personas dijo: “por ejemplo usted llega aquí y aquí se le atiende, pero dejémonos de pendejadas, cuando a uno le pasa una cosa de esas tan berracas, todo cambia, uno no puede ver igual a la gente que pasa por ahí y que mira o pregunta cosas, como si nada, ¿si

¹⁸Entrevista colectiva a habitantes de la vereda Neme. 7 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima. [Los nombres propios se mantienen en el anonimato por petición de los entrevistados].

¹⁹ Notas de diario de campo. 7 de Abril de 2012.

me entiende?”²⁰. Esa comparación entre *ser* “amables y hospitalarios” y, actualmente, tener que *ser diferentes* ante la naturaleza de la presencia de desconocidos en el territorio y la consecuente sospecha, implica que el recuerdo acerca de la llegada *amañada* de los paramilitares, haciéndose pasar por mineros, también genera transformaciones sobre la identidad de los habitantes del Neme. Ellos no solo tuvieron que volverse personas desconfiadas sino que parecen haber hecho una operación consciente frente a este cambio en la definición de sí mismos. El mensaje es claro: aunque antes éramos amables las circunstancias nos han llevado a serlo menos. Más aún, si se considera que la apertura y confianza en los extraños antaño *causó* la muerte de los propios vecinos.

Sin embargo, hay un panorama global en el cual se inserta la llegada de los paramilitares al Neme como “mineros”, aunque éste no haga parte del marco analítico e interpretativo de los habitantes del Neme, y por lo tanto, no incida directamente sobre la interpretación de los hechos ocurridos así como de su experiencia con el pasado. Según información suministrada por la Fiscalía de Justicia y Paz de la seccional Ibagué en conversación de enero de 2013 acerca de las investigaciones adelantadas, los paramilitares realmente eran mineros y varios de ellos procedían de otras partes del país. En palabras de uno de los funcionarios: “la base era una mina. Los paras le vendían minerales a Cementos Diamante y cuando ellos se dieron cuenta dejaron de comprarles”²¹. No es de sorprender que los paramilitares del Tolima realmente fueran mineros; en los últimos años se han develado los resultados de investigaciones acerca de la financiación de estos grupos que señalan una relación constante entre minería legal e ilegal, lavado de activos y narcoparamilitarismo en todo el país, toda vez que los intereses económicos de empresas multinacionales dedicadas a la gran minería en diferentes sectores, compaginaron con la oferta efectiva por parte de los grupos paramilitares de seguridad, control del orden social, y protección de la inversión de dichas empresas

²⁰ Entrevista colectiva a habitantes de la vereda Neme. 7 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima. [Los nombres propios se mantienen en el anonimato por petición de los entrevistados].

²¹ Entrevista Dr. Jeminson Cerquera. 16 de Enero de 2013. Unidad de Justicia y Paz. Fiscalía General de la Nación Seccional Ibagué. Tolima.

(Romero, 2011; Medina, 2005). Así, la extracción y producción de minerales y combustibles respaldada por las armas y como fachada para el lavado de dinero, sin consideración de las violaciones a la ley y de la vulneración de los derechos humanos, ha sido uno de los ejes de la cooperación entre el paramilitarismo y el sector privado. Esta alianza, al representar una fuente de financiación para los paramilitares y garantizar la seguridad de la inversión minera, fortaleció desde finales de los años 1990 el sistema de la guerra paramilitar así como la prolongación del conflicto en todo el país²².

La mina a la cual se refiere el funcionario está ubicada en el municipio de San Luis y según los hallazgos de la Fiscalía y los paramilitares del Bloque Tolima de las AUC desmovilizados en octubre de 2005, cuyas confesiones actualmente se adelantan en audiencias judiciales, dicha mina sirvió desde el año 2000 como base de operaciones y como una de las fuentes de financiación para extenderse a todo el centro y sur del departamento del Tolima. La estructura económica relacionada con Cementos Diamante se basaba en la extracción de materias primas como arena y piedra caliza de las canteras de San Luis, y su venta a bajos precios a la cementera ubicada en Payandé, a escasos veinte minutos del Valle de San Juan. Así pues, aquellos paramilitares que llegaron un año antes al Neme no estaban disfrazados; su actividad económica era la minería. Ya que San Luis queda exactamente al lado del Valle de San Juan, cooptar las estructuras políticas y sociales de este municipio era, lógicamente, parte de la estrategia de control territorial y económico del departamento. Esta estrategia fue establecida en un plan más amplio por las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (A.C.C.U.) desde mediados de los años noventa, para extender su dominio a todo el país y eliminar a la subversión: de modo que, para 1999, esas fuerzas ya constituían un ejército irregular con un

²² Con base en la evidencia de los casos de las multinacionales Chiquita Brands y Drummond LTDA., Mauricio Romero (2011: 164-166) señala tres mecanismos relevantes que dan cuenta de la operación de esta alianza. Primero, la mediación de elites locales entre las necesidades de seguridad de las multinacionales y los paramilitares, sin considerar violaciones a la ley, respeto por los derechos humanos, y en una perspectiva de corto plazo e intereses económicos inmediatos. Segundo, la coordinación y acuerdos de seguridad entre las compañías y grupos privados de seguridad y vigilancia, miembros retirados de las Fuerzas Armadas, o unidades o individuos activos de las mismas, todos con intereses coincidentes o afinidades ideológicas frente a las AUC, para formar un dispositivo de seguridad que combinaba legalidad e ilegalidad. Y tercero, la autonomía local y regional que tuvieron las empresas para definir tales dispositivos y disponer de las alianzas.

carácter ofensivo que controlaban territorios nuevos o afianzaban a sangre y fuego su dominio en los lugares donde ya se encontraban. Así, según varias investigaciones que salieron a la luz pública desde 2007, en una gran ola de expansión ocurrida entre 1999 y 2003, los paramilitares ganaron varias guerras en las montañas colombianas y en ese proceso lograron modificar sustancialmente el mapa político en 12 departamentos, transformar parcialmente el de otros, establecer una gran bancada parlamentaria, influir en las elecciones presidenciales, capturar el poder local en diversas regiones del país y entrar en un proceso de negociación con el Estado (Corporación Nuevo Arcoíris, 2007: 14; López, 2010; Romero, 2011). De esta manera, la llegada y la organización de los paramilitares en el departamento del Tolima obedece a un plan de dominio territorial que buscaba extenderse a todo el país. Con base en las confesiones de exparamilitares desmovilizados que se han acogido al proceso de Justicia y Paz como resultado de las negociaciones de este grupo armado ilegal con el Estado colombiano, se ha podido establecer que el Bloque Tolima de las AUC surgió entre 2000 y 2002, como resultado de la unificación de varias estructuras existentes anteriormente tales como “Autodefensas del Tolima”, las cuales prestaban servicios de sicariato, vigilancia de tierras o seguridad privada a narcotraficantes de la zona desde los años ochenta, y la penetración desde otras partes del país de estructuras paramilitares²³. Según estos testimonios, las autodefensas de la región se organizaron mejor y lanzaron su ofensiva para controlar territorios entre 1997 y 2002, cuando entraron a hacer parte de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) bajo la insignia del Bloque Tolima, como respuesta a la necesidad de enfrentar la creciente ofensiva de las Farc.

²³ Según un Informe especial del portal Verdad Abierta (2012), se puede sostener que la presencia de estructuras paramilitares en el departamento del Tolima estuvo vinculada con los conflictos que se desarrollaron en el sur del departamento en torno a la tierra y por la presencia de las FARC. Adicionalmente tuvo que ver con los cultivos de amapola en la parte montañosa y fría de la cordillera central, especialmente hacia el sur del departamento, y con la compra de tierras por narcotraficantes. La articulación de las estructuras existentes producida entre 2000 y 2002 para enfrentar una ofensiva de las Farc estuvo precedida por la penetración desde otras regiones del país de estructuras paramilitares, como la que dirigió Ramón Isaza desde el Magdalena Medio y por el Bloque Centauros de las AUC, bajo el mando de Miguel Arroyave, que descendió por la vertiente occidental de la cordillera oriental. Según estas denuncias, “Arroyave compró la franquicia de paras del Tolima” en un posible plan para extender sus dominios, y consolidar rutas para el transporte de droga y armas utilizando la red vial del centro del país. Después, a partir de 2000, este bloque fue confiado a Diego Martínez Goyeneche alias ‘Daniel’, un antiguo integrante de las Fuerzas Militares, quien se presentó como su comandante hasta la desmovilización de los 207 integrantes del bloque ocurrida en Octubre de 2005 en el municipio de Ambalema. Verdad Abierta. 2012. Las verdades del Conflicto en el Tolima. Informe especial. Consultado el 10 de Abril de 2013. En: http://www.verdadabierta.com/gran_especial/tolima/index.html

Así pues, la llegada de los paramilitares al Valle de San Juan en el año 2000 y la masacre ocurrida en 2001, se inscriben en un circuito económico y político estratégico de este grupo armado que buscaba el control del departamento del Tolima en un esfuerzo por ocupar todo el escenario nacional. Este circuito implicaba el establecimiento de estructuras económicas como la extracción y comercialización de minerales en San Luis, la búsqueda de más minas en municipios aledaños como el Valle de San Juan y el establecimiento de una eventual alianza productiva con Cementos Diamante en el corregimiento de Payandé²⁴. Apropiarse de esta fuente de financiación y establecer su base de operaciones en San Luis, les garantizaba el acceso a todo el centro del Tolima y a otras fuentes importantes de ingresos, al tiempo que significaba un avance estratégico en la lucha contrainsurgente en municipios de fuerte influencia guerrillera para aquella época como El Guamo y Chicoral. Sin embargo, los habitantes del Valle de San Juan y los sobrevivientes de la incursión armada al Neme en abril de 2001 tienen otra perspectiva sobre lo ocurrido que no pasa por la comprensión de todos estos hechos, sino de la irrupción en su cotidianidad. Para ellos, los paramilitares empezaron a aparecer como extraños y supuestos mineros a finales del año 2000; aunque eran “gente rara”, como vallunos y personas tradicionalmente hospitalarias les brindaron su atención y amabilidad sin desconfianza. Un año después, habían sido víctimas de una incursión armada de aquellos hombres extraños en la cual se había producido una masacre, que aunque eran los mismos ya no aparecían como mineros sino que se identificaban como hombres del Bloque Tolima de las AUC, “armados hasta los dientes” y a los cuales se les debía respeto y subordinación gracias a la autoridad que en unos meses consiguieron imponer. Esto da cuenta del carácter local de la experiencia y del marco interpretativo en el cual se juega la determinación del pasado; temas que se tratarán más adelante.

²⁴ Hasta el momento no ha terminado la investigación judicial que establece el alcance de los vínculos entre la cementera, que en el año 2000 fue absorbida por la multinacional CEMEX, y los paramilitares, ni la responsabilidad de la empresa privada con la violencia que se vivió en la región durante la ocupación paramilitar. Sin embargo, algunas organizaciones sociales han venido presionando sistemáticamente que se verifique la responsabilidad de empresas transnacionales del sector minero, entre las que se cuenta CEMEX, por presuntos vínculos con el paramilitarismo (Notiagen, 2012; Tribunal Permanente de los Pueblos, 2008; Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, 2006)

Operación Neme. La economía del terror I: listas, vecinos y asesinatos selectivos.

A: Entonces empezó a llegar gente rara...

O.G.: Sí, gente rara. Siempre eran unos señores morenos que por ahí solamente pasaban, nunca llegaban ahí. Entonces una noche, tarde de la noche, fue cuando frenó un carro ahí, entonces yo me asomé y ahí uno le decía al otro: "ahorita vamos rumbo a Chicoral". Uno se imaginaba que ellos iban a golpear ahí porque era una tienda...No, nada, se devolvieron. De pronto pensaban que por ahí era como una carretera y por eso pararon... Bueno, así empezaban y entonces esto uno escuchaba que ya que los paramilitares.

A: ¿y de quién escuchaba tía, dónde se escuchaba?

O.G.: De gente que iba a la tienda, hasta los niños de la guardería decían. ¡Los niños pequeños! Decían que los ¡Paracos! ¡Paracos! No les decían que los paramilitares sino paracos, y entonces yo en la tienda seguía oyendo comentarios y comentarios, de los que tomaban, o los que iban a comprar, o cuando las señoras salían del grupo de oración. Inclusive una vez vino una madre de un niño y me dijo: "¡Ay como le parece que van a entrar los paramilitares al Neme", y entonces yo: "¡Ay no!". Eso fue días antes de que hicieran la matazón.²⁵

En los primeros meses de 2001 la llegada de los paramilitares al Valle de San Juan aún seguía siendo un rumor, pese a que a altas horas de la noche pasaban camionetas con vidrios polarizados como recurrentemente sobreviene en la memoria de los habitantes que compartieron sus recuerdos conmigo. Sin embargo, la tienda como espacio privilegiado de socialización en la vereda del Michú y paso estratégico frente a la carretera que conduce al Neme, permitió que los miembros de la comunidad construyeran y difundieran rumores sobre una incursión armada, se pusieran en alerta mutuamente y establecieran un lugar de flujo permanente de información, lo cual podía ser tanto útil como peligroso. Ante los temores alimentados colectivamente y la producción de la realidad de un nuevo estado de cosas nutrida por el paso nocturno de las camionetas *fantasmas* que invocaba la presencia de personas extrañas y contribuía a alertar sobre la inminencia de un ataque paramilitar, la tienda empezó a convertirse en un lugar desolador según doña Orfilia Girón. Todo el mundo tenía miedo e intuían que iba a ocurrir algo. Doña Gloria lo resume muy bien:

²⁵ Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

Todo el mundo sabía que algo iba a pasar pero no sabíamos por qué. Venían con chismes que traían de San Luis o de Payandé sobre paramilitares y a uno como que le daba miedo. Las cosas se empezaron a poner raras y nosotros, mi familia y yo, dejamos de bajar los domingos a misa. Era como si esperáramos que algo malo fuera a pasar, yo no sé por qué. Tampoco volvimos donde la comadre por esa época²⁶.

Junto a lo anterior hubo un elemento que contribuyó a generar un clima de angustia y temor, y que profundizó la percepción colectiva sobre la inminencia de un ataque paramilitar en el pueblo al darle un carácter real y menos infundado. Cerca de un mes antes del primer asesinato en el Valle de San Juan, cuando ya se escuchaban rumores sobre personas amenazadas y desplazadas en el municipio vecino de San Luis así como sobre cadáveres que los paramilitares traían de otras partes del Tolima, los habitantes de la cabecera municipal del Valle encontraron panfletos debajo de sus puertas que habían sido repartidos de manera anónima. Dichos panfletos declaraban una guerra contra la subversión y una limpieza social del pueblo que se atribuía al Bloque Tolima de las AUC. Bajo el epíteto “colaboradores de la guerrilla”, el panfleto publicaba una lista de nombres de habitantes del Valle de San Juan que a partir de entonces estaban amenazados de muerte. Unos días después aquella lista se publicó en la esquina de la Estación de Policía del municipio y estuvo allí mucho tiempo, lo cual tuvo dos implicaciones sobre la perspectiva que adoptaron las personas: se asumió que las autoridades no le daban importancia a tal asunto, y en consecuencia, había que dejar de prestarle atención; o por el contrario, que las autoridades policiales eran cómplices de quienes amenazaban. Aunque en aquel entonces esta última parecía una hipótesis inconcebible, unas semanas después los vallunos la confirmaron.

Igual que varios habitantes que aparecieron en aquella lista elaborada por los paramilitares, doña Orfilia Girón se enfrentó a esta disyuntiva pero prefirió creer que no había que prestarle atención a este asunto. No obstante, tal decisión no le restó las dificultades que surgieron al aparecer su nombre en aquella lista pública:

²⁶ La comadre a la cual se refiere doña Gloria es doña Orfilia Girón, y se refiere a que ella y su familia no volvieron a frecuentar la Tienda, a la cual bajaban los fines de semana igual que la mayoría de los habitantes del Neme, pues este es el sitio más cercano que provee víveres a la vereda y que conecta de manera directa con la cabecera municipal del Valle de San Juan.

B: Pues ahora que me acuerdo la cosa se empezó a poner bien fea antes de que vinieran los señores esos, antes de lo de Tuco. Mamá se acuerda que había una lista escrita a máquina en el pueblo ¿sí? Bueno, pues un día llegó alguien a la tienda y me dijo: “que vaya que a usted la tienen en una lista”. Pues que resulta que había llegado un listado y lo tenían en el Valle en una casa. Cuando él me dijo eso yo me fui al pueblo a ver que era. Pues fíjese que ahí estaba hasta mi papá ¡Mi papá ya viejito que ni en televisión nunca vio a esa gente! Estaba Orfilia Giron, Manuel Guarnizo, estaba... un poco de gente... el finado Mojo y hasta Martín Vargas. Lo más terrible era que abajo decía “Carlos Castaño”, como firmado por él. No, no, no. Cuando yo vi ese papel me fui a decirle a Martín, porque Martín Vargas también estaba en la lista.

A: ¿y qué más decía el papel?

B: El papel decía que era la lista de los “amparadores de la guerrilla”. ¡Sí!, y ahí estaba yo. Entonces yo dije: “ay Dios mío, me van a matar ¡Pero por qué si yo no he hecho nada, ni mi papá tampoco!”. Yo lo que pensé es que era como un aviso, a ver si nos metían miedo y nos íbamos, porque nosotros de amparadores de la guerrilla no teníamos nada. Además, sabiendo que la lista estaba cerca de la Policía y que ellos no hicieron nada, pensamos que era alguno sin oficio metiendo miedo y que no iba a pasar nada. Igual hubo gente que sí se fue.

B: ¿y cambió algo para usted después de eso?

A: Pues claro, yo veía que la gente me miraba raro y que casi no me hablaban. Era como si pensarán que de verdad yo tenía algo que ver por salir en esa lista que hablaba puros enredos, porque de verdad, yo ni había visto a la guerrilla. Pero nadie me decía nada, era como si no pasara nada [...] Pero dígame usted! Si a mí me dicen que fulanito sale en una lista de esas pues me daría miedo también andar con esa persona. ¡No hermana! Yo no hacía sino rezar. La gente dejó de ir a la tienda y yo tenía miedo... y eso que nos llenamos de fuerzas con Telo y con Martín porque sabíamos que no teníamos nada que deber.²⁷

Así, la lista de los paramilitares se constituyó en un dispositivo de control que determinó el dominio y la legitimidad de aquellos con base en operaciones de inclusión y exclusión que surgieron al interior de la comunidad. De modo que cuando la gente dejó de ir a la tienda de Doña Orfilia o dejó de hablarle a don Martín, quien también aparecía en la lista, legitimó la autoridad de los paramilitares para definir quién era y quién no era “auxiliador de la guerrilla” y contribuyó a la producción de un significado negativo sobre el señalamiento de ciertos miembros de la comunidad. Tal operación fue efectiva en la medida que cambió las dinámicas sociales de los habitantes del pueblo y estableció nuevas reglas, no solo a partir del terror producido por el hecho de que agentes externos decidieran sobre quienes debían vivir y quienes debían morir, aunque fuera tan solo a partir de la enunciación, sino en la medida que las mismas personas empezaron a cambiar sus conductas.

A: ¿y ustedes por qué dejaron de ir a misa, y a la tienda?

²⁷ Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

J.M.: Pues a nosotros nos daba miedo bajar por allá. Uno nunca sabe, vea que a la gente siempre la amenazan por algo, y que tal que a uno lo vean con ellos y le hagan algo...Y como también andaba la guerrilla por ahí. Pues eso era lo que pensábamos en esa época, que de pronto nos pasara algo por andar con ellos.²⁸

Así pues, los vecinos dejaron de concurrir a las mismas actividades y de asistir a los mismos lugares con los “listados”, por lo que la exclusión de estos últimos estuvo dada desde el interior de la comunidad, al mismo tiempo que quienes no aparecían en la lista se incluían entre los salvados. Al emerger este conflicto ocurrió el efecto deseado: la lista, que estuvo exhibida durante semanas en la esquina de la estación de Policía, se convirtió en un dispositivo de control de la población del Valle de San Juan y en un instrumento de legitimación de la autoridad de los paramilitares; todo ello a partir del miedo producido entre los habitantes y de las prácticas de inclusión/exclusión que surgieron dentro de la misma comunidad como reacción y autoprotección ante las nuevas circunstancias. Posiblemente la lista no se encontraba ubicada en este lugar de manera casual, con ello se estaba enviando un mensaje a la población sobre el consentimiento de las autoridades policiales con los actos y la presencia paramilitar. Unos días después el peligro dejó de limitarse a la existencia de una lista pública. Bajo el silencio de las autoridades policiales, hombres armados que habían sido vistos en San Luis empezaron a merodear en la Estación de Policía del pueblo y a hacer retenes a las salidas del mismo. La sensación de inminencia de una incursión paramilitar dejó de ser un mal presagio y fue reemplazada por el silencio aterrador cuando en uno de estos retenes ocurrió el primer acontecimiento de la masacre del Neme: la muerte de Tuco.

O.G.: Entonces todo se complicó cuando se oyó la muerte del señor ese, que va a ser ahorita el Domingo de Pascua, cuantos años... desde el 2001 ¡imagínese!

A: ¿Cuál muerte del señor ese? Cuénteme que pasó.

O.G.: Pues era Domingo de Pascua. El señor ese al que le decían “TUCO” estaba con la señora en la misa. Después de eso resulta que nosotros veníamos del Valle en el carro de Gilberto, el que hacía viajes, y detrás venía ese señor en su moto. Derechito de Letras²⁹ unos tipos uniformados nos pararon y nos pidieron los papeles y nos requisaron sin decirnos nada más, luego nos dijeron que nos subiéramos y que nos fuéramos. Entonces cuando llegamos a la tienda Gilberto dijo: “ole mirá, la moto de Tuco

²⁸ Entrevista a Juan Murillo. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

²⁹ Peña de Letras. A dos kilómetros de la cabecera municipal sobre la vía que conduce a la vereda Hijo del Valle se encuentra una piedra donde se pueden observar varios petroglifos. Este punto es un lugar de referencia importante para los pobladores de la zona; es “la mitad de la carretera”.

venía detrás de mí y no ha pasado...”. [...] Sí, pues después de eso empezaron a llegar a la tienda con el cuento de que la moto de Tuco estaba tirada en la carretera ahí arribita de Letras pero que no había nadie. Ni él ni nadie más. Ahí yo me asusté y cerré temprano. Pero esa misma noche llegó Jacobo y supimos la noticia. Que a Tuco lo llevaron para San Luis y lo volvieron naco en la carretera.³⁰

En efecto, José Antonio Bernate aparecía en la lista que habían dejado los paramilitares en el Valle y días después, el 15 de abril de 2001, fue capturado por los paramilitares del Bloque Tolima de las AUC en medio de un retén a unos pocos kilómetros de la cabecera municipal por la carretera que conduce al Neme. Unas horas más tarde tras su captura, el mismo Tuco apareció asesinado en otro lugar, en el borde de la carretera que conduce a Payandé a la salida del municipio de San Luis. El señor Bernate tenía varios tiros de fusil en los pies como señales de tortura y la cabeza deformada por los disparos que le dieron muerte. Para ellos, sus ejecutores querían que Tuco “cantara”, pues a este se le tachaba de “amparador de la guerrilla” en el Neme y se le acusaba de hacer negocios con ganado robado en beneficio de las FARC. El asesinato de Tuco fue un mensaje para toda la población. Los paramilitares ya estaban en el Valle de San Juan y estaban dispuestos a cumplir sus amenazas, de manera que durante la semana que siguió a esta primera muerte, algunos habitantes del Neme decidieron irse. Algunas personas que se marcharon aparecían en la lista de “amparadores de la guerrilla” que había sido publicada días antes; mientras que otros se fueron impelidos por el temor y bajo el anuncio de que “una vez asesinado Tuco, cualquier cosa podía pasar”³¹. No obstante, fueron más los que se quedaron:

J.M.: Pues se sentía mucho miedo porque era en serio, y además después de esa muerte seguían apareciendo esos tipos armados. Pero cuando hablábamos decíamos que de pronto con haber matado a Tuco ya tenían. Nadie se imaginó que iban a venir ocho días después esos tipos a matarle al resto de la familia y a hacer todo lo que hicieron con nosotros. Eso fue una tragedia.

A: ¿Y después de la muerte de Tuco, ustedes pensaron irse del Neme?

J.M.: Pero es que dígame usted, nosotros para donde nos íbamos a ir... igual, después nos tocó irnos. Yo me fui para Ibagué donde una prima y mi esposa la recibió un familiar en Bogotá con los hijos. Pero en ese momento no. Como le digo, yo creí que con Tuco ya tenían pero no. Y ni tuvimos tiempo de nada porque a los ocho días fue la matazón cerca de la escuela.³²

³⁰ Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

³¹ Notas de diario de campo. 7 de abril de 2012.

³² Entrevista a Juan Murillo. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

Y así ocurrió. Después de muchos indicios que anunciaban que el Valle de San Juan ya no se podría librar de la tragedia que para entonces era parte de la vida cotidiana en municipios aledaños como San Luis, los paramilitares se tomaron la vereda del Neme el 24 de abril de 2001, casi diez días después de haber torturado y asesinado a Jose Antonio Bernate. Muchas de estas personas armadas habían sido vistas un año atrás con picas y palas, y en su rol de mineros los pobladores del Neme les habían brindado un jugo, un pan. Sin embargo, aquel día esas mismas personas con acento poco familiar confinaban a los pobladores en el espacio reducido de la escuela, los obligaban a cocinar y a comer sus propias reses, y les decían que aunque lo que iba a suceder les iba a causar dolor, “todo era por el bien de la comunidad”. Ello mientras estaban armados *hasta los dientes*, portando fusiles y proveedores, vestidos con camuflados militares y enseñando sus insignias con dignidad: “los hombres de Carlos Castaño hemos llegado al Neme, y cuando nos vayamos ningún hijueputa guerrillero va a quedar vivo, por eso es mejor que nos colaboren”³³.

Todas las personas que dialogaron conmigo, habitantes del Neme, de la vereda del Michú y de la cabecera municipal del Valle de San Juan, señalaron que aquel lunes transcurrió normalmente. Como todos los días, doña Gloria, habitante del Neme, se levantó a las 5 de la mañana para rezar, echarse agua en la cara y empezar los quehaceres del campo: prendió la estufa y colocó la olleta para el tinto; molió maíz para luego ir al corral y alimentar a las gallinas. Después, como todos los días de su vida se dirigió a la cocina a hacer el desayuno para despachar al hijo grande, por el cual llegaba un carro viejo a las 6 en punto para llevar a todos los estudiantes de la vereda al colegio del pueblo. Más tarde, a las 7 de la mañana Gloria llevó al segundo hijo hasta la escuela de la vereda donde saludó a otros vecinos. Como todas las mañanas, ella se dedicó a limpiar la cocina y a arreglar la casa, rociar las plantas, levantar la ropa sucia. Mientras el señor Murillo recogía el plátano y trabajaba abonando el maíz que crecía en la parcela arrendada, Gloria hizo el almuerzo y se lo

³³ Declaración testigo al CTI. 25 de Abril de 2001. En: Expediente Judicial, Proceso 62.094 Fiscalía sexta especializada de Ibagué, Tolima.

llevó hasta el cultivo. Ya de regreso en la casa, hecha de bareque y con un único espacio, ella esperó a los hijos y almorzó con ellos. En la tarde revisó nuevamente las gallinas y cepilló las prendas llenas del barro de las trochas y de la tierra cultivada. Ella recuerda que aquella vez su esposo le prohibió ir a ver la novela donde doña Ana, la vecina que tenía televisor, porque las cosas estaban raras; había gente yéndose de la vereda y era mejor quedarse en la casa sin “buscar lo que no se ha perdido”³⁴. Temprano en la noche, Gloria hizo algo de comida para todos, planchó el uniforme de los hijos para la mañana siguiente y antes de las 10 de la noche ya estaba durmiendo, esperando que el martes que seguía fuera exactamente igual a aquel día. Pero no fue así.

Aquella noche los habitantes de la cabecera municipal notaron hechos extraños. Franceney y su familia, quienes viven a la salida del pueblo donde comienza la trocha principal que conduce al Neme y que atraviesa el Michú, escucharon ruidos extraños afuera de su casa. Según Franceney, se escuchaban voces intentando fallidamente convertirse en susurros. Afuera había dos camiones con carpa negra y varios uniformados armados con fusiles. Aunque supo que algo extraño sucedía, no se imaginó que los camiones estuvieran llenos de milicianos de las AUC y no de soldados del Ejército, pues hacía poco él había llegado de Ibagué y no estaba enterado de los rumores. No había luz. Era tarde y el pueblo ya dormía. Minutos después los hombres del bloque Tolima de las AUC se dirigían hacia la vereda del Neme:

O.G.: Eso fue el Lunes por la noche. Ese mismo día se había cumplido la última noche del novenario de la muerte de Tuco. Yo cerré temprano la tienda porque estaba solo, eso no pasaban ni carros, y nos acostamos temprano, como a las 8. Ese fin de semana hubo hartos borrachos y yo estaba cansada. Fue bien tarde, como a las 11 de la noche cuando nos despertamos con Omar porque latían los perros y escuchamos que pasaban todos esos carros a toda, eso debieron dejar polvo. Esa noche me dio mucho susto mirar por la ventana pero si escuché. Motos y camiones pasaron por ahí.

A: ¿Hacia el Neme?

O.G.: sí, hacia el Neme.³⁵

³⁴ Notas de diario de Campo. 17 de septiembre de 2012.

³⁵ Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

A pesar del duelo por la muerte de su padre hacía un poco más de una semana, aquel día Willington y Huber Bernate habían estado arreglando una cerca en una finca que quedaba llegando al Río Cucuana, donde termina el Valle de San Juan. Alberto Madrigal, quien había llegado de Ibagué el domingo y se había ido para el Neme a trabajar, había estado clavando las tiras de alambre a los palos junto a los dos jóvenes, pues ese era el trabajo que ya les habían pagado. Durante la jornada él recuerda haberles preguntado si no les daba ganas de irse por la muerte del papá, que si no tenían miedo, a lo cual Willington respondió que no, que ya se calmaría todo y que además tenían a su mamá, “lo mejor es seguir normal”. El recuerdo de Don Alberto sobre lo que ocurrió después, quien tenía 50 años en aquel entonces, es muy nítido:

A: ¿Y se escuchaban rumores o algo, que de pronto iban a llegar o que, o todo fue sorpresivo?

A.M.: Pues la verdad decían que sí, que había esa gente por acá, que pasaban y todo. Pero nunca se imaginaban que de pronto esa gente fuera a levantarnos esa noche por allá. Y yo llegué el domingo por la noche de Ibagué, a trabajar el lunes por allá. Y fuimos a hacer un cerco por allá al lado de Cucuana. Ya habían matado al finadito Tuco [...] Esa noche llegamos a descansar a la casa después de cercar. Entonces los muchachos, los finados, pusieron de esa música [...]. Cuando iban a ser las 12 de la noche, semejante latición de perros, y dije yo “Huber, ¿pero esos perros qué pasa?”, dijo, “ole sí mano”. Entonces yo me paré de la cama y miré por la ventana que se veía hacia la carretera. Cuando yo escuché era que decían: “Párense, gonorreas hijueputas que llegó la gente de Carlos Castaño”.³⁶

Y así fue, cerca de la media noche del 23 de abril de 2001, en una operación silenciosa que demuestra estrategia militar y planificación, cerca de 100 paramilitares se distribuyeron por toda la vereda. Inmediatamente se dispusieron a buscar a ciertas personas, cuyos nombres vociferaban en las casas donde vivían, previamente identificadas. Sin que nadie intentara huir, tal vez porque los demás habitantes no se habían enterado de lo que estaba a punto de ocurrir y por las extensas distancias entre las viviendas rurales, los hombres armados se desplegaron completamente en el territorio del Neme mientras capturaron, amarraron y encerraron en la habitación de la casa del “finado” Tuco a quienes iban a matar aquella noche.

A: ¿y quiénes estaban en esa casa donde usted estaba?, ¿los dos chicos y usted?

³⁶ Entrevista a Alberto Madrigal. 27 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

A.M.: Pues no estaba sino Huber y mi persona, no más. Willington estaba con la mamá donde la suegra. Ellos se habían quedado todos allá con las niñas y doña Nelly. Y yo me había quedado solo con Huber ahí en la casa. A los dos si nos cogieron ahí solitos, pero qué. Entonces yo vi por la ventana a esa gente que estaban dándole culata a la puerta de la finada Cecilia, y decían “Párense gonorreas hijueputas que llegó la gente de Carlos Castaño”. Entonces yo le dije a Huber, “Uy Huber camine, volémos mire que esa gente es mala”. Entonces dijo: “No hermano”, le dije yo “Sí hermano, yo sí me voy”.

A: ¿También se hubiera salvado?

A.M.: No, que salvado. La matada tan berraca. Si por donde yo me iba a ir, me iba a botar por donde había unos tanques de agua y eso ya estaba lleno de gente. Eso estaban pero tendidos ahí, y por ahí se habían venido, por ahí bajaban, por ahí mismo detrás de la casa. Eso estaba lleno de esa gente ya. No nos habíamos podido volar igual. Entonces Huber me cogió de la mano, el finadito, y me dijo: “uy no hermano, no se vaya porque ahí si lo matan. Estémonos acá, ¿luego?”. Le dije yo, “pues sí”. [...] Cosas que uno hace en medio del desespero, ¿no? Sino que yo me daba miedo porque escuchaba por las noticias que esa gente era muy mala, esa gente es paramilitar, y que era gente de Carlos Castaño, pues claro a uno le da pavor, a uno le da [...] ¡mucho miedo! [...] Entonces, yo llegué y me acosté cuando llegaron a la puerta y le daban (pam, pam) duro, tram, le daban, “párense gonorreas hijueputas”, y dije ahora sí!, y entonces yo me paré, y estaba pelado y sin camisa, apenas en pantalón. Y dije: “abro” y abrí, ¡ah!, ¡ahora si fue!, y abrí. De una vez me gritaron, “extiéndase gonorrea hijueputa” y de una vez me tendí y me puso la pata en la nuca ese hijueputa acá. Y de una vez me puso el fusil que inclusive me alcanzó a joder acá en la columna. Acá me dejó como un huevito [Cuello].

A: ¿Y los acostaron a los dos de una vez?

A.M.: No, a mí. Me puso la pata acá [cuello] y el fusil acá [espalda] y de una vez llegó el otro y me amarró con una piola. Me amarró así [Señala las manos en la espalda]. Bien amarrado. Eso me amarró las manos uno, y el otro me tenía con la pata en el cuello y el fusil en la espalda. Entonces cuando a Huber, “tiéndase perro hijueputa”, de una vez él se tendió y de una vez le pegaron con la culata del fusil y le dieron acá y le hicieron totear la boca contra el cemento. Uy, eso le salía la sangre al guámbito. Ya sabían que era el hijo de Tuco. Y lo amarraron. A ambos nos amarraron, pero a mí a un lado y a él aparte. Eso fue rapidito. Y al rato cuando trajeron a Martha, a los niños, a Willington y a otro muchacho Ángel Antonio, y a un muchacho de por allá de San Luis. A esos sí ya los traían amarrados.³⁷

Don Alberto Madrigal, sobreviviente de la masacre, se aproxima a la representación de los acontecimientos de aquella noche mediante la elaboración de su recuerdo. En efecto, él estuvo amarrado y custodiado junto a otras cuatro personas: Willington Bernate de 18 años, y Huber Bernate de 17 años, ambos hijos de Tuco; Don Ángel Antonio, compañero sentimental de la señora Cecilia Guarnizo; y Héctor Fabio Díaz de 21 años, habitante del municipio de San Luis que se encontraba aquella noche en el Neme. En otra habitación de la misma casa había otras personas que habían sido capturadas: doña Nelly Escobar, compañera sentimental de Jose Antonio Bernate y madre de Willington y Huber, con sus hijas menores de edad; doña Cecilia Guarnizo, presidenta de la Junta de Acción Comunal de la Vereda y madre de Hernando Cañizales, alias “El Burro”, quien para entonces se encontraba detenido en la Cárcel de Picaleña y en un proceso judicial por tentativa de homicidio y vínculos con las FARC. También se encontraban allí las dos hijas de doña Cecilia, una de ellas con

³⁷ Entrevista a Alberto Madrigal. 27 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

una discapacidad mental; y por último, la señora Martha Rodriguez, compañera sentimental de Hernando Cañizales. En este orden, al menos 12 personas fueron capturadas y encerradas en la casa de la Familia Bernate desde la media noche que daba inicio al 24 de Abril de 2001, mientras que los demás paramilitares sacaban a los otros habitantes de sus casas, los listaban y los enviaban a la Escuela de la vereda. Así, cerca de las 2 de la mañana, cuando ya se encontraban en cada rincón del Neme, los paramilitares empezaron a sacar violentamente a las personas de sus casas y a dirigirlos a la escuela de la vereda, a escasos trescientos metros de las casas de Cecilia Guarnizo, presidenta de la junta de acción comunal, y de la familia Bernate donde se encontraban las personas capturadas previamente.

Sra: Allá abajo, donde los ranchos que quemaron ellos llegaron como a las 2 de la mañana. Por aquí pasaron como a las 4 y media. Llegaron fue amaneciendo y nos dijeron que había una reunión en la Escuela.

X: Se los llevaron a todos menos a mí. Yo me había ido el domingo para la casa a coger café esa semana o si no también me habría pasado a mí. De resto uff, dígame, si cogieron casa por casa.

Y: Nos decían, los necesitamos, pero nadie sabía para qué era. Y nadie sabía quién era ni qué iba a pasar. Solo dijeron que bajarán a una reunión, que nos necesitaban allí en la escuela. Subieron hasta allá arriba avisándole a la gente, y toda esa gente bajó. Y sin saber para qué era. Por eso la gente fue, porque usted cree que si a uno lo van a encerrar y luego van a... uno no va a bajar. Nadie se iba a meter a eso. Pero como ellos venían vestidos de Ejército y armados, pues ni modo, tocaba ir.

A: ¿Y qué vieron por el camino a la Escuela?

Sra: No pues había como soldados armados a lado y lado de la carretera, eso a uno le da mucho miedo porque no había para dónde coger. Yo estaba muy asustada, pensé que nos iban a matar, pero cuando ví que los otros vecinos también iban para allá pues como que me calmé. Y llegamos a la escuela y allá estaban todos. Llenaron la escuela y nos tuvieron encerrados ahí hasta tarde, a las 6 de la tarde todavía estábamos ahí.³⁸

Todas las familias de la vereda Neme, cerca de 150 personas en aquel entonces, fueron obligadas a asistir a la “reunión” con sus vecinos en la Escuela. Para las 6 de la mañana del 24 de Abril de 2001, todos los habitantes, excepto las personas capturadas que se hallaban custodiadas en la casa de la familia Bernate, se encontraban confinados en un espacio de cerca de 80 metros cuadrados que fue diseñado para atender una población de máximo 60 estudiantes de la vereda. Una vez allí, el Comandante del grupo armado se dirigió a todos los pobladores encerrados en la Escuela, mientras que paramilitares dispuestos para el combate se hallaban dentro y alrededor del lugar. Según las elaboraciones colectivas del

³⁸ Entrevista colectiva a habitantes de la vereda Neme. 7 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

recuerdo que hicieron varios testigos, esta persona de ojos claros y voz firme les dijo a todos que se tranquilizaran, que ellos traían una *lista* y sólo matarían a quienes estuvieran en ella. Que ya los tenían seleccionados. También les dijo que lo que iba a suceder en el Neme les iba a doler a todos, pero que era inevitable, era necesario y era por el “bien de la comunidad”, pues “había que sacar todos los *torcidos*: ladrones de ganado, rateros de toda índole, guerrilleros y colaboradores”. El paramilitar les explicó además que estaban retenidos “para que ninguno de ellos se fuera a escapar” y para poder comparar sus nombres con los de la lista que llevaban. Así, nuevamente los victimarios utilizaban una lista con nombres no sólo como dispositivo para determinar quien vivía y quién moría, sino como un dispositivo de control de la población por medio del terror fundado en la idea de estar o no estar en dicho listado.

Como todas las mañanas, aquel día a las 7 se detuvo en el Neme el bus procedente de Ortega que hace la única ruta de transporte existente en el Valle de San Juan hasta Ibagué. El conductor, su ayudante y los pocos pasajeros que iban fueron sorprendidos y retenidos por los hombres de las AUC. Tomaron el vehículo y las llaves del mismo. Así, el Neme quedó incomunicado y no había manera de que los pobladores pidieran ayuda, pero en el pueblo lo único que parecía extraño es que el bus que venía de Ortega aquella mañana no pasó. Quizás había llovido y el bus se habría varado, pensaron varios vallunos. Entretanto, en la casa de la Familia Bernate los paramilitares seguían amenazando de muerte a las personas amarradas:

A.M.: Claro, en la otra pieza los niños lloraban y ellos le gritaban a Nelly y a Martha que callaran esos chinos. Y los pelaos de Tuco también lloraban. Huber y Willington. Huber decía: “¿pero por qué nos van a matar?” Porque ellos decían que nos iban a matar. Entonces yo también dije: “¿Pero por qué nos van a matar?, ¿Luego qué?” Entonces me dijeron: “¿usted cuántos años tiene?” Le dije: 50 años. “Ya vivió lo que iba a vivir gonorra, más tarde lo matamos”. Así fue. Con esas palabras así, así exactamente como lo estoy diciendo. Bueno, yo no contesté nada. Mientras tanto Huber lloraba. Entonces le dijeron: “¿usted no sabe quién mató a su papá?” Que no, dijo Huber. “¿Usted quiere saber?” Que sí, hizo con la cabeza. “Pues nosotros, perro hijueputa, y lo vamos a matar a usted también y a los demás”. Así, así fue. Claro el chino lloraba y yo pues también pensaba y no entendía, ¿pero por qué me van a matar?, ¿por qué nos van a matar?, ¿y yo?, ¿yo qué voy a saber de cosas? Mejor dicho, uno va es al trabajo, ¿cierto?

A: sí, ¿Y usted sintió que a usted lo iban a matar también?, ¿De qué se acuerda?

A.M.: Pues al tenerlo amarrado a uno, y como lo trataban a uno y al decirme que yo ya había vivido los años que disque tenía que vivir, que iba a vivir, porque así me dijeron. “Usted ya vivió lo que iba a vivir”. En pocas palabras ellos eran dioses ¿Sí?, Eso es muy berraco, uno se resigna. Uno sabe que lo van a matar. Eso ya no contaba uno con nada, ¿si me entiende? [...] Bueno, entonces pasó así, unos lazos, que ellos necesitaban lazos, y yo: “uy, nos van a amarrar”, que guadaña que si había guadaña, si había. Que motosierra, que no, que no había motosierra. Yo, “ay juemadre, nos van a matar es picados quien sabe cómo”. Bueno, eso piensa uno muy feo. Y yo rece y rece. “Dios mío, defiéndame, guárdeme de estas cosas, ¿pero por qué?” Yo me respondía “No, no puede ser, me vengo a trabajar para acá para darle el sustento a mis hijos”. Eso pensaba, y lloraba. Porque yo venía de Ibagué para trabajar ahí donde ellos, no, para que le paguen a uno tristes diez mil pesos y ganarse uno una matada por ahí sin saber por qué.³⁹

Cerca de las 9 de la mañana, después de que un joven paramilitar pasara en repetidas ocasiones un cuchillo sobre la garganta de don Alberto Madrigal y otros compañeros de fusil le dijeran al mismo joven que aquel día “no le tocaba matar a él, que no se emocionara tanto”, entró el comandante a la casa de la Familia Bernate para “resolver” la situación de los retenidos. Alberto recuerda que los hicieron parar “a golpes” para la inspección. El hombre sacó de su bolsillo un papel y leyó unos nombres, entre los cuales estaban varios vecinos que se habían marchado en días anteriores. También leyó los nombres de Willington y Huber, los dos hijos de Tuco; Cecilia Guarnizo, madre de Hernando Cañizales (alias “El Burro”) acusado de pertenecer a las FARC, y Héctor Fabio Díaz de 21 años, el habitante de San Luis que habían encontrado aquella noche en el Neme. “Vinimos por ustedes, por guerrilleros y por colaborar con ellos. Hoy se mueren aquí”, es lo que recuerda Alberto que dijo el Comandante. Inmediatamente dio la orden de amarrar a doña Cecilia Guarnizo, que se encontraba en la otra habitación con los niños y las otras mujeres capturadas, a las cuales amenazó e indicó que también deberían morir aunque no estuvieran en la *lista*. Doña Nelly y Martha pidieron clemencia por sus vidas diciendo que tenían niños que cuidar y que ellas nos tenían la culpa de eso en que se habían metido sus maridos; a lo cual Alberto recuerda que el Comandante respondió: “las voy a dejar ir para que se den cuenta que nosotros somos justos y castigamos sólo a los que tenemos que castigar”. Les dio cinco minutos a las mujeres y a los niños para que se reunieran con las demás personas dentro de la Escuela y los amedrentó para que no intentaran huir o devolverse. Así, por alguna razón que dio giro a la decisión del comandante de los paramilitares, aquella mañana las vidas de la esposa de Tuco, la esposa del Burro y sus hijos menores,

³⁹ Entrevista a Alberto Madrigal. 27 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

fueron perdonadas. Sin embargo, Don Alberto Madrigal seguía amarrado y preguntándose por qué lo iban a matar si tan sólo había ido a trabajar.

Mientras tanto, en la escuela los paramilitares decidieron que necesitaban alimentar a sus tropas y a la población de la vereda confinada. Así, del ganado que habían empezado a confiscar de cada una de las fincas del Neme, eligieron dos reses y las mataron con una motosierra que habían encontrado en una de las casas. Entonces, recuerdan las personas que estaban en la Escuela, dos hombres armados ingresaron al lugar, eligieron seis mujeres y se las llevaron con ellos a la parte de atrás de la Escuela, donde había una cocina pequeña. Al lado de la cocina, en el exterior, habían “troceado” las dos vacas y las seis mujeres, obligadas por los paramilitares, se dispusieron a preparar la carne y un caldo para alimentar a todas las personas que se encontraban en la Escuela y a los 100 hombres armados de las AUC. Don Juan Murillo y su esposa, quienes se encontraban encerrados en la Escuela, recuerdan que nadie hablaba “por el susto”, pero que algunos niños y mujeres lloraban porque pensaban que los matarían a todos. “Ellos nos decían que venían a hacer un control sobre la vereda, que no nos preocupáramos porque ellos ya sabían quiénes se tenían que morir. Pero al mismo tiempo nos metían mucha psicología. Nos decían que al que intentara hacer algo lo mataban, al que se moviera, intentara salirse de ahí, lo mataban. Que miráramos a ver a qué hora nos tocaba. Entonces es ahí donde uno se pone a pensar que estos vienen es a acabarnos a todos, uno piensa muchas cosas en ese momento no, pero Dios le da fuerzas a uno, porque cuando uno nada debe nada teme.”⁴⁰

Don Alberto Madrigal, conocido en el pueblo como “moyita”, pensaba algo parecido en ese momento, pues su situación empeoró tras la visita del comandante a la casa donde se hallaban los cautivos ya que todos los que habían quedado amarrados, según los captores, eran “gonorreas pa’ matar”. Así, Alberto reconstruyó el recuerdo de su espera sin retorno donde creyó que sería asesinado. La elaboración mnémica indujo en él una autorreflexión acerca de la irracionalidad de sus propios

⁴⁰ Entrevista a Juan Murillo. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

pensamientos estando en el borde de la muerte a manos de los paramilitares más de diez años atrás:

A.M.: Entonces bueno, pues echaron toda esa gente por allá arriba [a la escuela] y ya no quedamos sino nosotros, los que decían que nos iban a matar. Los que estábamos amarrados todos éramos para matar. ¿No pues que esperábamos ya si ya habían sacado a toda la gente mano? Pues vea, paila, eso ya solo tocaba esperar que fuera rápido. Pues yo pensaba eso, no, esto es un desastre, esto ya no tiene vuelta atrás. A la final usted ya no piensa, ya está entregado. Los finaditos decían “¿pero por qué van a matar a moyita? Si moyita vino a trabajar ayer”. Moya era yo, por mi apodo. Entonces me preguntaron qué cuando había llegado, les dije: “yo llegué ayer a trabajar acá”. Nada, que me mataban como todos.

A: ¿y qué hora era?, ¿lo recuerda?

A.M.: Esto debía ser de 9 y media a 10 [am] yo creo. [...] Bueno, entonces ya salió esa gente cuando vino otra vez el comandante y llegó a la puerta a vernos a los que estábamos amarrados listos para matar. Era un tipo bajito mono, gordito ojirayón. Y llegó con ese fusil y yo era el primero que estaba amarrado ahí cerca de la puerta, en la pura entrada, claro y lo primero que dijo fue, “venga usted pa’ acá”, y yo dije para mí: “No como así, me mataron a mi primero y yo quería ver matar a los otros”, eso pensé yo. ¡Eco, mirá, hijueputa [risas]! Yo no sé por qué pensaba eso, pero mire que así como se lo estoy diciendo fue, mire que sí. Uno piensa un segundito, una miradita de pronto, que así lo maten a uno, pero mirar como matan al otro para ver como a uno lo van a matar, ¿cierto? [...] “No, mátenlo a él primero, déjenme a mí de último” Eso dije, mire que sí, mire que es uno buscando un poquito más de vida. Digámoslo así, la vida es muy amable y sí, yo esperaba un segundito más de vida. Que los mataran a ellos primero y que me dejaran a mí de último. Seguro que sí.

Pero vea como es la vida, estando consciente de que lo van a matar a uno, porque ya habían dicho las palabras “Que los vamos a matar”, ya qué, y después de estar amarrado, ¿ya que uno espera? Nada. Pero entonces el comandante me dijo, “¿usted cómo se llama?”, le dije Alberto Madrigal Zuzunaga. Entonces dijo: “¿Alberto Carnizal?”, le dije: “No señor, Madrigal”, porque ellos averiguaban por unos de apellido Carnizalez.

A: ¿Y luego los Carnizalez quiénes eran?

A.M.: Pues por los que iban ellos, otras personas que estaban en la lista y que ya no estaban. Eso iban por varios y por eso andaban averiguando apellidos. Entonces yo le repetí: “Madrigal Zuzunaga” y él dijo: “¿Usted cuándo vino a trabajar?”, le dije: “El lunes”, dijo: “¿Y qué estaban haciendo?”, dije: “Cercando”, dijo: “¿Y usted donde vive?”, le dije: “En Ibagué. Yo vengo a trabajar por acá”, dijo: “Venga las manos”, y me pidió las manos para mirarla, me dijo: “voltéese”, y yo me giré y cerré los ojos, dije para mí “si me va a matar que me mate, ya que”.⁴¹

Eso fue lo que Alberto recuerda haber pensado, pero justo cuando se giró y pensó que recibiría el disparo del fusil, el comandante paramilitar gritó: “¿Quién tiene las llaves? A este hay que soltarlo”. En efecto, a Don Alberto Madrigal que en aquel entonces tenía 50 años, lo liberaron de los grilletes que sostenían sus muñecas en la espalda y le ordenaron dirigirse a la Escuela, sin desviarse o mirar atrás. Ante la insistencia de su inocencia, el paramilitar había reconocido en las manos agrietadas y en la tierra que recorría sus falanges el origen campesino de aquel viejo. Y sin embargo, el valluno desconfiaba de la decisión de su verdugo y recuerda haber pensado: “ese apenas me vea que le doy la espalda me coge y *pa pa pa*, me mata”.

⁴¹ Entrevista a Alberto Madrigal. 27 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

Aunque estaba lleno de miedo, Alberto salió caminando de la casa de los Bernate, giró hacia la Escuela y cuando llegó allí se volvió a sentir vivo.

Según los testimonios, Alberto tenía la palidez de la muerte cuando llegó a la Escuela y se reunió con todos. No habló por unos instantes, hasta que Doña Nelly, la madre de los dos jóvenes que se encontraban amarrados con él, le insistió queriendo saber el destino de sus hijos. Sin poder ofrecer una respuesta, Alberto se sentó en una silla pequeña del único salón de aquella Escuela con los demás habitantes del Neme a esperar, pues como recuerdan varios de ellos: “era lo único que se podía hacer”. Muchos daban vueltas caminando dentro del recinto o hablaban en voz baja con sus vecinos. Además había un aire de preocupación, pues: “Alberto ya había contado que a los amarrados los iban a matar, entonces, ¿qué podíamos esperar que nos pasara a nosotros? Yo estaba muy preocupada y pues todos los que estábamos dentro de la Escuela también”, recuerda doña Gloria Prada. Cerca del medio día de aquel 24 de Abril estuvo lista la comida que los paramilitares habían obligado a preparar para alimentar a sus miembros y a todos los cautivos. Los niños lloraban porque tenían hambre, es lo que muchos recuerdan, y sin embargo, pocos pudieron comer bajo los efectos del miedo:

X: Pues a todos nos empezaron a pasar unos platos de icopor con caldo y había unas ollas con carne y papas. Los señores esos nos decían que comiéramos porque no se sabía a qué hora íbamos a salir de ese encierro. Eso casi nadie comió y esa comida se quedó ahí, todo el mundo estaba muy asustado, y además esa carne estaba muy salada, de eso sí me acuerdo. Y a los niños pues sí les dimos porque ellos qué, para qué asustarlos más.⁴²

Incluso, a quienes se encontraban amarrados para ser asesinados los paramilitares les dieron comida, cultivando así una falsa esperanza entre los cautivos. Sin embargo, cerca de las tres de la tarde, en la Escuela se escucharon varios disparos. Doña Nelly supo que habían asesinado a sus hijos y se desplomó frente a sus vecinos. Las mujeres empezaron a llorar y a rezar. Nadie sabía que pasaría a continuación. En efecto, los paramilitares habían liberado a Don Ángel Antonio, compañero sentimental de la señora Cecilia Guarnizo, pero en lugar de enviarlo a la Escuela como ocurrió con Don Alberto Madrigal, lo pusieron a cargar un camión

⁴² Entrevista colectiva a habitantes de la vereda Neme. 7 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

robado con 16 reses robadas de toda la vereda y otros objetos extraídos de las casas de los habitantes del Neme como televisores y muebles. Así, los perpetradores no solo reducían la dignidad de sus víctimas a través del confinamiento sino extrayendo las pertenencias y objetos que dan cuenta de toda una vida.

A las tres de la tarde de aquel 24 de Abril de 2001, los paramilitares del Bloque Tolima de las AUC en una operación con casi 100 hombres armados que habían desplegado la noche anterior, sacaron a la carretera a las cuatro personas que ya habían decidido asesinar y amarradas de pies y manos fueron ejecutadas con disparos de fusil que les destrozaron el rostro. Los dos hijos menores de Tuco, Doña Cecilia Guarnizo y Héctor Fabio Díaz fueron asesinados en condiciones de indefensión y sin haber tenido derecho a un juicio previo por los vínculos con las FARC, razón de la acusación de los paramilitares. Aterrorizados, los demás habitantes de la vereda del Neme que se encontraban encerrados en la Escuela no tenían más opción que esperar a que los hombres armados decidieran su suerte. Con la impotencia precedida por el llanto inconsolable de Doña Nelly, todos sabían que sus vecinos habían sido asesinados a escasos metros de donde se encontraban y que nada sería igual desde entonces.

Una vez asesinadas sus víctimas, cargados los camiones con las pertenencias de los habitantes y el ganado robado, los paramilitares ultimaron los detalles dejando un mensaje claro a la población. Quemaron varias casas, algunas de ellas habitadas por las personas fallecidas. También escribieron varios grafitti en tinta negra y roja en las paredes de las viviendas y de la Escuela con textos alusivos a las AUC: “AUC, BLOQUE TOLIMA”; “FUERA GUERRILLEROS SAPOS”; “CARLOS CASTAÑO PRESENTE”. La espectacularidad de la violencia no terminó allí. Cerca del final del día, los paramilitares dijeron a los habitantes encerrados en la Escuela que solo podrían salir de ahí a las cinco de la tarde y que lo mejor era que se marcharan de la vereda. Que ellos iban a estar patrullando y no querían problemas con nadie. Que lo que habían hecho era algo que debían hacer por el “bienestar” del

pueblo. Que cuando salieran no podían recoger los cuerpos de los muertos, aun cuando tal vez los verdugos se dieron cuenta de que tales cuerpos empezaban a ser profanados por los animales. Tras las advertencias, los camiones partieron hacia el Valle de San Juan y los paramilitares desaparecieron por grupos.

Operación Neme. La economía del terror II: Silencio, desplazamiento y la toma de la Escuela del Michú.

Todo se supo rápidamente. Cuando llegamos donde la finadita Cleopatra (Ella era la presidenta de la Junta de Acción Comunal), en este momento, pudimos ver cuáles eran las casas que se estaban quemando. El fuego estaba devorando las viviendas de la finada Cleopatra, el finado Parménidez y la señora Claudia Nasayó, excompañera de Veleta y madre de Julio López. La señora Isabel, compañera del finado Piolín y madre de los dos jóvenes prisioneros, al ver su vivienda envuelta en llamas desesperadamente decía: “¡Hagan algo, por favor!”. Segundos después, alguien gritó: “¡un muerto, un muerto!”. Doña Isabel inmediatamente preguntó: “¿qué ropa tiene?”. El otro le contestó: “Una camiseta blanca y un jean”. La mujer se secó las lágrimas de los ojos y dijo: “¡me los mataron!”. Una de sus niñas lloraba y doña Isabel desesperada la sacudió del brazo y la reprendió diciéndole: “¡para que llora, no ve que ya los mataron!”. (Guzman, 2005: 70)

Aterrorizados, los habitantes del Neme esperaron hasta las 5 y media para empezar a salir de la Escuela. Una vez afuera, hallaron los cuerpos de sus vecinos muertos y espantaron los animales que se alimentaban de los restos de carne dejados por las balas. Con respecto a esto, varios autores han planteado que los cuerpos son los textos en donde se inscribe la violencia política. Según Claudia Steiner, para Feldman (1991), “el papel de esta violencia es el de un modo de transcripción, que se vuelve tangible en el cuerpo humano: la violencia política hace del cuerpo un instrumento y un escenario.” (Feldman, 1991; citado por Steiner, 2009: 310). A pesar de la advertencia de los paramilitares sobre el levantamiento de los cadáveres, doña Nelly (*Doña Isabel* en el relato de Franceney Guzmán citado arriba) corrió hacia los cuerpos de sus hijos con el propósito de levantarlos, pero varios pobladores se lo impidieron ante el temor a las represalias que pudieran tomar los paramilitares. Desorientados, la mayoría de los pobladores corrieron a sus casas y se encerraron allí, otros huyeron hacia el interior de las montañas.

Yo salí de ahí y cogí mis hijos. Les tapé los ojos para que no vieran los muertos y de todas formas los vieron, era horrible, estaban irreconocibles y ahí tirados porque no se podían recoger [...] Sobre todo

Cecilia, Dios mío [...] Nos fuimos rápido para la casa. Se habían llevado unos costales de maíz que mi esposo había recogido y las dos vaquitas que teníamos. Que injusticia, nosotros sin deberle nada a nadie. Esa noche yo no pude dormir y yo creo que nadie más pudo. Unas sobrinas se quedaron con nosotros porque tenían miedo, y también mis suegros. Estábamos pensando para donde irnos al día siguiente. Si ya habían matado a unos, nada me hacía pensar a mí que no iban a volver.⁴³

En efecto, la exposición de los cadáveres así como la manera cómo se cometieron los asesinatos tenían la finalidad de generar miedo entre la población enviando un mensaje acerca de lo que les podía pasar a las personas que sostuvieran vínculos con la guerrilla. También había sido el festejo de su llegada al pueblo: era su manera de indicar que este grupo armado tenía el poder y eran los dueños de la zona. De modo que, cómo señala Elsa Blair, los mensajes dejados luego de la ejecución de la masacre no se agotan en los códigos cifrados sobre el espacio físico geográfico donde sucede, sino que, en un acto de profunda significación, continúan sobre los cuerpos, que se vuelven un *lugar*, un *escenario* de ejecución del ritual violento (2004a, 43). Así, el cuerpo muerto es el lugar donde ocurren las violencias colectivas, y en este caso, la exposición de los cuerpos amarrados y desgarrados traza el símbolo de un cuerpo social silencioso, indefenso, destrozado. Los cuatro cuerpos abandonados en la mitad de la carretera de la vereda del Neme, a unos cuantos pasos de la Escuela, se hicieron mensajeros del terror al estar cubiertos de significaciones, no solo por la expresión física de la violencia ejercida sobre sí, sino por la dimensión simbólica de cada cuerpo desfigurado, exhibido y humillado. En este orden de ideas, las manipulaciones sobre los cuerpos de las víctimas resultan significativas y entretienen algunas significaciones de la muerte violenta en esta comunidad. En primer lugar, los cuerpos amarrados y abandonados en la vía pública, en medio de casas en llamas y a merced de los animales que los desgarraron, constituyeron el escenario donde la violencia pudo teatralizarse enteramente: los cuerpos puestos a la distancia para que fueran observados por los demás habitantes del Neme se convirtieron en objetos de terror y en el centro del espectáculo que había comenzado con el bloqueo de la vereda la noche anterior.

En segundo lugar, la prohibición de realizar el levantamiento o dar sepultura a los cadáveres en el momento mismo apela no solo al acto violento de restar dignidad a

⁴³ Entrevista a Gloria Prada. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

los muertos, sino que trasciende a otro escenario simbólico. Al respecto, Claudia Delgado plantea que “para la población civil en general, el encontrar un cuerpo insepulto o fosas comunes en sitios clandestinos no sólo constituye un problema de salud pública, sino que además antropológicamente resquebraja su entorno social respecto a los límites entre el mundo de los vivos y los muertos. [...] El entierro y sus ceremonias rituales tienen la finalidad de impedir el error de los muertos, su retorno a las calles y las casas de los vivos.” (2000: 61). Al castrar esta posibilidad, los victimarios obligan a sus víctimas a permanecer cerca de la muerte y frustran la elaboración que viene con los rituales funerarios por la muerte del ser querido. Por último, la exhibición de los cuerpos produce la escisión colectiva en tanto fractura las funciones sociales de solidaridad frente al duelo y de cohesión social de los sobrevivientes frente a sus muertos mediante la elaboración y participación colectiva en los rituales fúnebres. De modo que, “el cadáver produce miedo porque los síntomas que anuncian la destrucción de la carne reenvían a una imagen insostenible de destrucción de la persona y de desagregación de la colectividad” (Thomas, 1989. Citado por Blair, 2000: 124). Así, la manipulación de los cuerpos aparece como una herramienta privilegiada para la producción del terror que tiene efectos sobre la subjetividad de los individuos y el sentido social construido en su interrelación (Blair, 2004b; 2001).

A la mañana siguiente el lugar estaba desolado. Muy temprano, algunos habitantes del Neme consiguieron una moto para ir hasta la cabecera municipal del Valle de San Juan a avisar a las autoridades acerca de lo ocurrido. Allí, el Alcalde y el Personero del municipio encabezaron una comisión que se dirigió al Neme para hacer el levantamiento de los cadáveres, mientras llegaban desde Ibagué los miembros de la Fiscalía y los técnicos del CTI, a quienes se les avisó esa mañana. Cuando estos llegaron al municipio, los cuerpos ya se encontraban en el Cementerio. Según el informe de los funcionarios este era el estado de cosas al día siguiente:

Siendo las diez horas del día 25 de abril hogaño, somos informados por el C.T.I. de la presencia de cuatro cuerpos sin vida y la quema de varias viviendas en la vereda Neme, jurisdicción del municipio de Valle de San Juan (Tol.). Ya en dicha localidad, fuimos enterados que los cuerpos sin vida habían sido

transportados desde la vereda el Neme, al cementerio del Valle del San Juan; lugar donde de inmediato se realizó la respectiva inspección judicial a Cadáveres de los mencionados cuerpos que se relacionan así [...] Cabe destacar que los cuerpos presentaban múltiples heridas con morfología y características producidas por proyectil de arma de fuego y en la mayoría de ellos, se observó explosión de bóveda craneana con exposición de masa encefálica. De acuerdo a las labores preliminares recolectadas, en la aglomeración de curiosos que presenciaban la trágica escena, murmuraban que los fallecidos habían sido ultimados por un grupo de personas pertenecientes a las AUC, en hecho ocurrido el día anterior en la vereda el Neme. [...] En ejercicio de nuestras labores investigativas y en momentos en que acompañábamos a la señora Fiscal en la inspección judicial, se registró el desplazamiento de varias personas que argumentaron abandonar el municipio por órdenes del comandante de las AUC.⁴⁴

Tras realizar las autopsias de los cuerpos la comisión judicial se dirigió hacia la vereda del Neme en las horas de la tarde para revisar la zona y corroborar que, en efecto, el día anterior había ocurrido una masacre. Como parte de las pruebas recolectadas los funcionarios del CTI grabaron un video que captura la desolación del lugar, y el cual pude observar en sus oficinas de Ibagué el día 16 de enero de 2013. En medio de un silencio perturbado por la naturalidad del campo, los ruidos de los animales, el sonido de la brisa y los pasos del camarógrafo, el video que dura cerca de dos minutos y actualmente se encuentra entre las pruebas de la Fiscalía de Justicia y Paz en los procesos judiciales que se adelantan a los desmovilizados del Bloque Tolima de las AUC, documenta el estado de la vereda un día después de la masacre. Este comienza enseñando el panorama del cruce de la carretera donde se cometieron los asesinatos. Se ven las casas humeantes y llenas de ceniza, con paredes de bareque a punto de desbaratarse que enseñan las inscripciones con pintura reciente: “Fuera guerrilla, AUC presente”. Alrededor de las casas destruidas se ven imágenes de cajas de cerveza y muchas botellas de gaseosa vacías y rotas. Dentro de lo que fueran las viviendas de los muertos hay armarios revolcados y tirados, cajones con sus contenidos vaciados en el piso, papeles quemados y colchones volteados. Caos y silencio. El camarógrafo del CTI se detiene y enfoca su cámara en las fotografías tiradas que retratan personas sonrientes. Esta imagen es la prueba de que allí habitaron sueños, que hubo tiempos felices; evoca la nostalgia de un tiempo pasado que ya no está disponible para aquel 25 de abril de 2001 que parece detener la historia, donde todo aparenta estar vacío y tan solo residen los vestigios de la violencia.

⁴⁴ Fiscalía General de la Nación. Cuerpo Técnico de Investigación. Unidad de Policía Judicial. *Inspección judicial a cadáveres*. Informe de 26 de Abril de 2001. En: Expediente Judicial, Proceso 62.094 Fiscalía sexta especializada de Ibagué, Tolima.

En los bordes de la carretera hay más latas de cerveza y mesas tiradas que dan cuenta de que el ejercicio de la violencia para los victimarios fue un festejo (Suárez, 2008; Blair, 2007; Uribe & Vásquez, 1995). Después aparecen rastros de sangre sobre el polvo y las piedras que el camarógrafo enfoca como prueba de la exposición de los cuerpos y de los asesinatos. Tras un corte en la grabación aparece una escena escalofriante: una vaca despedazada casi en dos partes iguales, una motosierra y a su lado, tres gallinas disputándose una de las extremidades de la vaca que había sido cortada. Se escucha el cacareo de los animales y nuevamente el sonido de la brisa rozando el pasto, como anunciantes de la resignación, de lo inevitable, de la calma que sigue a las tempestades, de la vida que continúa a pesar de las atrocidades de los hombres. Hay algo irrazonable e indescriptible en aquellas imágenes; como si lo que hubiera sucedido jamás pudiera ser recuperado⁴⁵. En este orden de ideas, recordar tiene que ver con un espacio que aparece al quebrarse la temporalidad lineal y abrirse el tiempo hacia todas las direcciones haciendo confluír pasado, presente y futuro en un “remolino” en el que “giran el antes y después”. (Benjamin, 1996). De esta manera, como menciona Walter Benjamin la memoria emerge sorpresivamente como interrupción, como un desplazamiento que repentinamente vincula el pasado con el presente ofreciendo una nueva imagen. El recuerdo es la evocación que surge del espacio y los objetos que lo constituyen.

Así, el video y las imágenes capturadas por el CTI al día siguiente de la masacre dan cuenta muy bien de la desolación de la vereda del Neme como el producto inmediato del terror y la violencia paramilitar. El espacio vacío aparece como el punto de inflexión en la ruptura de la cotidianidad de los pobladores, quienes tan pronto como pudieron se desplazaron a la cabecera municipal, a otros municipios, las ciudades. El testimonio de Gloria Prada y Juan Murillo, una pareja de esposos que retornó tiempo después, señala las dificultades del desplazamiento para los habitantes del Neme tras los hechos violentos:

⁴⁵ El video evoca el cortometraje *Noche y Niebla* de Alain Resnais (1955), donde el paso del tiempo da cuenta de la banalidad del terror en lo que fueran los campos de concentración en la Europa de Posguerra; de la vida invadiendo los espacios que una vez sirvieron de escenario para violencias inimaginables.

J.M.: [...] Y al que le dieron una oportunidad le dijeron “bueno váyase”, ¿pues tenían que irse las personas, no? Mucha gente se fue atemorizada, con temor de que en cualquier momento llegaran a las casas y los sacaran otra vez. Y como el decir de ellos ese día en la Escuela fue que eso no se acabaría, que ellos seguirían viniendo y que en cualquier momento le tocaba el turno a cualquiera de los que estábamos ahí, entonces eso creó un temor para la gente, para nosotros.

A: ¿Y ustedes se fueron?

J.M.: Sí claro, como a los tres días y viendo esa soledad y que todo el mundo se iba yo le dije a mi mujer que se fuera con los pelaos para donde el hermano, que yo me quedaba cuidando el lotecito así fuera desde lejos. Entonces yo me quedé en el Valle donde unos primos y ella se fue para Bogotá con los tres hijos. Fue difícil, no crea, y eso que era donde el hermano que estaba. A ella le tocó irse a trabajar a una casa de familia y a lidiar con los tres, y Brayan estaba chiquito. No, eso fue muy duro. Yo pensé que si me iba podía ayudarle y allá veríamos que hacíamos, pero eso seguro me quitaban el pedacito de tierra y después qué hacíamos. Además yo siendo campesino qué me iba a hacer a Bogotá, y uno viendo en las noticias esa gente como aguanta de hambre.

A: Y usted Gloria, ¿cómo le fue en Bogotá?, ¿Estaba más tranquila?

G.P.: Pues sí, más o menos. A mí me angustiaba que Juan se quedara aquí, y no podíamos hablar tan seguido porque no había cómo y yo sabía que los paracos estaban acá. Todo el tiempo yo pensaba en él y que no le fuera a pasar nada. Y yo con tres hijos. Ese año que estuvimos en Bogotá ellos no estudiaron. Vivíamos en Patio Bonito que era donde vivía mi hermano y aunque era él pues estábamos incómodos. Usted sabe que la visita está bien si es un par de días, pero un año era mucho.

A: ¿Y ese año se acordaba de lo que había pasado acá?

G.P.: Pues yo trataba de no hacerlo todo el tiempo, pero igual, por eso era que me había ido. Yo quería volver al campo porque al menos era donde estaba la casa, y no se podía, eso era lo que más me daba guayabo.⁴⁶

Al volver al Neme, Gloria recuerda que la vereda ya no estaba tan sola. Varios de sus vecinos habían regresado, pero también supo que nuevas personas ocupaban ahora algunas de las viviendas que fueron abandonadas. Sus hijos volvieron a estudiar en el colegio del pueblo y ella recuperó su rutina en el campo. Sobre lo sucedido en aquel abril de 2001, Gloria percibe que “la tranquilidad volvió a la vereda. Aunque siempre vivimos con cierto temor de que de pronto regresen [...] En parte sí hay olvido, para seguir viviendo. Uno tiene que soltar cosas porque pensando todo el tiempo ‘allí mataron a fulanito’ pues uno no puede seguir. Y pues de todas maneras es mi casa y no estamos arrimados como estábamos en Bogotá”. Como ella, muchas personas de la vereda que sobrevivieron al ataque de los paramilitares en abril de 2001 se desplazaron y retornaron tiempo después⁴⁷.

⁴⁶ Entrevista a Juan Murillo y Gloria Prada. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

⁴⁷ Actualmente no existe claridad en el archivo estatal sobre la cantidad de personas de la vereda del Neme que se vieron obligadas a irse tras los hechos violentos de 2001 y en el marco de esta investigación no fue posible rastrear a donde se marcharon, qué implicó para la mayoría de estas personas desplazarse, ni cómo fue el retorno. No obstante, varias investigaciones dan cuenta de las experiencias de desplazamiento forzado en el

La vida, al menos momentáneamente, se transformó. No sólo muchos se marcharon; quienes se quedaron en la vereda vivían con miedo y las actividades cotidianas se interrumpieron. En este sentido, Michel Taussig usa el concepto de “terror” para hacer referencia a un poderoso discurso de dominación que actúa en la imaginación potenciando los miedos de las personas. “El terror es efectivo en destruir la capacidad de resistencia de las personas” (Taussig, 1987: 128). De hecho, el miedo en este caso fue tal que nadie se atrevió a entrar a las casas abandonadas de la vereda. Don Juan recuerda que tres meses después de la masacre, un vecino suyo regresó a su hogar en el Neme y encontró las cosas intactas:

El temor de la gente era tal, que él encontró la plata que había dejado en un cajón completa. Es que la psicología que nos metieron el día que mataron a varios fue brava. Como ellos decían que eso le iba a pasar a los ladrones y a los que andaran con la guerrilla, nadie se atrevió a hacer nada. Todo quedó abandonado. Yo estuve en el pueblo un tiempo pero ahí no tenía trabajo ni nada que hacer. Un día decidí bajar a la vereda con dos vecinos que también se habían desplazado al pueblo y encontramos los perros gordos, hastiados. Estaban unas panelas tiradas, los costales de arroz y de maíz abiertos. Habían comido hasta hartarse y pues decidimos volver de a poquito y empezar a cultivar otra vez. Pues nadie nos dijo que no y así hicimos.⁴⁸

Pero además del desplazamiento y del temor que dejaron en los habitantes del Valle de San Juan los hechos violentos del 24 de abril de 2001, otra situación transformó la cotidianidad del municipio: el establecimiento del dominio paramilitar en connivencia con las autoridades públicas. Una semana después del asesinato de las personas en el Neme, un grupo de más de cincuenta paramilitares se estableció en la Escuela de la vereda del Michú, la más cercana a la cabecera municipal. Ubicados allí, fueron casa por casa a “pedir la colaboración de los habitantes” y a presentarse como “los protectores del pueblo”. Empezó entonces la exigencia de vacunas a la población que duraría más de un año. Más relevante aun, es el hecho de que aquella toma de la Escuela del Michú como “base” fue el primer gesto simbólico del pleno dominio del paramilitarismo en la zona. No tuvieron que asesinar a nadie, los efectos de la masacre en el resto de la población habían calado al punto

marco del conflicto armado y varias de sus conclusiones sobre los retos de la condición de desplazamiento como la dificultad de adaptación, la búsqueda de empleo, la hostilidad de las comunidades receptoras, entre otros, pueden rastrearse en los testimonios aquí analizados. Sobre el impacto del desplazamiento forzado en Colombia ver: Sentencia T-024/2005 Corte Constitucional; Acnur, 2007; Bello, 2004; Codhes, 1999, entre otros.

⁴⁸ Entrevista a Juan Murillo. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

que nadie se resistía a hacer lo que le ordenaban. Este momento, más que la masacre, fue el paso simbólico hacia la normalización e institucionalización del terror en el Valle de San Juan.

La instauración del poder paramilitar en el Valle de San Juan. Cotidianidad, terror y olvido.

Un día después de la masacre, cuando las autoridades judiciales hicieron el levantamiento de los cuerpos y realizaron una inspección a la vereda del Neme, encontraron varios elementos en una carreta ubicada en el patio de la casa donde habitaba la señora Cecilia Guarnizo. Se trataba de un fusil AK-47, ocho proveedores para el mismo, una bolsa plástica con varios cartuchos de diferentes calibres, una bomba de fabricación artesanal, un pantalón y una camisa camuflados, un brazalete de color negro con las letras AUC y un chaleco multiusos color verde. Tales elementos fueron puestos a disposición de la Fiscalía en el momento de su hallazgo. Sin embargo, cuando la Comisión Judicial se desplazaba hacia la cabecera municipal de regreso, fue interceptada por dos hombres armados en una motocicleta. “Uno de ellos afirmó ser comandante de las AUC, Frente Tolima, aduciendo que necesitaba que se le devolviera el fusil, mismo que había sido abandonado por uno de sus miembros en la vereda el Neme luego de ultimar a cuatro auxiliares de la Guerrilla, arguyendo que si no se les regresaba el fusil, lo recuperarían atacando el comando de policía y detendrían a todos los integrantes de la comisión judicial, respaldado por demás miembros de las AUC que se encontraban a las afueras del municipio y dentro del mismo”⁴⁹. Aquel incidente es recordado por varios testigos. Una de ellos, es doña Orfilia Girón, la dueña de la única tienda de la vereda del Michú, quien recuerda que la comisión llegó a su establecimiento en horas de la tarde y minutos después llegaron los hombres armados en la motocicleta y el Alcalde. En sus propias palabras:

⁴⁹ Fiscalía General de la Nación. Cuerpo Técnico de Investigación. Unidad de Policía Judicial. *Inspección judicial a cadáveres*. Informe de 26 de Abril de 2001. En: Expediente Judicial, Proceso 62.094 Fiscalía sexta especializada de Ibagué, Tolima.

O.G.: La Fiscalía y del CTI, de por allá de Ibagué, llegaron el miércoles por la tardecita, el día del entierro. Pararon aquí a tomar gaseosa y la doctora dijo: “ay no que cosa, que cosa tan terrible, que desgracia como volvieron a esa señora, huy no Dios mío”. Esa pobre señora se echaba las bendiciones y estaba muy pálida. Me contó que no había ni un alma en el Neme y que a Cecilia le *floriaron* (sic) la cabeza, primero con los disparos y después fueron los marranos. Sí, la misma autoridad a mí me lo dijo.

A: ¿ahí ocurrió el incidente de las armas?

O.G.: Sí, y uno que vivía con ese temor. Pues primero llegaron ellos, los doctores, en una camioneta. Y luego llegaron tres tipos en una moto. El del medio se bajó y los otros se quedaron lejos, y vino y les dijo a los de la Fiscalía que le entregaran el Bolso con las armas. Que había una metralleta que se les había quedado en el Neme y que era de ellos, de las AUC; y eso amenazó a la doctora pero ella decía que no, que fueran todos a la estación de Policía. El señor ese, moreno, le decía groserías y que ella se iba a arrepentir si no le entregaba el bolso. Y yo que me moría del susto. En esas llegó el Alcalde, Gonzalo, y empezó a decirle a la gente de la Fiscalía: “Mejor entréguele el bolso al muchacho”. Habrase visto (sic), el Alcalde de parte de esos tipos, ¿ah? No hay derecho, los mismos que el día anterior habían matado a un poco de gente.⁵⁰

Si bien la Fiscal hizo caso omiso a las peticiones del hombre armado y a las presiones del Alcalde a favor de este último, el hecho de que el líder político del Valle de San Juan hubiera defendido al paramilitar y le hubiera pedido a los agentes de la Fiscalía devolver el armamento y no procesar al joven, en lugar de acompañar y defender el orden institucional junto a los funcionarios públicos, fijó una imagen de negligencia y complicidad por parte del Estado en las mentes de los habitantes del pueblo. Efectivamente, varios eventos y actitudes que se hicieron más evidentes tras los hechos violentos del 24 de abril de 2001, hicieron que los vallunos creyeran que había una relación entre la institucionalidad y los paramilitares en su municipio. Con mayor frecuencia se veía al Alcalde Gonzalo García participar en actividades públicas junto al comandante del Bloque Tolima de las AUC, y a estos últimos, acompañarlo en celebraciones como su matrimonio. Y sin embargo, no se trataba solo de un vínculo de la criminalidad paramilitar con el Alcalde del municipio sino con otras instituciones estatales:

O.G.: Es que esa gente inclusive se tomó el pueblo, porque esa gente entraba como Pedro por su casa. Eso uno los veía por ahí en el parque, entraban por aquí como si fuera el territorio de ellos. Inclusive una vez vino Zarabanda al Valle, hasta yo fui con Carlos y Nancy y llegó Zarabanda allá a la escuela, y esos tipos se abrazaban con la policía, con el mismo comandante de la policía.

A: ¿y quién era Zarabanda?

O.G.: Un cantante. A Zarabanda lo trajeron ellos al valle; allá a la escuela. Entonces el sábado, la entrada era como a diez mil, vino Ricardo, Ricardo mi hijo vino de Bogotá disque para llevarme, nos llevó, y estaba Fernando también, nos fuimos y ese día vimos a todos esos tipos. Y esa noche yo no estuve tranquila hasta que nos vinimos porque Ricardo los miraba así (...) y fueron y le escupieron la

⁵⁰ Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

cara a Richard, y le dijeron “gran no sé qué, sabemos que usted es un guerrillero”. Ricardo gracias a Dios no les hizo caso. Y me dijo, “que tal eso mami, mire eso, de puro brazo con el comandante de la Policía”.⁵¹

Esta relación dificultó la reconstitución de los lazos sociales de la comunidad del Valle de San Juan tras la producción de la Masacre del Neme, toda vez que el ejercicio de la violencia por parte del grupo armado junto a la desconfianza en las instituciones, impedían retornar a un statu quo, reclamar la seguridad a las autoridades y realizar un juicio público condenando los asesinatos y la violencia paramilitar en el municipio para poder seguir adelante. A su vez, esta relación envió un mensaje a los habitantes del municipio: No tiene sentido denunciar o repudiar los actos criminales de los paramilitares. De modo que la única opción lógica para ellos fue el silencio y la sumisión. Así pues, los paramilitares instauraron un régimen de control y regulación social en el Valle de San Juan con el patrocinio de las autoridades locales y las instituciones públicas. En primer lugar, establecieron su presencia en el área urbana y generaron vínculos con la Policía, los miembros del gobierno municipal y con el ministerio público. Posteriormente, impusieron un sistema de vacunas o cobros a los campesinos y demás habitantes del municipio, a través del cual debían entregar mensualmente una cantidad de dinero, reses o bultos de maíz a los paramilitares:

A: Después de que todo esto sucedió en El Neme, ¿los paramilitares volvieron?

SM: Claro, después de eso ellos se tomaron todo esto. Duraron como un año viniendo a pedir vacuna. Eso venían cada mes o dos meses y uno tenía que revolver para darles.

A: ¿Y ustedes no avisaron a las autoridades?

SM: Pero qué, eso uno no podía decir nada, el ganado siempre los pasaban ahí por el frente del cuartel de la Policía y qué. Ellos no hicieron nada.

A: ¿Eran los mismos o qué?

[silencio]

SM: Es que hasta yo me aterro que nos tocaba ir a llevar la plata allá al pueblo, a la “Esquina Feliz”⁵², al ladito de la Estación de Policía y de la Alcaldía. Ahí se sentaba el tipo a esperar a todos los que había citado. Como van a decir que allá en el Valle no estaban conscientes de esas vainas. A mí me cobraron como cinco o seis veces. Yo por ahí tenía los hijueputas recibos esos, porque hasta recibos nos daban los desgraciados. Es que ellos duraron andando por aquí harto tiempo. Y no solo aquí, sino en Rovira y

⁵¹ Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

⁵² Un punto de encuentro dentro de la cabecera municipal.

Ortega. Andaban todos armados y estaban por todas partes. Uno ya los reconocía así estuvieran de civil.

A: ¿y les tenía miedo?

SM: Sí, claro. Al que no pagaba se lo llevaban quien sabe pa' donde.⁵³

Con esto, se institucionalizó el robo de ganado por parte de los paramilitares. Mensualmente sacaban varias reses del municipio y las llevaban a San Luis, donde posteriormente se comercializaban. A su vez, el ganado robado en otros municipios muchas veces era llevado al Valle de San Juan y sin pedir permiso a los dueños de las fincas o pagar por ello, lo ubicaban en sus pastos en tanto lo vendían. Ocasionalmente, también tomaban “prestadas” las motocicletas de algunos habitantes y las devolvían días después, mientras sus propietarios, atemorizados, no podían evitar pensar que posiblemente sus vehículos habían sido utilizados para cometer algún acto criminal en otro lugar. Debido a las alianzas entre los funcionarios públicos y los paramilitares, los habitantes del municipio no se atrevieron a denunciar estos robos, que como todos indicaron, se hacían a la luz del día y en la esquina de la estación de Policía.

Adicionalmente, los paramilitares establecieron un régimen de control y regulación de la vida cotidiana. En varios panfletos que dejaban debajo de las puertas principales de las casas y que pegaban en los lugares centrales como tiendas o escuelas de las veredas, esta organización determinó varias regulaciones que debían cumplirse: Toque de queda para hombres y mujeres hasta las 8 de la noche, excepto los fines de semana; colaboradores de la guerrilla, marihuaneros y prostitutas deberán irse o serán asesinados; los jóvenes no deberán portar aretes de ninguna clase; jóvenes y adolescentes que no obedezcan a sus padres serán castigados barriendo la plaza principal del pueblo, recogiendo basuras y pintando fachadas; se prohíben los escándalos en la vía pública. Estas normas pretendían regular las actividades diarias de la población y su cumplimiento estaba sujeto al poder simbólico del uso de las armas, al escarnio público, a sanciones diversas, a la expulsión del municipio e incluso al asesinato. Así, los paramilitares empezaron a

⁵³ Entrevista colectiva a habitantes de la vereda Neme. 7 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

controlar y a direccionar la vida diaria de los habitantes del Valle de San Juan, y de esta forma, a reproducir sus repertorios ideológicos en las prácticas cotidianas de la población. Una vez se ubicaron dentro de la población y generaron alianzas con las autoridades locales, los paramilitares superaron la violencia ilimitada y explícita que enseñaron durante la Masacre del Neme, dando paso al uso de la violencia simbólica entre la población del Valle de San Juan a través de un tipo de ordenamiento social, que aun contenía un tipo de “violencia ordenadora”, la cual se ejercía ocasionalmente para asegurar el cumplimiento de tal ordenamiento a través de muertes selectivas, las cuales recuerdan a todos quienes siguen teniendo el poder de decidir quién muere y que nada les impide usarlo. Dentro de esta última categoría se ubica el asesinato de Maria Elena Castro unos meses después de la masacre, joven habitante del municipio a quien se le acusaba de “andar con varios hombres al tiempo y ser novia de guerrilleros”. Aquella joven fue sacada de manera forzosa del pueblo, asesinada, y su cuerpo fue abandonado y colgado con una cuerda en el puente que se eleva sobre el río Luisa, justo en la entrada principal del municipio. Semejante modalidad pretendía exhibir el cuerpo asesinado como resultado del desconocimiento de las normas de los paramilitares y recordar a los pobladores lo que les podía suceder en caso de *imitar* a la joven. Se trataba, en últimas, de una advertencia de muerte para quienes quisieran desafiar o resistir el nuevo régimen.

Sin embargo, el nuevo orden social constituido por los paramilitares no ocurrió exclusivamente a partir de demostraciones explícitas de violencia como la masacre del Neme, los asesinatos y desapariciones, sino a partir de formas más “sutiles” y aparentemente negociadas como las normas de convivencia o la permanente vigilancia del territorio. De hecho, como Carlos Ortiz plantea, “de lo que se trata es ante todo de entender las dinámicas de los actores armados al irrumpir en la cotidianidad de los pueblos y de las veredas. Y la hipótesis apenas esbozada aquí es que en la fragmentación de estas sociedades locales y sobre el fondo de miedo y desidentidad en donde logra imperar la ley del silencio, los actores organizados construyen su poder, sin palabras –como dijera Pécaut- pero con hechos y con

gestos” (Ortiz, 2001: 75). De modo que, en la medida que los paramilitares establecían normas en un espacio rural en el cual sostenían una relación con las instituciones del Estado, más fácil resultaba implantar un ordenamiento social.

Así, la cotidianidad de los habitantes del Valle de San Juan empezó a adaptarse a las normas establecidas. Tenían un horario fijo, unas zonas de circulación, unas fechas de pago de vacunas, unos comportamientos determinados y unas sanciones no negociables en caso de desobedecer dichas normas. Tales reglas comenzaron a internalizarse entre la población y el actor armado empezó a ser comprendido como un agente sustituto del Estado, que podía imponer la ley, ordenar la sociedad y realizar el ejercicio de justicia. De modo que al ver como los jóvenes del pueblo cuidaban su apariencia física por orden de los paramilitares, y cómo estos aparecían obedientes tras haber sido puestos a barrer el parque del municipio o a limpiar las fachadas de la Alcaldía, muchas madres acudieron al comandante paramilitar a solicitarle que “ajuiciara” a sus hijos. También se dieron casos en los cuales las mujeres denunciaron ante los paramilitares el mal comportamiento de sus maridos y estos fueron puestos a barrer las calles principales del pueblo. Así pues, en la disputa del control de territorio por parte de los actores armados donde el Estado tiene escasa capacidad de intervención y regulación, los habitantes en determinado momento necesitan dicha regulación y la reclaman (Ortiz, 2001: 68). De modo que con frecuencia los habitantes instrumentalizan la presencia del actor armado, contribuyendo así a crear un clima de adhesión o simpatía que eventualmente legitima dicha presencia y que se naturaliza como parte de los fundamentos culturales del orden:

D.G.: Pues era hasta bueno que ellos estuvieran por aquí. Es que antes no había autoridad, y ellos hacían que todo anduviera como un relojito. Pues sí, nos cobraban las vacunas y a uno lo asustaba que estuvieran con armas, sobre todo después de lo del Neme, pero igual, desde que hicieran algo... Yo por ejemplo, un día que Piña, mi sobrino, lo encontré jugando tejo y tomando cerveza con los amigos, y cuando me dijo que no quería estudiar más. Entonces yo me fui a buscar al que decían que era el comandante de ellos, allá en la tiendita cerca de la Alcaldía, y le dije que me ajuiciara a ese muchacho y que lo pusiera a hacer oficio. Y así fue. Lo tuvieron todo un fin de semana barriendo hojas en el parque y me le dieron cátedra. Que tenía que hacerme caso y que o si no, ellos se lo llevaban y ahí sí mijitico... Volvió rectico. Además habíamos escuchado un rumor que a un pelao en una vereda que no quiso hacer caso después de esos castigos, fue por allá y se robó una gallina y a ese sí le quemaron las manos.⁵⁴

⁵⁴ Entrevista a Diva Girón. 12 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

La vida cotidiana de todos los habitantes del Valle de San Juan se fue adaptando así a los ordenamientos: qué se puede hacer, qué no se puede hacer, quiénes pueden estar donde, hasta qué hora se puede caminar por las cuadras, qué tipo de ropa o corte de cabello es mejor llevar, entre otras, fueron actividades reguladas, intervenidas e incluso transformadas por los paramilitares, ya que con el tiempo estas normas se fueron internalizando en la población. Este control social y regulación de la vida cotidiana por parte de grupos paramilitares ha sucedido también en otros municipios y zonas del país (CMH, 2011; Caraballo, 2010; Madariaga, 2006; Ortiz, 2001). Según Caraballo, en Barrancabermeja encontró que las madres, particularmente, se manifestaban satisfechas sabiendo que sus hijos e hijas llegaban a la casa más temprano y que entonces podían dormir tranquilas; “encontraba entonces que muchas de ellas eran las encargadas de contactarse con el comandante de la zona para pedirle ayuda sobre el comportamiento de su hija o su hijo; encontraba que la mayor parte de la población se sentía mucho más tranquila por la disminución de los robos y la venta y consumo público de drogas en las calles y las canchas.” (2010: 74). De manera que es difícil establecer el grado de imposición de órdenes estrictos dentro de comunidades que ciertamente han reclamado un orden históricamente y que se apropian de la violencia simbólica que es ejercida sobre sus miembros sacándole provecho.

Según Claudia Steiner, “podría decirse que, ante la imposición por parte de los grupos armados de un nuevo orden político y social, la identidad y la moralidad tradicional de algunas comunidades bajo su dominio tienden a exacerbarse. La *pax paramilitar*, al igual que el “orden” que establecía la guerrilla en los ochenta, los dos acompañados de un fuerte autoritarismo y de una rígida moralidad, se benefician de la necesidad de protección que expresan los pobladores.” (2009: 301). A su vez, Patricia Madariaga afirma tras una exhaustiva investigación sobre las prácticas de control y dominación paramilitar en el Urabá que: “la relación entre la maquinaria de control que los paramilitares ponen en funcionamiento en la zona y las personas que conviven con ella está marcada por soluciones de compromiso: por una parte se acusan los efectos de sus métodos en la medida en que ellos afectan directamente a

la persona en cuestión o sus seres queridos; por otra parte, se reconocen las ‘bondades’ de su intervención en la medida en que suplen, con una eficacia que ningún estado de derecho podría tener, soluciones expeditas -y necesariamente arbitrarias- a los conflictos interpersonales.” (2006: 62). En este sentido, doña Martha, habitante del municipio, señala lo siguiente:

M.: Pues al principio si fue difícil, sobre todo porque a uno le llegaban los rumores de todas esas cosas malas que habían hecho ellos allá arriba en el Neme y mucha gente del pueblo se fue. Pero después a uno se le va olvidando y como que deja de notarse que ellos están por ahí. Si pues que el horario y eso, pero igual bajaron los robos y los pelaos iban a estudiar, como debía ser. Ya uno se acostumbraba a verlos. Pasaban haciendo rondas o uno los veía por ahí en el parque o en el billar, y cuando había fiestas ellos salían también y hablaban con la gente, compartían con ellos. Normal. Otras veces uno ni los veía. Yo nunca vi que le hicieran nada a nadie aquí en el Valle. Cuando sí se veían era en las elecciones...⁵⁵

Con el paso del tiempo los paramilitares también usaron su poder en el municipio para incidir en la política. Así, en las elecciones municipales de 2000 Gonzalo García, un político conservador de larga trayectoria local había sido elegido Alcalde del Valle de San Juan con ayuda de los paramilitares, quienes incitaron el compromiso electoral con el señor García a través de una actividad proselitista con la población y el uso de mecanismos de presión. Como lo señala doña Martha, durante el periodo electoral era más visible la presencia de los paramilitares en el pueblo, pues el apoyo a ciertos candidatos se llevaba a cabo a través de la promoción entre los habitantes de prácticas clientelistas y compra de votos para que éstos dieran su apoyo el día de las elecciones. Así, los paramilitares *solicitaban* a los habitantes del municipio que votaran por Gonzalo García y por otros políticos departamentales mientras realizaban campaña política junto a ellos. De esta manera García consiguió la Alcaldía por segunda vez con casi la totalidad de los votos y en 2006, cinco años después, llegó a ocupar un escaño de la Cámara de Representantes a través de la alianza paramilitar con el caudillo conservador Luis Humberto Gómez Gallo, por quien, de hecho, también la población fue obligada a votar para el Senado en 2002. Como en varios lugares del país, esto demuestra cómo los acuerdos con los miembros de grupos paramilitares tenían como finalidad preservar la organización a través de la presencia de mandatarios en distintos

⁵⁵ Entrevista a Martha Guarnizo. 19 de abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

niveles de la administración, también demuestra el alcance del poder paramilitar en los escenarios locales y el nivel de control de la población. En 2006 el exalcalde fue procesado por sus vínculos con los paramilitares del Bloque Tolima y fue sentenciado a siete años de cárcel. En la sentencia condenatoria se afirma lo siguiente:

En lo que se relaciona con el representante a la Cámara **GONZALO GARCÍA ANGARITA**, se ha señalado que desde cuando fungió como alcalde del municipio de Valle de San Juan (Tolima) ha tenido vínculos con el Bloque Tolima de las AUC, les otorgó contratos y dineros del presupuesto municipal, les ha hecho regalos y aportes consiguiendo su respaldo para lograr por segunda vez llegar a la alcaldía de ese municipio (2001-2003) y para alcanzar la curul del Congreso que actualmente ocupa, aduciendo, inclusive, que era un “amigo” de la organización que compartía con sus comandantes y daba indicaciones sobre presuntos colaboradores de la guerrilla o miembros de la insurgencia, llegando al punto de acordar la muerte de quienes eran luego asesinados por las autodefensas.⁵⁶

Así pues, los paramilitares se volvieron parte de la vida cotidiana de los habitantes del Valle de San Juan al menos hasta 2003, sin que el recuerdo principal que movilizara esta relación fueran los hechos violentos de Abril de 2001. Al respecto Carolyn Nordstrom plantea una hipótesis fundamental para entender el fenómeno. Según ella, la guerra es un sistema cultural que se reproduce en la vida cotidiana y en la construcción de lo que se considera humano. Es dentro de este sistema donde el terror de la guerra es fomentado, resistido y derrotado (Nordstrom, 1992: 104). Así, “la violencia directa es solo una pequeña parte de la violencia. La violencia no es un fenómeno socioculturalmente fragmentado que ocurre “fuera” de la vida cotidiana de los afectados” (Nordstrom, 1992). De esta manera, es fundamental comprender que la violencia se arraiga en la vida cotidiana y en la cultura de las comunidades que la padecen, más que en niveles políticos e institucionales. En este orden, no solo se destruyen vidas o se marca la violencia en el cuerpo (Feldman, 1991), sino que la violencia también destruye culturas.

Por otra parte, habría que ahondar en la relación que establecen los miembros de una comunidad con los perpetradores de los crímenes y de la violencia. Según Ortiz, un habitante de una comunidad puede relacionarse con el grupo armado ilegal a partir de la adhesión o a partir del miedo, no obstante, “una vez instalado un grupo

⁵⁶ Corte Suprema de Justicia. Sala de Casación Penal. Sentencia 27941 del 14 de diciembre de 2009.

armado de la identidad política que fuere, especialmente en el radio inmediato de acción que es la vereda, la mayoría de los habitantes de esa área, de distintas clases o estratos sociales, tienden a aceptar como un hecho su autoridad, fundada únicamente en el uso y la intimidación del arma” (2001: 71), más aún cuando hay una relación entre las élites políticas y económicas locales con dicho actor armado. Sin embargo, Ortiz también señala que esta aceptación de facto de la nueva autoridad aparecida y de sus acciones, que son fundamentalmente hechos de violencia (explícita y simbólica), no puede comprenderse estrictamente como “legitimación” de la misma. Desde su punto de vista: “la interpretación es falaz, pues es más bien una actitud de pasividad que nace espontáneamente de un cálculo implícito de los habitantes sobre la correlación de fuerza desfavorable como estrategia de sobrevivencia, y no una adhesión surgida de intereses comunes coincidentes con los armados, ni siquiera del reconocimiento de éstos como alternativa promisoría, sino de una situación pasajera que es preciso aceptar porque no se ve posibilidades reales de trastocarla. Lo más que se reconoce a esos ocupantes es una función sustituta de las funciones de Estado, particularmente en los campos de la justicia penal -que no de la justicia social ni distributiva- y de la seguridad (contra delincuentes tales como ladrones y abigeos)” (Ortiz, 2001: 71). Es pues, en una escala difícil de determinar que oscila entre la adhesión y el miedo, que los grupos paramilitares establecieron el control y regulación de gran parte de la vida cotidiana de los habitantes del Valle de San Juan entre 2001 y 2003.

Entre la memoria y el olvido: memoria silente y olvidos que curan.

Durante la permanencia de los paramilitares en el municipio, la población tuvo que restablecer su cotidianidad en medio del silenciamiento violento y de las nuevas normas de convivencia. Un mes después de la masacre, el Alcalde Gonzalo García envió todos los materiales para la reconstrucción del Neme. Las casas que habían sido quemadas y en las cuales habían vivido las personas asesinadas fueron demolidas y se construyeron nuevas viviendas. El Alcalde también solicitó permiso al comandante de las AUC para poder pintar las paredes y quitar los grafitti que

indicaban su presencia, lo cual hizo con la garantía de que no “entrarían guerrilleros por ahí”. A pesar de estos cambios, la vereda del Neme estuvo casi abandonada por mucho tiempo, erigiéndose como un monumento a aquello que nadie quiere ver, a unas ausencias que todo el mundo sabe que están allí pero que nadie quiere recordar. Los cuerpos fueron sepultados en el cementerio municipal bajo cruces normales. En el lugar de los asesinatos no se colocó símbolo alguno de lo ocurrido. Los familiares se desplazaron del pueblo junto a otros habitantes del Neme y muchas de las personas desplazadas volvieron meses después, años después.

Durante mucho tiempo parecía que nada hubiera ocurrido allí, de hecho, no se volvió a mencionar a los muertos y la vida de los habitantes del Valle de San Juan se adaptó a las nuevas circunstancias y a la presencia de los paramilitares en el pueblo. Así, se produjo una nueva normalidad y la gente departía con los hombres armados sin considerarlos una amenaza. Nunca se vieron interrumpidas las actividades productivas y se realizaban cosechas de maíz cada seis meses, así como las ferias de San Juan y demás actividades de la vida diaria de las personas, a pesar de que tenían que pagarle vacunas a los paramilitares y tenían un horario restringido de circulación. A su vez, los niños siguieron asistiendo a las escuelas y las personas realizaban sus quehaceres diariamente. Tal percepción de normalidad se produjo de la mano con el olvido de los hechos violentos de la masacre de 2001, un olvido que no sólo fue impuesto por los paramilitares sino que también consistió en un olvido voluntario como una estrategia de los habitantes de la vereda y del municipio para poder darle continuidad a sus vidas y que permitió la reconstitución de los lazos sociales. Alrededor de las muertes de las cuatro personas el 24 de Abril de 2001 y de alias “Tuco” diez días antes, no se creó una organización social o un grupo de personas que reclamaran los derechos de los familiares de las víctimas o que reivindicaran la memoria. Esto es importante, ya que se da por entendido que tras la ocurrencia de hechos violentos hay una irrevocable necesidad de memoria, al tiempo que se reconoce que la memoria colectiva por lo general es la búsqueda de comunidades organizadas o de movimientos sociales.

Así, Myriam Jimeno señala, recordando a Elizabeth Jelin (2003) que en ciertos contextos surge una necesidad social específica para el uso de la memoria: “Sabemos ya suficientemente que el pasado se reconstruye en función del presente, de los anhelos, esperanzas, deseos u odios de quienes acuden a él. Sabemos también que este proceso reconstructivo es en parte *deliberado* y *explícito*, y que es “trabajado” por ‘emprendedores de la memoria’” (2011: 44). En este sentido, tales emprendedores politizan la memoria y hacen de ella un bastión de la colectividad, especialmente cuando hay escenarios de escucha (Halbawchs, 2004), de manera que si no hay ninguno de los dos, difícilmente habrá un interés colectivo por la reconstrucción de la memoria. Esta es pues, una de las razones por la cual quizás se privilegió el olvido al recuerdo en el balance de la memoria de la población del Valle de San Juan tras la incursión paramilitar de 2001, la carencia de organización social para la búsqueda de la memoria y la ausencia de escenarios de escucha. No obstante, esto no quiere decir que los testimonios acerca de la masacre del Neme desaparecieran durante los tres años de dominación paramilitar e incluso después, sino que tal vez circulaban por otros escenarios que implicaban menos riesgos, como la elaboración de la novela *Error Humano* de Franceney Guzman (2004).

Esta voluntad de olvido también puede deberse a la interpretación construida alrededor de los sucesos violentos, los cuales fueron incorporados a la memoria colectiva con cierta indiferencia y minimizando la carga simbólica de los mismos. Este “desprendimiento” del pasado también ha sido observado en otros casos de violencia política y social. Así, recordando la observación de Santiago Álvarez en su etnografía sobre el Sumapaz encontramos elementos similares al caso presente: “Cuando comencé a hacer preguntas acerca del pasado de la gente esperaba encontrarme con una memoria traumática en los discursos de las víctimas de la violencia. Por el contrario, cuando fue posible hablar acerca de estos terribles acontecimientos, la gente lo hacía naturalmente y con un sentido de extrañamiento como si no hubieran sido ellos los que habían pasado por esas terribles situaciones [...] La violencia sucedió en el pasado pero las víctimas no perciben sus efectos en el presente. (2004: 27). En varias ocasiones las personas con las cuales me

entrevisté en el marco de esta investigación me repitieron que con relación a los hechos violentos de la masacre del Neme, habían tenido que “olvidar para seguir viviendo”. Si bien el olvido es una de las tácticas de los perpetradores para continuar ejerciendo sus regímenes de violencia, es también una elección ante eventos violentos para permitir la continuidad de los lazos sociales. Gonzalo Sánchez señala en este sentido que: “la memoria y el olvido no son eventos o estados mentales sino procesos, y sobretodo estrategias. Semprún [un testigo] destaca cómo durante mucho tiempo optó por el silencio y lo convirtió en elección, en “estrategia de amnesia voluntaria”. A uno no le acontece olvidar, uno decide olvidar; el olvido no es simplemente una omisión, es una política. Hay una política del olvido, hay una estrategia para el olvido, hay unos recursos, y unos repertorios o astucias para el olvido” (2008: 19).

En este orden de ideas debemos comprender que el olvido es también necesario para la sociedad y para los individuos, pues éste hace parte de la memoria misma en la medida que permite la definición y sedimentación del recuerdo. Marc Augé plantea que el olvido como pérdida del recuerdo toma otro sentido en tanto se percibe como un componente de la memoria que produce el presente: “Hay que saber olvidar para saborear el gusto del presente, del instante y de la espera [...] Llevar a cabo el elogio del olvido no implica vilipendiar la memoria, y mucho menos aún ignorar el recuerdo, sino reconocer el trabajo del olvido en la primera y detectar su presencia en el segundo. La memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte” (1998: 9). De modo que estigmatizar el olvido implica negar la necesidad de reconfiguración que tiene la memoria social, la cual no se asocia exclusivamente al recuerdo o a la “sociedad memorial” sino que ha de incluir la vitalidad, la capacidad de reflexión y la continuidad social e individual que permite el olvido.

Así pues, en una comunidad que había decidido olvidar para continuar habitando el mismo territorio donde los victimarios se habían convertido en vecinos y amigos, incitar el recuerdo no fue un ejercicio fácil. Los recuerdos y olvidos que emergieron

de hacer memoria de hechos ocurridos hace once años fueron en su mayoría fragmentos, silencios, recuerdos de sensaciones, narrativas nunca dichas y la demostración de apoyo mutuo para la elaboración y la reconstrucción de la memoria de los hechos. Es notable como los recuerdos sobre la masacre funcionaron como un trampolín hacia otro tipo de recuerdos asociados a la llegada de los paramilitares. Este trampolín es más fragmentario y se produjo en medio de tensiones sobre lo dicho y lo no dicho. Por ejemplo, a pesar de las disparidades narrativas todas las personas entrevistadas durante el trabajo de campo coincidieron en que los paramilitares habían llegado antes. Sin embargo, dudan sobre si eran personas conocidas, como si hubiera un desacuerdo no explícito sobre guardar silencio o no hacerlo. A su vez, al preguntar inicialmente por la llegada de los paramilitares las personas respondieron haciendo referencia a la ocurrencia de la masacre, como si no hubiera un antes y un después, teniendo que elaborar con dificultad sus recuerdos precedentes y posteriores. En general esto parece obedecer a la forma cómo opera el olvido, ya que el recuerdo colectivo es una elaboración que se produce en disputa y a partir de evocaciones fragmentarias de los individuos, lo cual hace que algunas personas duden y hagan dudar a otros, en este caso acerca de si conocían o no a aquellos hombres y mujeres armados que atacaron la vereda la noche del 24 de Abril de 2001, si eran sus vecinos o no, y si “venían disfrazados” de mineros o no. En este sentido, es fundamental comprender que la memoria es producida en la narración misma y que el pasado se reconstruye en relación con el presente. Así, como plantea Michael Jackson en su análisis sobre las formas de narrar la violencia en Sierra Leona, se debe reconocer como “los eventos pasados son continuamente transmutados en mitos. [A su vez] el presente, lleno de sus propias preocupaciones, luchas e intereses, se apropia del pasado, y lo hace, revisando la manera en que el pasado *aparece* ante nosotros. Aunque desde un punto de vista objetivista, el pasado tiene efectos causales sobre el presente simplemente porque es anterior, desde un punto de partida fenomenológico los efectos pueden preceder a las causas y, para todos los planes y propósitos, los efectos *llevan a cabo el pasado*” (2005: 356).

Esto permite pensar cómo se elaboran las memorias y de qué manera el contexto en el que se producen influencia dicha elaboración. Uno de los testimonios centrales en la reconstrucción de las memorias de la masacre del Neme fue la novela escrita por Guzmán. En primer lugar, el hecho de que se haya escrito con nombres ficticios da cuenta de la cercanía de la historia y del reconocimiento por parte del autor de que narrar nuevamente los hechos podría afectar la sensibilidad de algunos habitantes en Valle de San Juan. Ante esto, Guzmán me señaló en una entrevista que tras escribir el libro sintió el rechazo de varios miembros de la comunidad y que muchos de sus vecinos y amigos dejaron de hablar con él. “Era como si nadie quisiera hablar de esto y como si tuvieran miedo, pero sobre todo como si a nadie le importara saber la verdad. Cada quien tenía su versión y punto.”⁵⁷ La forma de narración del texto también ejemplifica la manera indirecta en la cual con frecuencia circulan las memorias en contextos violentos. El autor dice haber escrito una novela, no un testimonio que reivindique la memoria de las víctimas de la Masacre aunque el tema sea exactamente el mismo. A su vez, los alumnos de grado once del Colegio municipal analizan el texto en su clase de literatura como una novela más y dialogan sobre su contenido, pero no hablan directamente sobre la violencia en su municipio ni hacen una reconstrucción explícita de la memoria. Así, los recuerdos y olvidos de los hechos violentos del Neme circularon por otros escenarios en medio del aparente silencio e indiferencia que contribuyeron a crear los paramilitares con su presencia.

Por otra parte, Guzmán argumenta que los hechos violentos ocurridos en El Neme fueron producto del castigo dividido ante el mal comportamiento de los *cañaverunos* (habitantes del Neme) y de un “error humano”, ya que los asesinatos ocurrieron por no haber seguido los designios de Dios. Este planteamiento resulta fundamental en la comprensión de la elaboración mnémica de los habitantes de Valle de San Juan acerca de la incursión de los paramilitares en 2001, pues su marco interpretativo no pasa por la comprensión del carácter político y expansivo del grupo armado en un escenario nacional que lo condujo hasta allí sino por experiencias más cercanas donde se asume que lo sucedido ocurrió por el mal comportamiento de ellos en tanto

⁵⁷ Entrevista a Franceney Guzmán. 25 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

miembros de la comunidad. Culparse a sí mismos como comunidad y atribuir los hechos violentos a un castigo divino, evita tener que reconocer la responsabilidad de los paramilitares como actores violentos y señalarlos en un contexto donde aún resultaba peligroso hacerlo. Por el contrario, esta forma de interpretar los hechos ocurridos da cuenta de la influencia paramilitar en la vida cotidiana de los habitantes toda vez que el control y la regulación instaurados pretendían la recuperación de las buenas costumbres y la moral en el municipio, asumiéndose que previamente la comunidad estaba *descarriada*, y que con la llegada del grupo armado volvía a establecerse el orden social. Así, las memorias están influenciadas por el presente y por las circunstancias que las elaboran aunque se estén narrando hechos pasados.

Por otra parte, durante este ejercicio de reconstrucción de memoria quedó claro que hay lugares del recuerdo que no transitan por la palabra o por el diálogo. Se trata de memorias silentes; esos lugares del recuerdo y del olvido a los cuáles difícilmente se puede acceder, incluso para aquellos quienes están recordando. Así, durante las entrevistas hallé muchas personas rumiando el pasado, meditando sobre los hechos como si hubiera cosas en su propia experiencia con los hechos violentos que no pudieran narrar. Moya, por ejemplo, se tocaba la parte posterior del cuello constantemente, como si hubiera algo más allá de decir que un paramilitar lo había golpeado fuertemente allí y que no pudiera expresar con palabras. Largos silencios, como si evocar el recuerdo requiriera tiempo y la reminiscencia se plasmara en el cuerpo. También hubo recuerdos vívidos e imágenes sólidas: frases exactas, olores, colores, ruidos. Por último, no hay una linealidad en el relato que corresponda a la secuencia de preguntas o la hilación histórica de los hechos. Cada relato tiene su propia estructura narrativa y su coherencia interna. Ello nos recuerda que a pesar de todo, la experiencia traumática es personal y que en la elaboración de los relatos cada uno es el dueño de su propia historia; quien aparece con mayor frecuencia en la narración. También indica que la memoria no está preestablecida, que no es sucedánea de los hechos históricos, que es fragmentaria y movediza, y que convive con el olvido como un síntoma de recuperación mínima, como la capacidad de reestablecer la vida.

CAPÍTULO 3. ACTUALIDAD DE LA MEMORIA. DIEZ AÑOS DESPUÉS: “VENIMOS A REPARAR A LAS VÍCTIMAS”.

Resumen. Aparentemente en el Valle de San Juan no se volvió a hablar de los muertos de la masacre hasta 2011, cuando la Fiscalía de Justicia y Paz de Ibagué abrió de manera oficial la investigación por la Masacre del Neme y los hechos violentos ocurridos en abril de 2001. Esto ocurrió tras haber recopilado varias confesiones de paramilitares desmovilizados del Bloque Tolima de las AUC, los cuales entregaron los planos de la vereda y los detalles de lo que habían denominado “Operación Neme”. Esta investigación judicial, que ha traído consigo el dinero de la reparación y a las instituciones que operan la política pública de atención a las víctimas del conflicto armado, se ha convertido en una fuente de conflicto entre algunos habitantes del Valle de San Juan, quienes se ven obligados a recurrir al recuerdo para acceder a los beneficios otorgados a aquellos que comprueben su victimización. Hay quienes argumentan que sus vecinos no dicen la verdad y que las nuevas víctimas le están ‘quitando el pan de la boca’ a quienes sí lo necesitan en un municipio cuyo ingreso anual no supera los 15.000 salarios mínimos. Más aún, algunos vecinos de la Vereda del Neme han dejado de hablarse porque no están de acuerdo con lo que unos y otros *dicen* a la Fiscalía sobre los hechos ocurridos durante la masacre diez años atrás.

La judicialización de los hechos cometidos en 2001: de repente Justicia y Paz y Acción Social.

Durante el Gobierno reciente de Álvaro Uribe Vélez (2002 – 2010) se emprendió en Colombia un accidentado proceso de paz con las AUC y otros grupos paramilitares. En este periodo tuvo lugar una masiva desmovilización y desarme de actores armados así como una discusión política intensa acerca del status de los excombatientes y de las víctimas en la sociedad civil. Dicho proceso permitió que se develaran las redes políticas e industriales que sostienen la estructura paramilitar y que comenzaran a hacerse públicos los crímenes cometidos contra la población civil. De ello surgió el instrumento jurídico que utilizó el Estado para hacer frente a la reincorporación de los excombatientes a la sociedad civil y asumir la reparación de las víctimas: la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005). Esta ley privilegió la reinserción de los desmovilizados de grupos armados como un camino para la reconciliación nacional al tiempo que les otorgaba beneficios jurídicos por la desmovilización y confesiones voluntarias que servirían para la elaboración de la verdad, de la memoria y de la reparación de las víctimas. A su vez, el proceso de paz con los paramilitares y la ejecución de la ley de Justicia y Paz favorecieron la

extensión del discurso del posconflicto, el cual planteaba que con la doble estrategia de la desmovilización de los actores armados y el ataque frontal a los “grupos terroristas”, la sociedad colombiana ya se encontraba en un escenario de paz, reconciliación y perdón. En este sentido, según la ley 975 de 2005 y el paradigma de justicia transicional que representa, el camino para la reconciliación era la verdad y por lo tanto, un deber de memoria histórica, razón por la cual se creó la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación y se dio inicio a la elaboración de extensos informes que darían comienzo a la reconstrucción pública de la memoria del conflicto armado colombiano.

La polémica que desató la ley de Justicia y Paz sobre la relación asimétrica entre los beneficios a los desmovilizados y los correspondientes a sus víctimas propició varias movilizaciones y el fortalecimiento de organizaciones sociales que en los últimos años han venido reclamando los derechos a la verdad, a la justicia y a la reparación integral de las víctimas. En medio de este clima fue expedido el Decreto 1290 de 2008, por el cual se creó el Programa de Reparación Individual por vía administrativa para las víctimas de los grupos armados organizados al margen de la ley. Este Programa buscaba conceder un conjunto de medidas de reparación individual dirigida a las personas a quienes se les hubieran violado sus derechos fundamentales por acción de los actores armados según la Ley 975 de 2005. A su vez, este decreto planteaba una reparación eminentemente individual al tiempo que descartaba su carácter colectivo, y aunque el instrumento mencionaba diferentes tipos de reparación, en la práctica se limitaba a la indemnización económica. Adicionalmente, en éste se estratificaba a las víctimas y desconocía a aquellos que hubieran sufrido la violación de sus derechos fundamentales por la acción de agentes estatales. Por último, la reparación administrativa diseñada en el Decreto 1290 no distinguía entre atención humanitaria y reparación de las víctimas, de manera que se asumía la atención humanitaria desplegada por diferentes instituciones como acciones de restitución, rehabilitación, reparación y satisfacción (Procuraduría, 2010). La implementación de estas medidas demostró la magnitud del problema al evidenciar la desarticulación institucional de la atención a las

víctimas, el poco compromiso estatal para la búsqueda de la justicia, las dificultades para el acceso, la falta de garantías para quienes exigieran sus derechos, la ausencia de cifras sólidas sobre los beneficiarios de las políticas y la necesidad de medidas de atención psicosocial así como de lineamientos claros para la verdad, la justicia y la reparación integral. En este contexto se incrementó el debate público acerca del pasado y del futuro de las víctimas del conflicto armado en Colombia y el tema se politizó fuertemente. Para 2010 este se convirtió en un problema público y se encontraba en todas las agendas electorales de los candidatos a la Presidencia. Así, Juan Manuel Santos ganó las elecciones en junio de aquel año enarbolado por un ambicioso proyecto de gobierno que incluía una Ley de Víctimas y de restitución de tierras con un diseño institucional propio, el cual, más adelante se aunó a la negociación de un proceso de paz con la guerrilla de las FARC⁵⁸.

La ley 1448 de 2011, orientada exclusivamente a la producción de un andamiaje institucional y de una política pública para el reconocimiento, atención y reparación de las víctimas, estableció una serie de medidas judiciales, administrativas, sociales y económicas, individuales y colectivas que dan cuenta de estos objetivos. Dichas medidas se aplican en diferentes momentos del proceso pasando por el reconocimiento de la condición de víctima, hasta la dignificación y materialización de sus derechos constitucionales en el largo plazo. Como un proyecto de gobierno ambicioso, la Ley de Víctimas reúne en un mismo instrumento múltiples temas como la participación de las víctimas en el proceso penal, una serie de medidas que buscan garantizar su seguridad en los procesos de reclamación de tierras, medidas de asistencia diferenciadas de estrategias de reparación, y un diseño institucional que debería operar el sistema de atención y reparación. Una vez más, la política establece la importancia de la memoria como medida de satisfacción y reparación para las víctimas y para la sociedad creando un Centro de Memoria Histórica que

⁵⁸ En septiembre de 2012 el Presidente Juan Manuel Santos anunció la apertura de las negociaciones entre la guerrilla de las FARC y el Gobierno Nacional, con la finalidad de dar por terminado el conflicto armado e iniciar una agenda conjunta para el país. Actualmente las conversaciones, que se están llevando a cabo en La Habana y en Oslo, no se han finalizado y tan solo se han obtenido algunos acuerdos preliminares.

documento sin fines judiciales la verdad del conflicto armado colombiano⁵⁹. A pesar de que la ejecución de la política ha estado supeditada durante los dos últimos años a los ajustes institucionales y operativos de la misma, no obstante, ha empezado a funcionar en varios lugares del país. Es pues, en este escenario que ha politizado e institucionalizado la memoria como parte de una política para la atención y reparación de las víctimas del conflicto, que las instituciones han revivido recientemente la masacre del Neme en el municipio del Valle de San Juan. Así, la llegada de las autoridades judiciales a la vereda así como de los funcionarios de las entidades encargadas de identificar y reparar a las víctimas que ha dejado el conflicto armado colombiano en los años recientes, obedece a un contexto político muy específico que ha posicionado el problema de las víctimas en la agenda pública nacional y que favorece un interés por la memoria histórica del conflicto.

De esta manera, en 2012, tras años de olvido y ausencia, la Fiscalía de Justicia y Paz de Ibagué abrió oficialmente la investigación por los hechos cometidos en la masacre del Neme y envió un comité de técnicos judiciales a la vereda para indagar por los hechos ocurridos. Esto sólo ocurrió tras las confesiones de varios paramilitares del Bloque Tolima de las AUC desmovilizados en 2005 y que en sus declaraciones voluntarias en el marco de los procesos de Justicia y Paz aceptaron la existencia de la “Operación Neme”, la cual dio lugar a la masacre y al desplazamiento de Abril de 2001 en Valle de San Juan. Así, aunque en la comunidad no se habían vuelto a mencionar los hechos y los habitantes del Neme continuaron con sus vidas sin exigir nada más que esto, 11 años después llegó el Estado representado por el comité judicial de la Fiscalía exigiendo que recordaran. A pesar de las dificultades para elaborar los recuerdos tras años de olvido y, según el funcionario público designado por la Fiscalía, de “tener que sacarles las palabras de la boca” a los habitantes del Valle de San Juan, se realizó la investigación con base

⁵⁹ El Centro de Memoria Histórica es un órgano público adscrito al Departamento de Prosperidad Social a partir del 2011, tras la eliminación del Grupo de Memoria Histórica establecida por la Ley de Víctimas. Este busca contribuir a la realización de la reparación integral y el derecho a la verdad del que son titulares las víctimas y la sociedad en su conjunto así como al deber de memoria del Estado con ocasión de las violaciones ocurridas en el marco del conflicto armado colombiano, y sus investigaciones no tienen fines judiciales. Es, a su vez, la institución heredera del anterior Grupo de Memoria Histórica perteneciente a la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación creada por la Ley de Justicia y Paz en 2006.

en algunos testimonios de las víctimas de aquel abril de 2001. Actualmente, tal investigación es el fundamento de la documentación del caso que se presentará ante los tribunales de Justicia y Paz como parte de una serie de masacres cometidas en el departamento del Tolima por las AUC. A su vez, como se mencionó anteriormente hubo un aliciente político que favoreció la investigación judicial en este caso: en 2009 la Corte Suprema de Justicia condenó al representante a la Cámara Gonzalo García por sostener vínculos con grupos paramilitares. Éste había sido el alcalde del municipio mientras se cometió la masacre y su nombre surgió frecuentemente en las confesiones de los desmovilizados como uno de los responsables de la misma. Así, es claro que los detractores políticos de García, un caudillo local de amplia trayectoria, tienen un interés en que se recuerden y procesen los hechos ocurridos en el Neme, y que sin duda, ello también incide en el interés repentino de las autoridades para que los habitantes recuerden, pero ¿qué ocurre cuando las autoridades llegan a esta población rural apartada con la exigencia de recordar hechos violentos ocurridos once años antes?

¿Quiénes son las víctimas? Tensiones sociales de la reparación en el Valle de San Juan.

Una vez llegaron las autoridades empezó el conflicto por la verdad sobre los hechos ocurridos en abril de 2001. Muchos de los habitantes del Valle de San Juan no querían hablar, según ellos, porque no recordaban, porque no veían la necesidad de hacerlo y porque ya había pasado mucho tiempo, mencionó el investigador del CTI encargado de realizar las entrevistas⁶⁰. No había un interés evidente en la búsqueda de verdad y justicia ni una organización social en torno a la memoria. En lugar de esto, hubo comentarios que se repetían y que también aparecieron en los testimonios brindados en el marco de esta investigación: “Aquí siempre ha sido así”, “Sólo Dios hace justicia”. De manera que cuando algunos empezaron a hablar y a

⁶⁰ Entrevista Dr. Jeminson Cerquera. 16 de Enero de 2013. Unidad de Justicia y Paz. Fiscalía General de la Nación Seccional Ibagué. Tolima.

colaborar con los funcionarios de la Fiscalía, varios vecinos dejaron de hablarles y empezaron a discrepar sobre la ruptura del silencio así como sobre el contenido de las narraciones.

Muchas de las preocupaciones obedecían a que la aproximación al pasado podría tener consecuencias sobre el presente, pues mientras que las autoridades departamentales indagaban sobre los hechos violentos ocurridos hace más de diez años en El Neme, supuestos miembros de grupos paramilitares denominados *Águilas Negras* proveían nuevas amenazas y panfletos con listas negras en el municipio. Sin duda, aproximarse al pasado, verbalizarlo y ponerlo en cuestión resultaba problemático para muchas personas en este escenario. Parecía, además, que no había claridad o consenso sobre la interpretación del pasado y que, por lo tanto, no estaba permitido *decir* cualquier cosa a las autoridades. Por otra parte, como se mencionó anteriormente, ante la llegada de las autoridades once años después, emergieron las dificultades de elaborar el recuerdo y de hacer *palabra* aquello que muchos habían elegido olvidar. Esto implicó que se desataran algunas tensiones entre aquellos que decidieron hablar con los investigadores acerca de la violencia paramilitar, y aquellos que habían decidido callar. Así, en varias ocasiones se evidenciaron tales tensiones. A Doña Orfilia Girón le dijeron varias veces que mejor no hablara porque se podía meter en problemas y que mejor “callara la boca”, ante esto ella entraba en conflicto con sus interlocutores diciendo que al fin y al cabo esas cosas ya habían pasado y que eran ellos quienes “le ponían misterio a la cosa”⁶¹. A su vez, cuando realicé la entrevista colectiva en la vereda del Neme unos meses después de que hubiera estado allí la Fiscalía indagando por los mismos hechos, presencié como la señora de la casa impedía que los demás miembros de su hogar profundizaran sus relatos en mi entrevista. Así, uno a uno se marcharon hacia la cocina dejándome sola en el patio. Al interpelar a la señora sobre aquel silencio, me dijo que verdaderamente ellos no sabían quién era yo, que para qué quería saber cosas que ellos ya habían olvidado y que tal vez, decir cualquier cosa podía perjudicarles en los beneficios prometidos por el Gobierno o incluso, con los

⁶¹ Notas de Diario de Campo. 4 de Marzo de 2012.

vecinos de la vereda.⁶² Aunque estos conflictos fueran breves, quedó claro que para muchos no estaba bien visto hablar sobre hechos violentos pasados.

Como se mencionó anteriormente, esta actualización del recuerdo en personas que han decidido olvidar tiene varias implicaciones éticas que tuvimos que enfrentar a lo largo de esta investigación, y que los funcionarios públicos no necesariamente pudieron asumir. Su trabajo finalizaba con la recolección de datos sin tener en cuenta las consecuencias sobre las memorias individuales o sobre los conflictos generados dentro de la comunidad. Ello implica que atravesar los límites éticos de la reconstrucción de memoria conlleva para el etnógrafo o para el funcionario público ocupar la responsabilidad frente a la apertura de recuerdos que no quieren ser invocados, emprendiendo un trabajo colaborativo que involucra una elaboración conjunta de las memorias con las personas testimoniadas. Muchos de los conflictos que emergieron se evidenciaron después y fueron duraderos:

D.G.: Pues yo sí quise hablar con los señores esos que vinieron de Ibagué para contar lo que viví en esa época, pero muchos me tildaron de chismosa y que quién sabe qué era lo que me iban a dar. Yo le compraba los pollitos para criar a una de esas que vive aquí en la casa de más atrás, y después de eso ya no. Que se joda, ¿por qué habla de mí a mis espaldas? Además yo no le estoy haciendo ningún mal, pues a mí me preguntaron y ya, yo hablé.⁶³

De manera que la reconstrucción de la memoria y el establecimiento de la verdad histórica están sujetos a las condiciones sociales en las cuales ocurran tales eventos. Así, el contenido de las narraciones y los relatos dependen del contexto en el cual emerjan, del momento de la elaboración de los mismos, de las relaciones entre los miembros de esa comunidad que revive el hecho; pero también de las prácticas cotidianas y del escenario histórico en el cual ocurran los actos mnémicos, las cuales otorgan un marco interpretativo a los hechos que se intenta elaborar a través del recuerdo. A su vez, elaborar memoria tiene efectos sobre el presente que no necesariamente son reflexivos, y que tienen que ver con los intereses particulares de aquellos quienes recuerdan así como de aquellos que incitan al recuerdo y movilizan la memoria. Por eso, además de las implicaciones éticas y de los

⁶² Notas de Diario de Campo. 7 de Abril de 2012.

⁶³ Entrevista a Diva Girón. 12 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

conflictos que emergen en la construcción de la verdad histórica, el hecho de que la reparación implique la llegada de instituciones que otrora no aparecieran en el municipio, así como la restitución de derechos básicos y el desembolso de dineros con los cuales los miembros de la comunidad no contaban, tiene otras implicaciones.

Unos meses después de la recolección de datos que hizo la Fiscalía en el Valle de San Juan, los funcionarios de la Agencia de Acción Social comenzaron a hacer la lista de las víctimas del municipio por los hechos violentos cometidos por las AUC en 2001. Así, a comienzos de 2012 varios funcionarios se desplazaron a la vereda del Neme y al resto del municipio a tramitar las solicitudes, a hacer los estudios y a tomar los datos de las “posibles víctimas”, las cuales debían comprobarlo imponiendo su denuncia en el Ministerio Público y relatando los hechos por los que se había producido la victimización. En aquel momento, los conflictos entre los vecinos de la vereda se agudizaron porque algunos de los que habían vivido la masacre notaban silenciosos como varias de las “víctimas” no habían sido tales. Al parecer, se trataba de familiares de los dueños de las fincas que no solo no habían vivido los hechos violentos de 2001 sino que además, tampoco eran habitantes de la vereda del Neme. Según uno de los pobladores que nunca se desplazó, “ellos mentían y echaban todos el mismo cuento cuando les preguntaban. Que el 24 de abril de 2001 habían llegado los paracos, que habían matado a cuatro personas que ellos supuestamente conocían y que los habían obligado a desplazarse”⁶⁴.

La Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional entregó entonces un listado de cerca de 400 personas reparables a las autoridades municipales del Valle de San Juan. El técnico de la Fiscalía que estuvo allí durante la verificación me aseguró que, en efecto, era más importante entregar resultados de la política que comprobar la veracidad de la victimización de cada una de esas personas. “Normalmente hay muchos colados y uno sabe que es así, este caso del Neme es complicado porque la gente pide mucho y es difícil verificar la situación de al menos la mitad de los que se llaman víctimas por el tiempo que ha pasado, pero

⁶⁴ Notas de Diario de Campo. 7 de Marzo de 2012.

ese es uno de los efectos de la política”, aseguró el funcionario⁶⁵. No obstante, aquella decisión desconoce los conflictos creados al interior de la comunidad, pues la determinación de Acción Social implicaba para las autoridades del municipio, el cual recibe muy pocos ingresos al año, priorizar sus recursos para cumplir con las medidas de reparación para este segmento de la población en detrimento de la política social para todos los habitantes. Esto generó resentimientos más amplios entre toda la población y en los espacios sociales empezó a evidenciarse la exclusión hacia las “víctimas”, como lo manifiesta un Concejal del municipio. No obstante, para los implementadores de la política este tipo de conflictos localizados no son relevantes o visibles, pues no es posible hacer un seguimiento que trascienda el control presupuestal a la ejecución de los recursos:

A: Bueno, usted me dice que eran cien y que ahora son cuatrocientos. ¿Usted cree que todo este tema ha creado algunos conflictos entre la población?

X: Pues sí ha habido peleas y que unos no se hablan con otros y que les hacen mala cara y esas tonterías. Es que es un tema social en el municipio porque como que alguien ve quién se quedó y quién no, y ve que el nuevo que llegó, llegó fue a aprovecharse de esa ayuda. Por ejemplo, el que tiene ese carné de desplazado les quita el subsidio a los otros porque el alcalde tiene que dar cumplimiento a la ley que saca el gobierno nacional. Entonces el gobierno dice que tiene que tener en cuenta primero que todo a los desplazados, por ejemplo en vivienda, si llega un subsidio de vivienda tienen que dárselo primero a ellos. ¿Y cómo le va el gobierno a dar? si todos tienen más plata que...que los otros de acá. O sea, sí hay pobres que lo necesitan y esos desplazados son los dueños de las fincas.

A: ¿Y esas personas de donde salieron?, aquellos que al parecer se hacen pasar por desplazados.

X: Pues son familiares de los del Neme, o amigos. O sea, yo conozco varios acá... Eso crea un problema social porque unos le están quitando a los otros... Todos los recursos que llegan primero, van para ellos. Ellos tienen la salud gratis, tienen la educación, tienen la... y ellos tienen plata, o sea no demasiada, pero sí tienen el medio para vivir y entonces le quitan los recursos a los otros. Y según esta normativa el alcalde tiene que darle prioridad a esa lista en la red Juntos, en Familias en Acción, en el Bienestar Familiar, y si no, le meten una tutela y lo tumban. Entonces ahí es donde está la desigualdad porque como se le ocurre que desplazados si ellos están bien, tienen sueldo, tienen finca, tienen casa y son mentirosos porque nunca tuvieron problemas. Yo eso lo denuncie en el concejo hace tiempo. También hay otros que llegaron de otros lados con problemas de empleo. Todos esos se vinieron pa'l Valle y de una vez dicen que son desplazados. Puras mentiras. Era que donde vivían la situación estaba dura. Entonces por eso es que digo yo que falla el gobierno en las políticas, en la base de las encuestas y todo eso. ¿Por qué no verifica primero?: “¿usted donde estaba en esa fecha?”, y comparan. Porque no se puede justificar eso.

A: Claro, y sin embargo el gobierno municipal tiene que hacerle caso al gobierno nacional...

X: Sí, eso por ahora no hay nada que se pueda hacer. Ahora que llegan los pagos supuestamente verifican pero igual, como ellos aparecen institucionalmente como desplazados, ¿cómo usted demuestra que no es cierto? Eso a todo el mundo se le murió un familiar por esa época en la que estuvieron los paramilitares. Los vivos se aprovechan, van y cobran las víctimas que supuestamente mataron o acosaron los paramilitares y que va, murieron fue en un accidente en una moto. Pero nadie verifica esas

⁶⁵ Entrevista Dr. Jeminson Cerquera. 16 de Enero de 2013. Unidad de Justicia y Paz. Fiscalía General de la Nación Seccional Ibagué. Tolima.

cosas. Yo creo que también es como una necesidad que tiene la Fiscalía de mostrar cifras en Bogotá sobre... que se están moviendo en Justicia y Paz, por ejemplo.⁶⁶

Esta situación implica que el ejercicio colectivo de memoria que ha tenido lugar en el Valle de San Juan tras las indagaciones de la Fiscalía no puede desprenderse del contexto de la ejecución de una política pública en la cual uno de sus objetivos es establecer quién fue víctima de los grupos paramilitares y quién no, por lo que la emergencia de los testimonios aparece como un acto fundamental no solo para la reconstitución de la memoria sino como un requerimiento para la denuncia pública, para la categorización como “víctima” y finalmente, para la obtención de beneficios de las políticas de reparación destinados a las víctimas del conflicto. Así, la burocratización de la memoria se constituye en el escenario principal de escucha y de elaboración del pasado y tal como plantea Claudia Steiner, ésta eventualmente puede conducir a la normalización del terror (*El Tiempo*, 6 de mayo de 2007). Más aun, en la medida en que no todos los habitantes están de acuerdo con hablar sobre los acontecimientos pasados ni que algunos de ellos se lucren o reciban beneficios por ello, los conflictos entre la población por esta causa se han agudizado con la presencia de las instituciones. Esto se ha visibilizado recientemente con las acciones emprendidas por la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. En una reunión en mayo de este año con la comunidad donde se comenzó a hacer el diagnóstico para elaborar el plan de reparación integral y construcción de memoria histórica para la vereda del Neme, uno de los habitantes dijo frente a todos: “a mí no me interesa hablar del pasado. Ya lo que pasó pasó y nada podemos hacer. Pero si tenemos que hablar de eso para que ustedes nos ayuden lo hacemos”⁶⁷. Esto ocurrió tras una presentación en la cual la funcionaria enunció una serie de medidas de reparación y restitución que emprendería el Gobierno en el Valle de San Juan, las cuales abarcaban desde el mejoramiento de la salud mental de los miembros afectados por la historia violenta hasta la reconstrucción de sus viviendas. Según ella, uno de los requisitos para la reclamación de los beneficios era la elaboración de

⁶⁶ Entrevista Adalver Ramírez. 15 de Noviembre de 2012. Valle de San Juan. Tolima.

⁶⁷ Notas de Diario de campo. 13 de mayo de 2013. Reunión convocada por Unidad para la atención y reparación integral a víctimas, seccional Ibagué. Valle de San Juan, Tolima.

un plan de reparación colectiva que implicaba: “saber exactamente qué había ocurrido durante la masacre del Neme, quiénes han sido las víctimas y quiénes no, y hablar de eso que pasó para que no vuelva a ocurrir”⁶⁸. Esa misma reunión inició cuando varias personas se acercaron a la funcionaria de la Unidad y ella le indicó a uno de ellos: “¿Usted es víctima? Si no es víctima le aconsejo que se salga de la reunión y haga su pregunta en la Defensoría”. Al finalizar la reunión, estas personas se encontraban afuera de la Biblioteca municipal donde se había realizado la intervención del comité de la Unidad de Víctimas. Visiblemente molestas, estas personas conversaban en voz alta con otras personas y decían: “ahí salen los mentirosos, los que se roban la plata del pueblo. Que pa’ ellos sí hay casa y pa’ uno no. Me va a tocar inventarme que soy desplazado también...”. Así, sin esperarlo pude presenciar un breve enfrentamiento donde una de las llamadas víctimas le respondió a aquella persona que eso sí era justicia, que ellos (las no-víctimas) no sabían que era perder a un familiar y que lo mínimo que merecían era que hicieran una reunión sólo para ellos: “Envidiosos, en este pueblo lo que son es envidiosos”.⁶⁹

Esto permite entrever varios elementos que denotan algunos límites de la ejecución de la política. En primer lugar, la política produce la subjetividad de la víctima y envía un mensaje implícito sobre los beneficios de la victimización. En segundo lugar, no hay claridad sobre el objeto de la memoria y se asume que es un requisito para la ejecución de la política, en este sentido, su reconstrucción se juega muchas veces en el terreno de la invención y como requisito para el acceso a lo que la gente considera que son beneficios. En tercer lugar, la política para la atención las víctimas se convierte en un instrumento de redistribución social más que de reparación, lo cual genera conflictos y resentimientos entre los beneficiarios de las políticas sociales que ven como “injusta” la prioridad que otorga el Estado a las víctimas. Por último, no sólo se desvaloriza y se desconoce la finalidad de la memoria por sí misma, sino que se asume que sustituye a la justicia, imaginario que aparece inalcanzable. En las palabras que pronunció en la reunión la tía de los dos menores de edad asesinados durante la masacre: “acordarme de lo que pasó y hablar de eso

⁶⁸ Ibíd.

⁶⁹ Ibíd.

no va a devolverme a mis sobrinos ni a castigar a los culpables”. Este es pues el tipo de elementos que deben tener en cuenta los implementadores y evaluadores de la política en los escenarios locales, fuera de las implicaciones éticas y sociológicas de obligar al recuerdo en comunidades que han decidido olvidar.

“Ahora dicen que aquí se cometió una masacre”. El problema de la enunciación y la irrupción del lenguaje jurídico.

O.R.: y la gente de pronto yo escucho, y bueno yo tengo estudiantes de grado décimo y once y yo les cuento y ellos prefieren no ser muy amplios, echarle tierra al asunto. Yo los entiendo. Ellos no son amplios porque dicen: “nosotros estábamos muy chicos”, pero también dicen: “a nosotros nos cuentan y eso fue duro”, y terminan cargando como un estigma, ¿si me entiende? Pues después de verlos y tratarlos yo relaciono esos hechos con dejar allá ese *lunar*, y si no se borra fácil pues hacer un esfuerzo...

A: ¿Los hechos relacionados con la masacre?

O.R.: Yo pienso y se lo repito, eso hay que manejarlo con mucha prudencia y ser muy prevenido, pero también hay que hablar con propiedad y con claridad, ¿cierto? Uno tiene que hablar las cosas como son y lo que pasó allá fue cierto. ¿Pero por qué exagerar las cosas? Usted dice “masacre” y a mí no me parece porque esa palabra es muy fuerte. Me da a entender que era mucha sangre y muchos muertos. Es una palabra muy fuerte para usarla aquí. Veá, yo he ido a dictar clases a una universidad en Ibagué. Una vez se me acercaron unos muchachos y me dicen: “oiga profe, ¿usted trabaja por allá al pie donde hubo una masacre?”, y yo de inmediato pienso: “masacre, ¡Dios mío! Es una palabra muy fuerte”. Eso es lo que estigmatiza. Aquí sucedieron unos hechos que todos hemos venido superando y decirle “masacre” es como agrandarlo todo.⁷⁰

La idea de concebir los hechos ocurridos en abril de 2001 como “masacre” es problemático para muchos de los habitantes del Valle de San Juan, y no es un hecho aislado que sólo plantee el profesor Orlando Rojas. En varias ocasiones durante las entrevistas escuché frases como: “no, pero no le diga masacre que eso suena feo”, “tampoco, masacre no, esas fueron unas muertes ahí que se habían buscado”. Enunciar los hechos ocurridos con esta categoría otorga una magnitud distinta, una dimensión mayor, lo cual no ocurre si se menciona que asesinaron a algunas personas en el lugar. La palabra “masacre” tiene otras implicaciones como hacer creer que efectivamente se asesinó a varias personas en condiciones de indefensión y que los acontecimientos estaban planeados. En efecto, la masacre implica una modalidad y una dosis de violencia mayor, no solo por el número de

⁷⁰ Entrevista a Orlando Rojas. 4 de Septiembre de 2012. Valle de San Juan. Tolima.

vidas cegadas sino porque requiere mayor sevicia. Sofsky plantea que una masacre puede ser definida como “una violencia colectiva contra gentes sin defensa, que no pueden ni huir ni oponer resistencia o, como una acción excesiva donde la violencia disfruta de una libertad absoluta pues ella no tiene ninguna oposición a vencer” (1996: 158). A diferencia de un combate o de una persecución, en la masacre el objetivo es la destrucción total del otro, por lo que la violencia se manifiesta en estado puro. Según este autor, el comportamiento de los victimarios en una masacre es siempre el mismo, y su uniformidad no tiene que ver con los objetivos de la misma sino con la dinámica en que ella se desarrolla, que es universal (Sofsky, 1996: 159). El exceso colectivo es el que determina los acontecimientos y para comprender su desarrollo hay que remitirse a la manera como ésta es perpetrada: cómo se crea un cerco alrededor de las víctimas para cerrar el lugar y constituir el espacio de la masacre; la prolongación y el uso del tiempo como si el presente fuera el ámbito de la violencia; y por último, la diversidad de los actos violentos. Sin embargo, ello solo puede determinarse acudiendo a las particularidades de los hechos: “definimos masacre como el acto de liquidación física violenta, simultánea o cuasi-simultánea, de más de cuatro personas en estado de indefensión. En cuanto acto, nos interesa medirlo espacial y temporalmente registrándolo mediante variables que den cuenta de su naturaleza. En tal sentido nos interesa la fecha en que fue cometida la masacre, el departamento, el municipio, y la localidad donde ocurrió; así mismo consideramos importante la determinación del grupo social al cual pertenecían las víctimas y la filiación política de las mismas” (Uribe & Vásquez 1995: 37).

El hecho de que en el caso de Valle de San Juan varios habitantes se resistan a utilizar la categoría “masacre” para explicar los sucesos violentos del 24 de abril de 2001 responde a la interpretación que muchos de ellos le han dado a los hechos. Bajo esta interpretación genérica, algunas personas conocidas fueron asesinadas por sostener vínculos con la guerrilla de las FARC. Al no relacionar los asesinatos con el cerco de la vereda, el encierro de los pobladores en la escuela, la tortura y el asesinato de Tuco días antes, y la prolongación de la angustia y el terror entre la

población, a los habitantes del Valle de San Juan les parece que es excesivo hablar de “masacre” para enunciar lo sucedido en este caso. De esta manera, ellos minimizan la carga simbólica de los hechos ocurridos y se permiten continuar con sus vidas al creer que lo ocurrido es solo un hecho de violencia más en su historia. Con relación a esto último, Santiago Álvarez realiza un análisis sobre la percepción social de la violencia en El Sumapaz y resalta un aspecto que también se evidenció a lo largo de esta investigación: “los habitantes de Nόμεque, a pesar de estar acostumbrados a la presencia de la violencia, niegan o minimizan su existencia. Podríamos decir que, en algunos contextos, la violencia forma parte de lo no hablado y lo no visto. Una especie de discurso silencioso cubierto de sospechas, dosis de negación y optimismo puede ser encontrado en la vida de todos los días de sus habitantes” (2004: 25). Nuevamente, esta parece ser una condición de la capacidad de resiliencia de las comunidades para sobreponerse de situaciones traumáticas asociadas con la violencia. Por otra parte, la interpretación de los hechos violentos como un “castigo divino” a la comunidad y la culpabilidad autoinfligida también contribuyen a querer minimizar la magnitud de los hechos, toda vez que al plantearlo como una “masacre” se agudiza la propia culpa y la vergüenza por los sucesos.

Por otra parte, el término masacre tiene otras consecuencias jurídicas que lo diferencian de otro tipo de asesinatos. Si bien ésta no se encuentra tipificada como un delito, sus características son agravantes frente al homicidio múltiple, pues aparte de implicar varias víctimas, el hecho de que la masacre se produzca en condiciones de indefensión, a través de un despliegue excesivo de violencia y en escenarios donde generalmente existe una desigualdad de poder entre víctimas y victimarios, suma elementos que añaden premeditación, crueldad y alevosía al hecho de asesinar a varias personas. Al respecto Claudia Steiner menciona como “Masacre”, de acuerdo con el Diccionario de la lengua española de la Real Academia (1992), es una palabra que identifica “la matanza de personas, por lo general indefensas, producida por un ataque armado o causa parecida”. La definición no dice cuál es el número mínimo de muertos necesario para considerar “masacre” a un asesinato

múltiple. Según ella, “en Colombia, las instituciones encargadas de investigar y denunciar masacres no siempre están de acuerdo con la cifra. Mientras que para la entidad que representa a las víctimas, la Defensoría del Pueblo, el número es tres, para la Policía es cuatro o más, y las organizaciones internacionales definen en cinco el número de muertos para considerar como masacre al asesinato de gente indefensa. Estas aparentemente inocuas diferencias matemáticas tienen su lógica aterradora. La Defensoría del Pueblo encontró que, para evadir el registro, los perpetradores tienden a asesinar un número inferior a las cifras establecidas como necesarias para la definición.” (Steiner, 2009: 304).

A su vez, tras la tipificación del genocidio en el sistema penal internacional en 1948 y la evidencia de los límites del Derecho para procesar actos violentos extremos como los producidos en el Holocausto, la condena de las masacres se ha convertido en un deber moral en la sociedad occidental. Así, jurídicamente la comisión de una masacre tiene implicaciones judiciales tanto en la investigación de los hechos y en su racionalización, como en la determinación de una sanción punitiva. En Colombia las autoridades consideran generalmente que ocurrió una masacre si fueron asesinadas en condiciones de indefensión tres o más personas, y en el marco del conflicto armado se han cometido tantas que no existe una cifra determinante sobre el número de masacres. A pesar de ello, en términos del ejercicio judicial en Colombia llamar “masacre” a un hecho violento como el ocurrido en el Neme en abril de 2001 tiene otras consecuencias que limitarlo al *asesinato múltiple*. Por ello, en el caso del Neme la enunciación de los hechos de la incursión paramilitar de 2001 como “masacre” ha ocurrido recientemente, tras la investigación emprendida por la Fiscalía de Justicia y Paz desde 2011. Al comienzo de la primera investigación en 2001, la cual concluyó por “falta de pruebas”, se menciona que lo ocurrido se trató de “el asesinato de cuatro personas por parte de miembros del Bloque Tolima de las AUC por presuntos nexos con las FARC” y no fue investigado como una masacre. Solo tras la condena del exalcalde del Valle de San Juan Gonzalo García en 2009 por vínculos con los paramilitares en el periodo en el cual se cometieron los hechos, en la cual la Corte Suprema de Justicia ordena abrir una investigación judicial para

indagar acerca de la masacre del Neme, y del uso del término por parte de sus detractores en medios de comunicación para resaltar la culpabilidad del exalcalde, se dio un viraje en el lenguaje y los hechos violentos ocurridos el 24 de abril de 2001 en la vereda del Neme empezaron a ser considerados una “masacre”. Una mujer que hace parte de los partidarios de Gonzalo García, habitante del Valle de San Juan, señala lo siguiente:

Vea usted tiene que entender que es que la gente a veces es oportunista, ¿si me entiende? Ahora sí dicen que aquí pasó fue una masacre, todo el mundo con el cuento que una masacre de los paramilitares, si acaso para obtener beneficios porque en los tiempos de Gonzalo a quién se le iba a ocurrir que eso fue una masacre. Antes le agradecían haber sacado a los bandidos de la guerrilla y que hiciera obras pa’ el pueblo, pero ahora como lo ven caído y en la cárcel entonces la gente se aprovecha.⁷¹

Así pues, la irrupción del lenguaje jurídico en el Valle de San Juan ha tenido consecuencias sobre la interpretación del pasado y los hechos del presente. En primer lugar, constituye un escenario de traducción de experiencias de violencia y sufrimiento a un lenguaje normativo, lo cual puede tener consecuencias sobre la manera en que los habitantes le asignan un sentido a los hechos ocurridos y a su relación con las instituciones. En segundo lugar, éste tiene implicaciones directas sobre la “verdad” de los hechos ocurridos once años atrás. Así, a medida que avance la investigación se producirá una verdad jurídica que irrumpirá o negociará con las nociones que tienen los miembros de la comunidad sobre la llegada de los paramilitares y los asesinatos de sus vecinos en el Neme once años atrás. Por último, la irrupción del lenguaje jurídico apunta a la producción simbólica de un pasado que sin duda tendrá implicaciones sobre la representación de los hechos violentos de abril de 2001. Por lo pronto, algunos habitantes del Valle de San Juan han empezado a apropiarse este lenguaje y a dar cuenta de su experiencia: “es que aquí fuimos víctimas de una masacre totalmente injusta”⁷², mientras que otros opinan que se trató de la muerte de cuatro personas que quedó en el pasado y que por el bien de la comunidad “no debería hablarse de *masacre*”.

⁷¹ Entrevista a Martha Guarnizo. 19 de abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

⁷² Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

CAPÍTULO 4. PROBLEMATIZANDO EL PASADO: EL ROBO DE GANADO Y LA PERPETUACIÓN DE LA VIOLENCIA.

Resumen. La masacre de El Neme en abril de 2001 no fue el primer acto violento en el Valle de San Juan por cuenta del conflicto armado. De hecho, hay varios antecedentes que se remiten a la violencia bipartidista de los años cincuenta del siglo pasado. La representación de la violencia en el Valle de San Juan utiliza los recuerdos de aquellos tiempos como paradigma, lo cual impele a muchos pobladores a pormenorizar y menospreciar la violencia reciente. Adicionalmente, en los años noventa el Frente 21 de la guerrilla de las FARC hizo presencia en la zona. Durante este tiempo se cometieron algunos asesinatos y el grupo armado cooptó los conflictos rurales como el robo de ganado. Dos años después los paramilitares llegaron al municipio y establecieron un régimen de control y regulación de la población civil. Una de sus estrategias, del mismo modo que fue utilizada por las FARC, fue monopolizar y cooptar el circuito de robo de ganado establecido hace años por los mismos habitantes. Así, al problematizar los hechos de violencia queda claro que el robo de ganado y de manera particular, un circuito establecido entre el Valle de San Juan y el municipio de San Luis, han sido la base del control de los grupos armados estableciendo un enclave de su propia economía con dicho circuito. Por último, el robo de ganado que históricamente se ha llevado a cabo por los mismos vecinos de la zona, ofrece un elemento adicional de análisis al problema de la memoria histórica y a la representación de la violencia en el municipio de Valle de San Juan.

Los “pájaros” y la “chusma” liberal: los años cincuenta.

Este pueblo era más liberal que conservador. La gente se alborotó toda por lo del 9 de Abril, y pues como los liberales todavía podían respirar pues se alborotaron a querer hacerle daño a los otros, a los conservadores. Entonces luego se volteó el santo de espaldas, porque entonces llegaban y encarcelaban a los liberales y esos no podían ni asomar las narices por nada, ni ir a decir nada de política. Luego aparecieron los Pájaros. Eso fue como del cincuenta en adelante. Los Pájaros mataban liberales, los sacaban corriendo de las fincas, les quemaban todo. Los que salvaron la vida es porque les tocó irse. Si tenían ganado se los robaban, todas las pertenencias se las robaban. Y la gente tuvo que dar las fincas baratas, por menos precio. Eso era en los campos, ya últimamente fue en los pueblos. Llegaban y mataban la gente. Aquí en el Valle mataban era a los liberales, a los conservadores no. Desde eso pues les tocó irse, unos cogieron para los Llanos, unos para allá para el Caquetá y para esos lados, para salvar la vida. (Andrade & Higuera, 2007)

La violencia en el Valle de San Juan se remonta por lo menos a la década de los cincuenta del siglo pasado, cuando estalló en todo el país una oleada de violencia bipartidista a raíz del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán y de los hechos del Bogotazo ocurridos el 9 de abril de 1948. Este período conocido como *La Violencia*, se prolongó durante toda la década de los cincuenta y parte de los años sesenta y tuvo lugar especialmente en las zonas rurales del país. Una de las zonas más afectadas y polarizadas fue el departamento del Tolima, allí persistió el conflicto desde el principio hasta su final con la conformación de guerrillas en el sur del departamento y durante este tiempo, éste vivió un proceso de continua recuperación

de los efectos de la lucha y de acelerada modernización social. Más aun, algunos autores plantean que en ciertas regiones del Tolima como Rovira y sus alrededores la polarización social, las costumbres y el abandono estatal eran tan amplios, que la violencia apareció mucho antes de 1949 y que por ello fue tan extensa en este departamento (Henderson, 1984), así como otros argumentan que a ello hay que sumar el carácter recio del campesino tolimense, la exaltación política de las gentes y el espíritu avasallador que las caracteriza (Guzmán et. al., 1980).

Durante aquella época las noticias y rumores sobre asesinatos, robos de café y de ganado e incendios de ranchos y parcelas, impregnaron los espacios de sociabilidad. María Victoria Uribe (1996) documenta 236 masacres que se llevaron a cabo entre 1949 y 1964 en el departamento del Tolima, dos de ellas en el Valle de San Juan y 29 en el municipio vecino de Rovira. Según ella, “la vereda es el universo que nos permite no sólo entender los móviles que motivan las masacres, sino la red de alianzas, odios partidistas y cadenas de venganzas familiares y personales que las explican” (Uribe, 1996: 82). En efecto, la vereda constituye el espacio de retaliación mutua en el cual la venganza juega un papel de primer orden, ya que esta forma parte del tejido social que sostiene las lealtades y la identificación de los campesinos con su partido político. A su vez, en la vereda no hay intermediación del Estado para dirimir los conflictos, pues las instituciones estaban permeadas por los odios partidistas, de manera que los miembros de la comunidad deben armarse para resolver sus disputas, lo que a su vez moviliza las venganzas familiares y perpetúa la violencia.

Pues nosotros éramos liberales. Alfonso era uno de los más conocidos aquí por liberal y pues cuando llegó la Violencia pensamos que no iba a pasar nada porque el que comandaba los tipos esos era Don Asunción Suárez, un compadre muy querido de Alfonso. Pues una noche el mismo Asunción dio la orden de que nos quemaran la casa y nos mataran a todos. Esa misma noche alguien nos avisó y yo me pude ir con mis hijos para Ibagué, pero ellos llegaron y se agarraron a fusil con Alfonso. Quemaron los animales y todo, todo. [...] Alfonso se pudo escapar y se metió al monte un tiempo, después fue a pedirle ayuda a un cuñado y lo que hizo él fue quitarle la tierra. Se la compró por dos miserables pesos y le dijo que eso era mejor que nada. ¡La misma familia de uno! Eso hasta los conocidos de uno se aliaron con los otros y hacían el mal, ayudaron a quemar casas, a robar ganado y tierras y a matar la gente de su misma sangre. Nunca ha habido algo tan terrible como esa época. (Andrade & Higuera, 2007)

Los recuerdos del período conocido como La Violencia aún persisten en la memoria de los habitantes del Valle de San Juan, pues este fue uno de los municipios más perturbados con amplios saqueos, robos, violaciones e incendios de haciendas (Uribe, 1996: 60). Así, cuando actualmente los vallunos hablan de la violencia que han vivido, señalan que no ha habido nada peor que la violencia de los años cincuenta. Esta es quizá la razón principal de que el argumento predominante al referirse a la violencia paramilitar reciente sea: “Es que aquí siempre ha sido así”. La violencia como parte central del repertorio de la memoria colectiva se funcionaliza en torno al presente, asumiéndose que los eventos violentos actuales están precedidos por otros actos violentos, y que en esta medida, seguirán ocurriendo. De manera que la violencia que procede del conflicto armado se internaliza como parte de la cotidianidad, de lo que ha sido y de lo que será. Se asume que siempre ha sucedido y que siempre ha habido violencias más poderosas que permiten restarle importancia a las actuales en el imaginario colectivo, mientras, a su vez, se gesta un acostumbramiento al ejercicio de la violencia del conflicto. Esta es pues la manera en que la violencia es eficaz, extendiendo su representación sobre el tiempo y el espacio (Schroder & Smith, 2011), de manera que los vallunos asumen que la violencia reciente hace parte de una cadena de acontecimientos que siempre les ha tocado vivir y a la cual ya están acostumbrados.

“Dentro de las tácticas utilizadas por los chulavitas para exterminar a los campesinos liberales están las masacres colectivas, el chantaje, la aplanchada –golpes con la parte plana del machete-, el robo de café y de ganado, el incendio de casas y cosechas y los mensajes anónimos amenazantes” (Uribe, 1996: 54)

Durante el periodo de la violencia, y especialmente desde 1959 cuando esta se agravó en municipios como el Valle de San Juan ante la decisión de las autoridades de permitir el porte de armas a civiles en varios municipios del Tolima, el robo de ganado y de propiedades se generalizó, e incluso se llegaron a ofrecer recompensas por entregar vivos o muertos a los cuatreros y cuadrilleros, quienes generalmente eran los propios vecinos o familiares. “Los dueños matan las vacas para evitar que se las roben los ‘comevacas’, como se denomina a los cuatreros” (Uribe, 1996: 85). Así, el robo de ganado es una actividad que proviene en el Valle de San Juan desde

aquella época y que es relevante en la medida que el ganado representa la propiedad casi única que tienen los campesinos en las zonas rurales, cuando por lo general las tierras que trabajan son arrendadas, como ocurre mayoritariamente en el Valle de San Juan. Robarse el ganado de un vecino es pues, atentar contra su patrimonio y amerita venganza, como menciona Adálver Girón:

A.G.: Vea, usted me pregunta por el robo de ganado y yo le digo que eso es algo que siempre ha ocurrido aquí. Siempre han existido los jaladores que se roban el ganado y se lo llevan para San Luis a venderlo, y de allá hacen lo mismo y traen para vender acá lo que se han robado allá. Eso siempre es así y siempre genera violencias, ¿por qué? Porque uno no se va a aguantar que le roben lo único que tiene, y más que todo sabiendo quiénes fueron porque eso al final siempre se sabe.⁷³

Así, el robo de ganado hace parte de la matriz de las causas de la violencia en el Valle de San Juan desde los años Cincuenta, por lo menos, y es una de las más problemáticas en tanto los cuatreros, *jaladores* o ladrones de ganado son miembros activos de la comunidad, por lo que la venganza y la violencia operan como catalizadores que permiten la justicia propia e incluso, como señala Maria Victoria Uribe, que constituyen los móviles de las masacres en los escenarios locales.

“Dicen que las FARC no se han tomado el Valle porque es un pueblo muy chismoso”: el establecimiento de la Guerrilla en los Noventa.

Resulta que fue que una vez el comando especial de las FARC mandó a que se tomaran al Valle, entonces dentro de los guerrilleros había unos que conocían al Valle de San Juan. Se fueron unos hacia el cerro de la Virgen y los otros se fueron al cerro del lado de San Luis dejando al pueblo en el centro. Entonces cuando ya estaban listos para disparar los cilindros, llamaron al comando central a decirles que ya estaban listos para bombardear al pueblo. Entonces ellos preguntaron que si estaban en el Valle, y que sí, que en el Valle de San Juan, entonces en el comando central les dijeron: “No, no, no, con ese pueblo no se vayan a meter, levanten toda la operación y vénganse porque no nos queremos ver metidos en chismes”.⁷⁴

El anterior es un chiste muy popular en el Valle de San Juan que surgió en los años noventa, relata que la guerrilla de las FARC decidió no tomarse el pueblo porque sus habitantes eran muy chismosos. Me lo contaron muchas veces y nos reímos festejando el carácter “chismoso” de los vallunos, sin embargo, da cuenta de uno de

⁷³ Entrevista Adalver Ramírez. 15 de Noviembre de 2012. Valle de San Juan. Tolima.

⁷⁴ Entrevista Hernán Lugo. 20 de enero de 2013. Valle de San Juan. Tolima.

los episodios que constituyen la historia violenta del municipio: la llegada de la guerrilla de las FARC al Valle de San Juan y a otros municipios del Tolima en los años noventa, antes de que hubiera presencia paramilitar. Esto ocurrió a mediados de los años noventa, cuando los guerrilleros empezaron a hacer presencia en el municipio a través de retenes, combates con el Ejército y prácticas de control y regulación dentro de la población. Carolina Lugo recuerda lo siguiente:

Nosotros vivíamos en Agua Clara [vereda del municipio], eso fue en 1998 y yo tenía como 9 años. Había rumores de que la guerrilla andaba por ahí, cuando un día a las 7 de la mañana llegaron tres guerrilleros armados a la finca, tenían la insignia de las FARC y hablaron con mi papá. Al día siguiente llegaron 12 guerrilleros con muchas armas, ropa y otras cosas. Se quedaron a dormir en la casa y duraron allí como una semana [...] Vivíamos asustados porque le pedían prestada la moto a mi papá para ir a hacer quien sabe que, además le hacían encargos como que comprara tantos pares de botas de caucho, tantos lazos, peinillas, elementos de aseo, machetes, pita, impermeables [...] Daba mucho miedo pensar que llegaran los otros y nos acusaran de ayudantes de la guerrilla.⁷⁵

Otras familias del Valle de San Juan tuvieron que vivir circunstancias similares, así, tuvieron que prestar sus viviendas y motos a la guerrilla y hacerles innumerables “favores” en vista de que se encontraban armados y que tenían insignias que los identificaban. Aunque en principio estos no se ubicaron de manera permanente en el municipio, empezaron a cobrar vacunas y dineros a varios dueños de fincas. De hecho, para el año 1997 en la vereda del Michú la guerrilla de las FARC secuestró al padre de José Baquero, uno de los finqueros más reconocidos en el pueblo, y exigió el pago de un rescate de 200 millones de pesos para devolverlo vivo. Aunque se pagó el rescate y éste volvió a su finca, el jefe de la policía del municipio, Edgar Galindo, descubrió que la persona secuestrada había sido confinada en una casa de la vereda del Neme, con la complicidad de varios vecinos de la zona. Así, las autoridades se dieron cuenta que la presencia guerrillera en el municipio se apoyaba en una base social ubicada en el Neme y que se beneficiaba de los robos, vacunas y extorsiones a sus vecinos. De modo que para 1998 la guerrilla de las FARC cobraba vacunas asiduamente y empezó a imponer reglas a la población civil: Toques de queda, comportamiento ejemplar, castigos a los jóvenes rebeldes, entre otras. Muchas personas que no querían tener relación con los guerrilleros o responder a

⁷⁵ Entrevista a Carolina Lugo. 6 de diciembre de 2007. En: Andrade & Higuera, 2007.

sus exigencias se desplazaron por un tiempo o dormían fuera de sus casas. Don Hernán Lugo recuerda su propia experiencia así:

Pues resulta que nosotros nos movimos de Agua Clara porque eso allá llegaba mucho la guerrilla y nos daba miedo. Nos bajamos entonces para El Michú, pero entonces empezaron a llegar más. Me acuerdo que una vez llegaron donde Diva a que ella les cocinara y por ahí se expandió un rumor, que se iban a llevar a los jóvenes para volverlos guerrilleros, que mi hijo como ya estaba creciendo sería perfecto para eso. A mí me dio tanto miedo, que por temor a que ellos llegaran a llevarse a Nanchito nos dormimos dos noches seguidas en el maizal. Yo supe que ellos llegaron a golpear ahí a la casa, pero al no encontrar a nadie se fueron. Fue muy difícil, nadie quiere que le quiten a uno un hijo al que le ha dado estudio y todo para llevárselo a esa vida de guerrillero.⁷⁶

Así, la guerrilla de las FARC permaneció un tiempo antes de la llegada de los paramilitares en el municipio. No obstante, encontraron varios tropiezos. Edgar Galindo, el Jefe de la Policía del Valle de San Juan empezó a hacer una investigación sobre la relación entre la guerrilla y algunos habitantes del Neme en las extorsiones, robos y vacunas a la población. En sus investigaciones descubrió que Hernando Cañizalez, alias “El Burro” tenía vínculos con las FARC y que junto a alias “El Paisa” había participado en el secuestro del señor Baquero, que era quién había recibido el dinero y que con frecuencia llevaba mercancía robada que era desvalijada y revendida en la cabecera municipal. Adicionalmente, Galindo descubrió que Tuco, Jose Antonio Bernate, era quién dirigía el robo de ganado en el Valle de San Juan con órdenes de la Guerrilla. Éste llegaba a las fincas acompañado de algunos guerrilleros armados y exigía la entrega de las reses por parte de los campesinos señalando que era una orden de las FARC. Asimismo, merodeaban en las fincas grandes en la noche y en camiones cargaban las reses que estuvieran solas y se las llevaban. Según Galindo, las reses eran vendidas o confinadas un tiempo en el municipio vecino de San Luis. Con el dinero producto de estos robos, Tuco negociaba tierras y otras reses en el municipio y realizaba compras de intendencia para la guerrilla (botas, uniformes, etc.). De esta manera, se convirtió en el Jefe de Finanzas del Frente 21 de las FARC. Tras la denuncia formal y la apertura de la investigación judicial por estos hechos, Fernando Cañizalez, alias “El Burro” fue capturado por el Ejército en un operativo que se llevó a cabo en diciembre de 1998. Unos meses después, Edgar Galindo, el Jefe de la Policía del

⁷⁶ Entrevista Hernán Lugo. 20 de enero de 2013. Valle de San Juan. Tolima.

Valle de San Juan, fue asesinado mediante varios tiros de fusil y su cuerpo fue colgado y exhibido en la entrada del municipio bajo el puente de Puente Alegre. El cuerpo tenía un aviso en cartón que decía “Sapo” y la guerrilla se atribuyó el asesinato, posiblemente en retaliación por sus investigaciones y por la captura de El Burro.

Edgar Galindo era un policía del Valle que acababan de trasladar allá, lo mataron con 25 tiros porque él les pedía papeles y no los dejaba pasar tan fácil [a la guerrilla]. El guerrillero de las camándulas contaba en la casa como lo habían matado, decía: “ese perro no se moría...tuvimos que meterle más pepazos”, y le contaba a mi mamá sin saber que ella era la prima de Galindo [...] Causaron muchos problemas y a uno le daba miedo, pero no mataron tanta gente como después si mataron los paramilitares.⁷⁷

Sin embargo, la situación empeoraría en el año 2000, un año después del asesinato de Edgar Galindo, con la llegada de los paramilitares al pueblo y los panfletos que empezaron a llegar a las casas de las veredas con un listado de “auxiliadores de la guerrilla”, donde se incluían a varias familias que habían tenido que prestar sus casas y servicios a los guerrilleros de las FARC para defender sus vidas. Así pues, este constituye un antecedente central que explica la llegada de los paramilitares en el año 2000 y que da cuenta de la manera como los grupos armados han venido cooptando los conflictos rurales como el robo de ganado que llevan a cabo los mismos vecinos dentro de la comunidad. Este será el contenido del próximo apartado.

La masacre del Neme y hechos más recientes: la cooptación armada de los conflictos rurales.

A lo largo de este capítulo se ha dado cuenta de cómo la llegada de los paramilitares del Bloque Tolima de las AUC y la masacre cometida en la vereda de El Neme en 2001 tiene varios antecedentes de violencia. A pesar de que los paramilitares querían realizar una limpieza social en el municipio y demostrar a la guerrilla de las FARC que ellos tenían el control de la zona, no parece haber razones ideológicas que expliquen la masacre o la presencia paramilitar en el Valle de San Juan. En este municipio no había grandes partidismos a favor o en contra de la lucha armada ni

⁷⁷ Entrevista a Adela Peña. 6 de diciembre de 2007. En: Andrade & Higuera, 2007.

había un sector de la población con un interés político específico que favoreciera que se asociaran a uno u otro grupo armado. De hecho, a lo largo de este documento se ha mostrado como los paramilitares llegaron al municipio un año antes de cometer la masacre, disfrazados de mineros y cómo para ello se basaron en la confianza brindada por la población.

Dentro de las razones que propiciaron la masacre se encuentra una muy particular: la venganza que se circunscribe a la historia local. Los asesinatos de Jose Antonio Bernate y su familia, así como de la madre de Hernando Cañizalez, alias “El Burro”, estuvieron precedidos por hechos violentos en los cuales ellos estuvieron involucrados, como el secuestro del señor Baquero y el asesinato del Jefe de Policía Edgar Galindo. Para los paramilitares se trataba de no dejar cabos sueltos ni posibles vengadores, como los dos hijos varones de Tuco, José Antonio Bernate, quienes eventualmente podían buscar vengar el asesinato de su padre ocurrido diez días antes de su propio deceso. Cada varón que queda vivo, es una amenaza potencial para la supervivencia de la otra parte del conflicto porque siempre puede tratar de vengarse. Así, “los asesinos pretenden ‘no dejar ni semilla’, eliminar esa familia de la faz de la tierra” (Hobsbawm, 1983: 270). Esta cadena de venganzas de hecho no finalizó con la masacre, pues en 2003 El Burro fue asesinado al salir de la cárcel y haber cumplido la condena que resultó de la investigación del Jefe de policía Edgar Galindo.

A su vez, la violencia ha estado vinculada directamente a un circuito de robo de ganado que en últimas, resultó siendo cooptado por los diferentes grupos armados que pasaron por el Valle de San Juan. El señor José Antonio Bernate y Fernando Cañizalez dirigían un grupo de *jaladores*, cuatreros o ladrones de ganado que robaban las reses de la zona, las sacaban en camiones y las vendían en el municipio cercano de San Luis. Así, mucho antes de la llegada de los paramilitares estas personas se dedicaban al robo de ganado. Incluso durante los años noventa, en el periodo en el cual la guerrilla hizo presencia en la zona, operaba este circuito de robo, donde el ganado robado en Valle de San Juan era vendido ilegalmente en

San Luis, y viceversa, las reses robadas en San Luis eran comercializadas a bajos precios en el municipio de Valle de San Juan. En este sentido resulta fundamental la tesis que plantea Santiago Álvarez en su investigación sobre la violencia en el Sumapaz. Dentro de lo que pudo observar, la violencia política aparece conectada directamente con conflictos irter-familiares: un caso de rivalidad entre hermanos/vecinos y de competencia por bienes escasos. Así, “las fuerzas armadas y la guerrilla actúan en estas ocasiones como instrumentos de la violencia interna y de venganza” (2004: 166). Esta conexión entre la violencia política y los conflictos locales no es neutral, tiene el dramático efecto de incrementar la violencia. “Existe un feed-back positivo en donde la violencia se reproduce al mismo tiempo que los miembros de la comunidad interactúan con estructuras sociales más amplias”. (Álvarez, 2004: 200). De esta manera, los grupos armados funcionalizan los conflictos locales al tiempo que se nutren y se perpetúan. En este orden, durante los años noventa los cuatrerros del Valle de San Juan operaron con ayuda de la guerrilla, apoyándose en su capacidad militar y fortaleciendo la posibilidad de extorsiones exitosas dentro de sus propios vecinos. Así, la guerrilla de las FARC se benefició de este circuito ya establecido de robo de ganado para circular sus propios dineros y realizar compras de intendencia, armas y otros. De manera que el robo de ganado se incrementó durante este periodo y los cuatrerros se fortalecieron de tal modo que alias Tuco, José Antonio Bernate, se convirtió en el jefe de finanzas del Frente 21 de las FARC. Queda entonces claro cómo este grupo armado al cooptar el circuito de robo de ganado, aumentó sus alianzas con los delincuentes y pobladores estableciendo un enclave para su propia economía y haciendo uso de conflictos rurales como este para mantener su poder, pues mientras patrocinaba la labor de los jaladores de ganado, condenaba los robos y establecía prácticas de control y regulación dentro de la población.

Una vez se retiró la guerrilla del municipio, este circuito de robo siguió funcionando y no se detuvo con la llegada de los paramilitares, donde de hecho, fue tan solo sustituido. Así, con los asesinatos de Jose Antonio Bernate no finalizó el robo de ganado sino que fue cooptado por una nueva alianza entre paramilitares y miembros

de la población local. En principio, los paramilitares del Bloque Tolima monopolizaron y legitimaron el robo de ganado cobrando vacunas y solicitando al menos una res por finca, y ocuparon las estrategias de los viejos jaladores e incluso sus rutas. No obstante, se apoyaron en algunas personas de la población civil que sabían dónde y de qué manera vender las reses robadas, por lo que establecieron un nuevo enclave que operaba exactamente de la misma forma en la cual funcionó para los guerrilleros unos años antes. Adicionalmente, los paramilitares argumentaban la reducción de la criminalidad y la violencia en el municipio, toda vez que ellos la controlaban y la legitimaban mediante peticiones de ganado directas a los campesinos y demás pobladores del municipio, por lo que, nuevamente estos manejaban un doble discurso que pretendía erradicar el robo en el municipio y sus correspondientes conflictos, a través del robo legítimo que ellos mismos realizaban y contra el que no se podía discutir. Con la salida de los paramilitares del municipio entre 2003 y 2004, el robo de ganado no se detuvo pero dejó de estar institucionalizado. El circuito volvió a manos de criminales locales con menores capacidades de maniobra y movilización de las reses, por lo que se redujo durante un tiempo. Sin embargo, en los últimos años bandas criminales han vuelto a movilizar las armas mediando así el mismo circuito de robo de ganado que ha operado por años entre el Valle de San Juan y el municipio de San Luis. Recientemente, en agosto de 2012 tres miembros de una misma familia fueron asesinados en la vereda Capote, al norte del municipio, con una granada que fue lanzada al interior de la finca en la que habitaban. “La gente de la región nos dice que se trataba de una familia difícil, comprometida en hurtos de ganado y presumimos que alguien le pagó a la delincuencia común por asesinarlos”, aseguró el comandante de la Policía del Tolima (El Tiempo, 21 de agosto de 2012).

Deborah Poole realiza un análisis histórico sobre el abigeato en Perú y señala como estos actos de violencia servían para consolidar, difundir y hacer visible el poder del gamonal. Para demostrar el hecho de que ahora la violencia era manejada por la persona (el hombre) y no por las instituciones estatales. (1988: 13). De hecho, es claro como ante el robo de ganado en el Valle de San Juan los habitantes prefieren

resolver sus conflictos entre ellos, incluso acudiendo a la violencia generada por la venganza, antes que a las autoridades estatales. De este modo, “el delito del abigeato es, en buena cuenta, reciclado en una suerte de taxonomía bovina inacabable, a través de la cual el honor “masculino” y la venganza quedan establecidos como valores plenamente aceptados”. (Poole, 1988: 22). Así pues, queda claro que el robo de ganado como fuente del conflicto rural es generador de venganzas y retaliaciones dentro de los miembros de la población, y que a su vez, este circuito de robo que ha funcionado y sigue funcionando entre Valle de San Juan y el municipio de San Luis, ha sido uno de los escenarios que ha resultado más funcional a los grupos armados para establecerse en la zona siendo el fundamento de la cooptación armada por parte de los mismos. Al modificar el circuito e incorporarle la lucha armada, los diferentes grupos armados se han legitimado a sí mismos como procuradores del orden al tiempo que han fortalecido el robo de ganado y el circuito mismo, lucrándose de él. Por otra parte, este es uno de los conflictos rurales de mayor importancia y que más ha generado venganzas históricamente en la zona, pues en la medida que los campesinos no son dueños de sus fincas, su propiedad más importante es el ganado. Más del 60% del territorio en el Valle de San Juan y en San Luis se destina a la producción ganadera, de manera que es una actividad que ocupa por mucho a los habitantes de estos municipios. Así, una vez más como elabora Deborah Poole (1988), es recurrente que la distribución del abigeato ocupe territorios vecinos en los cuales escapa la jurisdicción policial donde eventualmente se podría hacer una denuncia.

Este elemento también añade un factor a la representación de la violencia y a la producción de la memoria histórica. En la medida que los jaladores o ladrones de ganado son miembros de la comunidad del Valle de San Juan, y que estos se han asociado con los grupos armados en distintas etapas, hay una visión parcializada acerca de los victimarios y de los hechos violentos asociados. Al ser los propios vecinos quienes cometen los robos, hay un bajo interés en la denuncia. Es preferible la venganza y la retaliación aunque se demore. Al tratarse de los amigos y conocidos, lo mejor para muchos es olvidar y seguir adelante. Así pues, el silencio

sobre las razones de la masacre no solo obedece a un intento consciente por olvidar los hechos violentos de 2001 y a un desinterés, sino a que muchos miembros de la comunidad son conscientes de la existencia del circuito de robo de ganado y de su vínculo con la violencia, y prefieren callar antes de delatar a sus propios vecinos. Este es un punto importante porque demuestra que detrás de las masacres hay intereses que no necesariamente pasan por los de los grupos armados, y que por el contrario, hay una lógica intrincada de prácticas e historias locales que deben ser consideradas para el análisis.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo de esta tesis se ha presentado una etnografía acerca de la masacre del Neme ocurrida el 24 de abril de 2001 tras una incursión de los paramilitares del Bloque Tolima de las AUC. En ella se ha mostrado como los habitantes del Valle de San Juan representan los hechos violentos y cómo han elaborado estrategias que oscilan entre la memoria y el olvido para lidiar con el pasado y poder reestablecer su vida cotidiana. En primer lugar, se evidenció como la narración de la experiencia de un pasado violento en disputa, como lo es la masacre del Neme, estuvo mediada por la existencia de vínculos de parentesco y lazos familiares que se convirtieron en el principal valor de cambio y en el marco de producción del testimonio. De modo que la gente me recalcó, una y otra vez, que a menos que fuera la conocida o familiar de alguien con quien sostenían una relación de parentesco, no me contarían nada sobre su propia experiencia con la violencia paramilitar de los años recientes en el Valle de San Juan.

Esta relación entre el testimonio y el parentesco también da cuenta de la necesidad de establecer y sostener lazos de confianza como un punto clave en la re-presentación de la violencia. Si las personas sólo hablan voluntariamente acerca de su experiencia personal o colectiva en hechos de violencia social y política, y en el caso de los testigos de la masacre del Neme, reclaman una relación de cercanía o parentesco como condición para la elaboración del testimonio, ello implica que no se trata de sujetos pasivos. Ante el temor al abandono por parte de las autoridades y de una falta de compromiso a largo plazo de parte de investigadores y académicos que queremos indagar por sus experiencias del pasado, los habitantes del Neme evitan la revictimización asegurando una relación de cercanía. En este sentido, la confianza se vuelve la medida de la representación de la violencia y por tanto, de poder presentarla nuevamente, de actualizarla y de construirle un sentido a través de los ejercicios de memoria colectiva.

Así pues, representar la violencia paramilitar en el Valle de San Juan, y específicamente en la vereda del Neme, implicó de manera fundamental comprender que había ciertos códigos para el acceso a las memorias de las personas, y que estos debían ser respetados aun cuando se configuraran desde el momento en que mi presencia

ambigua como etnógrafa irrumpía en escenarios familiares o privados de otrora. Estas pautas, como la cercanía y el condicionamiento de lazos de parentesco como clave de acceso para la producción del testimonio, y las prácticas colaborativas para la elaboración del recuerdo y el olvido que se fueron gestando en cada conversación con los habitantes del Valle de San Juan que compartieron sus experiencias y construyeron sus narraciones junto a mí, fueron el sustento de esta etnografía.

En segundo lugar, tras la masacre los habitantes del Valle de San Juan elaboraron una estrategia para reconstruir la normalidad que se fundamentó en el olvido. Este olvido no sólo fue impuesto por los paramilitares sino que también consistió en un olvido voluntario como una habilidad de los habitantes de la vereda y del municipio para poder darle continuidad a sus vidas y que permitió la reconstitución de los lazos sociales. Alrededor de las muertes de las cuatro personas el 24 de Abril de 2001 y de alias “Tuco” diez días antes, no se creó una organización social o un grupo de personas que reclamaran los derechos de los familiares de las víctimas o que reivindicaran la memoria. Esto es importante, ya que se da por entendido que tras la ocurrencia de hechos violentos hay una irrevocable necesidad de memoria, al tiempo que se reconoce que la memoria colectiva por lo general es la búsqueda por parte de comunidades organizadas o de movimientos sociales.

No obstante, esto no quiere decir que los testimonios acerca de la masacre del Neme desaparecieran durante los tres años de dominación paramilitar e incluso después, sino que tal vez circulaban por otros escenarios que implicaban menos riesgos, como la elaboración de la novela *Error Humano* de Franceney Guzman (2004). Sin embargo, esta voluntad de olvido también puede deberse a la interpretación construida alrededor de los sucesos violentos, los cuales fueron incorporados a la memoria colectiva con cierta indiferencia y minimizando la carga simbólica de los mismos. En este sentido, es fundamental reconocer que si bien el olvido es una de las tácticas de los perpetradores a través de prohibiciones y del terror para continuar ejerciendo sus regímenes de violencia, es también una elección de los habitantes ante eventos violentos para permitir la continuidad de la vida social. Por ello debemos comprender que el olvido es necesario en ocasiones para la sociedad y para los individuos, pues éste hace parte de la memoria

misma en la medida que permite la definición y sedimentación del recuerdo y propicia una reflexión sobre el pasado en el presente.

En tercer lugar, el análisis de la llegada de las autoridades para investigar sobre los hechos violentos ocurridos en 2001 y la búsqueda de la reparación de las víctimas da cuenta de los límites de la política, del desconocimiento de conflictos locales y de un proceso que Claudia Steiner ha denominado *burocratización de la memoria*, el cual eventualmente puede conducir a la normalización del terror (*El Tiempo*, 6 de mayo de 2007). Así pues, el ejercicio colectivo de memoria que ha tenido lugar en el Valle de San Juan tras las indagaciones de la Fiscalía no puede desprenderse del contexto de la ejecución de una política pública en la cual uno de sus objetivos es establecer quién fue víctima de los grupos paramilitares y quién no, por lo que la emergencia de los testimonios aparece como un acto fundamental no solo para la reconstitución de la memoria sino como un requerimiento para la denuncia pública, para la categorización como “víctima” y finalmente, para la obtención de beneficios de las políticas de reparación destinados a las víctimas del conflicto. Así, actualmente el uso de la memoria como requisito estatal para la ejecución de políticas públicas se constituye en el escenario principal de escucha y de elaboración del pasado. Más aun, en la medida en que no todos los habitantes están de acuerdo con hablar sobre los acontecimientos pasados ni que algunos de ellos se lucren o reciban beneficios por ello, los conflictos entre la población por esta causa se han agudizado con la presencia de los funcionarios encargados.

Esto permite entrever varios elementos que denotan algunos límites de la ejecución de la política. En primer lugar, la política produce la subjetividad de la víctima y envía un mensaje implícito sobre los beneficios de la victimización. En segundo lugar, no hay claridad sobre el objeto de la memoria y se asume que es un requisito para la ejecución de la política, en este sentido, su reconstrucción se juega muchas veces en el terreno de la invención y como requisito para el acceso a lo que la gente considera que son beneficios. En tercer lugar, la política para la atención las víctimas se convierte en un instrumento de redistribución social más que de reparación, lo cual genera conflictos y resentimientos entre los beneficiarios de las políticas sociales que ven como “injusta” la prioridad que otorga el Estado a las víctimas. Por último, no sólo se desvaloriza y se

desconoce la finalidad de la memoria por sí misma, sino que se asume que sustituye a la justicia, imaginario que aparece inalcanzable. Este es pues el tipo de elementos que deben tener en cuenta los implementadores y evaluadores de la política en los escenarios locales, fuera de las implicaciones éticas y sociológicas de obligar al recuerdo en comunidades que han decidido olvidar.

En cuarto lugar, la irrupción del lenguaje jurídico y la enunciación de los hechos violentos de 2001 como una “masacre” también resultan problemáticos para los miembros de la comunidad. El hecho de que en el caso de Valle de San Juan varios habitantes se resistan a utilizar la categoría “masacre” para explicar los sucesos violentos del 24 de abril de 2001 responde a la interpretación que muchos de ellos le han dado a los hechos. Bajo esta interpretación genérica, algunas personas conocidas fueron asesinadas por sostener vínculos con la guerrilla de las FARC. Al no relacionar los asesinatos con el cerco de la vereda, el encierro de los pobladores en la escuela, la tortura y el asesinato de Tuco días antes, y la prolongación de la angustia y el terror entre la población, a los habitantes del Valle de San Juan les parece que es excesivo hablar de “masacre” para enunciar lo sucedido en este caso. De esta manera, ellos minimizan la carga simbólica de los hechos ocurridos y se permiten continuar con sus vidas al creer que lo ocurrido es solo un hecho de violencia más en su historia. De hecho, la enunciación de los hechos como “masacre” ha tenido lugar tras las investigaciones emprendidas por la Fiscalía y con relación a la persecución política que se ha dado contra el exalcalde del municipio por vínculos con paramilitares. De esta manera, es importante profundizar el análisis acerca de la irrupción del lenguaje jurídico en escenarios de violencia.

Por último, a lo largo de esta investigación se pudo establecer como el robo de ganado, en tanto conflicto rural, es generador de venganzas y retaliaciones dentro de los miembros de la población, y que a su vez, el circuito de robo que ha funcionado y sigue funcionando entre el Valle de San Juan y el municipio de San Luis, ha sido uno de los escenarios que ha resultado más funcional a los grupos armados para establecerse en la zona siendo el fundamento de la cooptación armada por parte de los mismos. Al modificar el circuito e incorporarlo a la lucha armada, los diferentes grupos armados se han legitimado a sí mismos como procuradores del orden al tiempo que han fortalecido

el robo de ganado y el circuito mismo, lucrándose de él. De hecho, este es uno de los conflictos rurales de mayor importancia y que más ha generado venganzas históricamente en la zona, pues en la medida que los campesinos no son dueños de sus fincas, su propiedad más importante es el ganado.

Este elemento también añade un factor a la representación de la violencia y a la producción de la memoria histórica. En la medida que los jaladores o ladrones de ganado son miembros de la comunidad del Valle de San Juan, y que estos se han asociado con los grupos armados en distintas etapas, hay una visión parcializada acerca de los victimarios y de los hechos violentos asociados. Al ser los propios vecinos quienes cometen los robos, hay un interés bajo en la denuncia. Es preferible la venganza y la retaliación aunque se demore. Al tratarse de los amigos y conocidos, lo mejor para muchos es olvidar y seguir adelante. Así pues, el silencio sobre las razones de la masacre no solo obedece a un intento consciente por olvidar los hechos violentos de 2001 y a un desinterés, sino a que muchos miembros de la comunidad son conscientes de la existencia del circuito de robo de ganado y de su vínculo con la violencia, y prefieren callar antes de delatar a sus propios vecinos. Este es un punto importante porque demuestra que detrás de las masacres hay intereses que no necesariamente pasan por los de los grupos armados, y que por el contrario, hay una lógica intrincada de prácticas e historias locales que deben ser consideradas para cualquier análisis antropológico de la violencia.

BIBLIOGRAFÍA

ACNUR. 2007. Informe de la Alta Comisaría de las Naciones Unidas para los Refugiados. Disponible en: <http://www.acnur.org/biblioteca/pdf/1563.pdf>

ADORNO, Theodor. 1967. *La educación después de Auschwitz*. Conferencia emitida por Radio HESSE el 18 de abril de 1966.

AGAMBEM, Giorgio. 2000. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el Testigo*. Valencia: Pre-Textos.

ÁLVAREZ, Santiago. 2004. *Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

ANDRADE, Oscar; HIGUERA, Adela. 2007. *Análisis de coyuntura: elecciones locales en el Valle de San Juan – Tolima*. Trabajo no publicado. Universidad Nacional de Colombia.

ARANGUREN, Juan Pablo. *La gestión del testimonio y la administración de las víctimas: el escenario transicional en Colombia durante la ley de justicia y paz*. Bogotá: Siglo Del Hombre Editores.

AUGÉ, Marc. 1998. *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.

BELLO, Martha. 2004. *Desplazamiento forzado, dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Unibiblos.

BENJAMIN, Walter. 1996. *Escritos autobiográficos*. Madrid: Alianza Editorial.

_____. 2010. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.

BLAIR, Elsa. 2001. "El espectáculo del dolor, el sufrimiento y la crueldad". En: *Controversia*. Bogotá: CINEP.

_____. 2004a. *Muertes violentas: la teatralización del exceso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

_____. 2004b. *Mucha sangre y poco sentido: la masacre. Por un análisis antropológico de la violencia*. Boletín de antropología, vol. 18, No. 35. Universidad de Antioquia: Medellín. Pp. 165-184.

_____. 2007. "La teatralización del exceso. Un análisis de las muertes violentas en Colombia". En: Etnografías de la muerte y las culturas en América Latina. Comp. Juan Antonio Flores y Luisa Abad. Murcia: Ediciones de la Universidad de Castilla.

CARABALLO, Vladimir. 2010. *Experiencias políticas y órdenes locales. Transformaciones del control paramilitar de la vida cotidiana en Barrancabermeja*. Trabajo de Grado. Maestría en Estudios Culturales. Universidad de los Andes: Bogotá.

CASTILLEJO, Alejandro. 2009. *Los archivos del dolor: Ensayos sobre la Violencia y el recuerdo colectivo en la Sudáfrica Contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.

CMH. 2009. *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2009/cajadeherramientas/presentacionbaja.pdf>

_____. 2011. *Informe San Carlos. Memorias del éxodo en la guerra*. Disponible en: http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2011/Informe_san_carlos_exodo_en_la_guerra.pdf

Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo. 16 de Noviembre de 2006. "Se verifique la responsabilidad de la empresas transnacionales del sector minero solicitan jueces que participaron en el Tribunal Permanente de los pueblos el pasado fin de semana en la ciudad de Medellín". Consultado el 22 de abril de 2013. En: <http://www.colectivodeabogados.org/SE-VERIFIQUE-LA-RESPONSABILIDAD-DE>

Corporación Nuevo Arcoiris. 2007. *Parapolítica. La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Bogotá: Intermedio Editores.

CODHES. 1999. *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. Disponible en: <http://www.unicef.org/colombia/pdf/codhes.pdf>

CLIFFORD, James. 1999. *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa

DANE, *Censo general 2005. Perfil Valle de San Juan Tolima*: disponible en http://valledesanjuan-tolima.gov.co/apc-aa-files/65333764356231376263366133353531/DANE_INFORMACION_MUNCIPIO.pdf

DE NEVE, Geert; UNNITHAN-KUMAR, Maya. 2006. *Critical Journeys: The Making of Anthropologists*. Abindon: Ashgate Publishing Group.

DELGADO, Claudia. 2000. "La aplicación de la antropología forense dentro del Derecho Internacional Humanitario", *Nova & Vetera*, No. 39, Bogotá, ESAP, abril-junio.

El Tiempo. Steiner, Claudia. "La burocratización del terror". 6 de mayo de 2007. Sección Opinión.

_____. "Ex alcalde del Valle de San Juan, Gonzalo García deberá responder por masacre El Neme". 17 de diciembre de 2009. Sección Nación.

_____. "Asesinan a tres miembros de una familia en Valle de San Juan – Tolima". 21 de agosto de 2012. Sección Nación.

FELDMAN, Allen. 1991. *Formations of violence: The narrative of the body and political terror in Northern Ireland*. Chicago: University of Chicago Press.

GEERTZ, Clifford. 1992. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

GUBER, Rosana. 2001. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Editorial Norma.

GUPTA, Akhil; FERGUSON, James. 1997. *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of Field Science*. Berkeley: University of California Press.

GUZMAN, Franceney. 2005. *Error humano*. Risaralda, Fondo Editorial del Risaralda.

GUZMÁN, Germán; UMAÑA, Eduardo; FALS BORDA, Orlando. 1980. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Taurus Editorial.

HALBWACHS, Maurice. 2004. *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos Editorial: Madrid.

HENDERSON, James. 1984. *Cuando Colombia se desangró. Una historia de la violencia en metrópoli y provincia*. Bogotá: Áncora Editores.

HOBBSAWN, Eric. 1983. *La anatomía de la violencia en Colombia*. En: *Rebeldes Primitivos*. Barcelona: Ariel.

JACKSON, Michael. 2005. "Storytelling Events, Violence, and the Appearance of the Past". En: *Anthropological Quarterly*, Vol. 78, No. 2.

JELIN, Elizabeth. 2001. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

JIMENO, Myriam. 2011. "Después de la masacre: la memoria como conocimiento histórico". En: Cuadernos de Antropología Social, No. 33.

KUWAYAMA, Takami. 2004. *Native Anthropology: The Japanese Challenge to Western Academic Hegemony*. Melbourne: Trans Pacific Press.

LEVI, Primo. 2006. *El deber de memoria*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

LÓPEZ, Claudia. Ed. 2010. *Y refundaron la patria... De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Bogotá: Editorial Debate.

MADARIAGA, Patricia. 2006. *Matan y matan y uno sigue ahí: control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

MARGALIT, Avishai. 2002. *La ética del recuerdo. Lecciones de Max Horkheimer*. Madrid: Editorial Ciudad Nueva.

MATE, Manuel – Reyes. 2003. *Memoria de Auschwitz: actualidad moral y política*. Madrid: Editorial Trotta.

_____. 2006. *Medianoche en la historia: Comentarios a las tesis de Walter Benjamin*. Madrid: Editorial Trotta.

MATE, Manuel – Reyes y MARDONES, José María. 2003. *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos Editorial.

MEDINA, Carlos. La economía de guerra paramilitar. Una aproximación a sus fuentes. Análisis Político Vol. 18. No. 53. 2005. Universidad Nacional de Colombia.

NARAYAN, Uma. 1997. *Dislocating Cultures: Identities, Traditions, and Third-World Feminism*. Londres: Routledge.

NORDSTROM, Carolyn. 1992. *The paths of domination, resistance and terror*. Berkeley: University of California Press.

Notiagen. 31 de Mayo de 2012. "Nuevo proyecto minero para el Tolima causa revuelo". Consultado el 22 de abril de 2013. En: <http://notiagen.wordpress.com/2012/05/31/nuevo-proyecto-minero-para-el-tolima-causa-revuelo/>

ORTIZ, Carlos. 2001. "Actores armados, territorios y poblaciones", Análisis Político No. 42, Enero-Abril. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.

POLLAK, Michael. 2006. *Memoria, olvido, silencio*. La Plata: Editorial Al Margen.

POOLE, Deborah. 1988. *Paisajes de poder en la cultura abigea del sur andino*. En: Debate Agrario, No. 3, Julio – Septiembre.

Procuraduría General de la Nación. 2010. *Informe de seguimiento y cumplimiento de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras en el marco de la justicia transicional en favor de las víctimas del conflicto armado*. Disponible en: http://www.procuraduria.gov.co/portal/media/file/INFORME_DEL%20SR%20%20PGN%20AGOSTO%2021.pdf

REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo & Alicia. 1961. *People of Aritama. The cultural personality of a Colombian mestizo village*. Chicago: University of Chicago Press.

RICOEUR, Paul. 2000. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

ROMERO, Mauricio. Ed. 2011. *La economía de los paramilitares: redes de corrupción, negocios y política*. Bogotá: Editorial Debate.

SÁNCHEZ, Juan José. 2010. "Una ética desde la memoria y la solidaridad con el sufrimiento: Max Horkheimer". En: Alberto Sucasas y José Zamora. *Memoria, Política y Justicia. En diálogo con Reyes Mate*. Madrid: Editorial Trotta.

SÁNCHEZ, Gonzalo. 2008. "Tiempos de memoria, tiempos de víctimas". Análisis Político No. 63. Bogotá, Mayo-Agosto. Universidad Nacional de Colombia.

SCHRODER, Ingo; SMITH, Betina. 2011. *Antropología de la violencia y el conflicto*. Londres: Routledge.

STEINER, Claudia. 2009. "Almas en pena". En: Camacho, Álvaro, et. al. *A la sombra de la guerra. Ilegalidad y nuevos órdenes regionales en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.

SOFISKY, Wolfgang. 1996. *Tratado sobre la violencia*. Madrid: Abada.

SUÁREZ, Andrés. 2008. "La sevicia en las masacres de la guerra colombiana". Análisis Político No. 63. Bogotá, Mayo-Agosto. Universidad Nacional de Colombia.

SUCASAS, Alberto y ZAMORA, José. 2010. *Memoria, Política y Justicia. En diálogo con Reyes Mate*. Madrid: Editorial Trotta.

TAUSSIG, Michael. 1987. *Shamanism, colonialism and de wild man. A study in terror and healing*. Chicago: University of Chicago Press.

TEITEL, Ruti. 2003. *Genealogía de la Justicia Transicional*. Centro de Derechos Humanos. Facultad de Derecho. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

TODOROV, Tzvetan. 2000. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.

Tribunal Permanente de los Pueblos. 2008. *Empresas transnacionales y derechos de los pueblos en Colombia, 2006 – 2008*. Consultado el 22 de abril de 2013. Disponible en: https://www.conflictosmineros.net%2Fcriminalizacion%2Fdocs%2FInformes%2520criminalizacion%2Ftp-colombia-dictamen_sesion_deliberante.doc&ei= M11UdSyMsa10AGLzICwCw&usg=AFQjCNE_Yk6okiRdtTelFAxkLi9eDbGP4A&sig2=4TGCNRE1UPnCRJNC6Ve5cw&bvm=bv.45512109,d.dmQ

URIBE, Maria Victoria; VÁSQUEZ, Teófilo. 1995. “Enterrar y Callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993” Vol. 1. Comité permanente por la Defensa de los Derechos Humanos. Bogotá: Fundación Terre des Hommes.
Notas de Diario de Campo. 4 de Marzo de 2012.

URIBE, Maria Victoria. 1996. *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de La Violencia en el Tolima: 1948 – 1964*. Bogotá: CINEP.

Verdad Abierta. 2002. *Las verdades del Conflicto en el Tolima. Informe especial*. Consultado el 10 de Abril de 2013. En: http://www.verdadabierta.com/gran_especial/tolima/index.html

“Información general”, *Sitio oficial Valle de San Juan Tolima*: disponible en <http://www.valledesanjuan-tolima.gov.co/nuestromunicipio.shtml?apc=mtxx--1537062&m=f>

Jurisprudencia

Corte Constitucional. Sentencia T-024/2005 del 20 de enero de 2005.

Corte Suprema de Justicia. Sala de Casación Penal. Sentencia 27941 del 14 de diciembre de 2009.

Colombia. Ley 975/2005. *Por la cual se dictan disposiciones para la reincorporación de miembro de grupos armados organizados al margen de la ley, que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional y se dictan otras disposiciones para acuerdos humanitarios.* Diario oficial No. 45.980 de 25 de Julio de 2005.

_____. Ley 1448 de 2011. *Por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones.* Diario oficial No. 48.096 de 10 de Junio de 2011.

_____. Decreto 1290 de 2008. ***Por el cual se crea el Programa de Reparación Individual por vía Administrativa para las Víctimas de los Grupos Armados Organizados al Margen de la ley.*** Diario Oficial No. 46.968 de abril 22 de 2008.

Expediente Judicial, Proceso 62.094 Fiscalía sexta especializada de Ibagué, Tolima.

Notas de Diario de Campo

Notas de Diario de Campo. 7 de Marzo de 2012.

Notas de diario de campo. 7 de Abril de 2012.

Notas de diario de campo. 25 de Septiembre de 2012.

Notas de Diario de campo. 13 de mayo de 2013. Reunión convocada por Unidad para la atención y reparación integral a víctimas, seccional Ibagué. Valle de San Juan, Tolima.

Entrevistas

Entrevista a Orfilia Girón. 15 de marzo de 2012. Valle de San Juan, Tolima

Entrevista colectiva a habitantes de la vereda Neme. 7 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima. [Los nombres propios se mantienen en el anonimato por petición de los entrevistados].

Entrevista a Diva Girón. 12 de Abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

Entrevista a Martha Guarnizo. 19 de abril de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

Entrevista a Orlando Rojas. 4 de Septiembre de 2012. Valle de San Juan. Tolima.

Entrevista a Gloria Prada. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

Entrevista a Juan Murillo. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

Entrevista a Juan Murillo y Gloria Prada. 17 de Septiembre de 2012. Vereda Neme, Valle de San Juan, Tolima.

Entrevista a Franceney Guzmán. 25 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

Entrevista a Alberto Madrigal. 27 de septiembre de 2012. Valle de San Juan, Tolima.

Entrevista Adalver Ramírez. 15 de Noviembre de 2012. Valle de San Juan. Tolima.

Entrevista Dr. Jeminson Cerquera. 16 de Enero de 2013. Unidad de Justicia y Paz. Fiscalía General de la Nación Seccional Ibagué. Tolima.

Entrevista Hernán Lugo. 20 de enero de 2013. Valle de San Juan. Tolima.